

Órdenes y desorden (homoerótica, BDSM)

Diother Lu



Capítulo 1

1

Estoy arrodillado frente al enemigo, mi ejecución es inminente y aunque mi pelotón entero yace muerto detrás de mí, cientos de hombres fallecidos por seguir mis órdenes, sangrando porque confiaban en un líder que detesta serlo, aunque mi misión era no fallar del mismo modo en que mi deber es vengarme, no soy capaz ni de sentir lástima por los muertos ni de levantar la cabeza y ver a mi verdugo.

—¿Este es el líder del pelotón? —pregunta la misma voz que ha ordenado al pequeño ejército de vampiros que maten a los supervivientes, pero que a mí no me toquen. —¿Me estáis gastando una broma? Es un niño todavía.

Muerdo mi labio para no decirle que cumplí la mayoría de edad hace un año, no creo que eso cambie su opinión sobre mí, además si él cree que apenas soy un chiquillo es posible que me deje vivir. Papá dice que son monstruos, que no conocen la piedad, pero estoy tan desesperado por no ser devorado que es mejor opción dudar de lo que creo que seguir creyendo si eso me deja en un camino que solo lleva a la muerte.

—Lo sé, pero él comandaba al grupo. Varios lo han confesado después de ser torturados, además tiene la insignia en el pecho. No hay duda, aunque sea algo inusual.

—Bien, da igual que sea joven. El enemigo es el enemigo, así que me ocuparé de él. Podéis retiraros. Id a casa, llegaré cuando termine.

¿Terminar? ¿Terminar el qué? Si voy a morir no debería siquiera llevarle un par de segundos asesinarlo, no entiendo por qué necesita tiempo para ocuparse de mí y ojalá no deba averiguarlo. Ese hombre solo, junto a sus cinco vampiros, ha acabado con mis cien hombres. Más de setenta de las muertes han sido únicamente obra suya, no necesita ahora tiempo para ocuparse de mí, el más indefenso de todo el ejército.

—Si vas a matarme, hazlo ya. Monstruo. —mi voz sale entrecortada. La ira me llena la boca, pero el miedo lo hace con mi cuerpo y él lo sabe.

Ríe alto y mi humillación pesa sobre los hombros. Sabe que tengo miedo.

—Que valiente para ser un niño. —dice sincero, aunque en su voz un deje de sarcasmo me hiere. Ya me lo dijo papá: como las bestias salvajes, ellos huelen el miedo que causan. Sabe que estoy a dos palabras tuyas o menos de hacérmelo encima ¡Maldita sea! —Me gustan los valientes, no tiene sentido domar o matar a una fiera si esta no opone resistencia. Así

que puedes decir algo más si quieres antes de morir. Te permito luchar hasta el último segundo, aunque sea con palabras.

¿Qué me permite luchar? ¡Me obliga! Por culpa de su existencia estoy obligado a luchar y no es un lujo, no es un capricho, es una necesidad. Daría mi alma por dejar de luchar, daría mi vida entera. Y eso haré.

—Solo mátame. Estoy harto de esta guerra, prefiero morir ya. —murmuro. Mi mirada cae al suelo y veo mis propias rodillas llenas de la sangre de otros. Una arcada me hace doblegarme todavía más al pensar que todo quienes me tenían que proteger están muertos, son ya tan inútiles como las piedras de este campo.

Estoy a su merced. No puedo evitar llorar.

—Cualquiera diría que no sabes qué es la muerte siquiera, pero te la daré de todos modos. Mírame, quiero antes de morir veas a quien le pertenece tu vida. —trago saliva. No quiero mirar, no quiero verle.

Son monstruos con rostros monstruosos, aberraciones de la naturaleza y la justicia. Cuando mis ojos se topen con sus ojos color sangre y sus colmillos afilados y largos me ahogaré en el horror y mi último segundo de vida será una pesadilla.

—Mírame. —susurra, bajando hasta mi altura y poniendo su mano en mi nuca.

Con una lenta y gélida caricia sube hasta mi coronilla, entierra sus dedos en mi cabello café, suficientemente largo para ser agarrado y jalado, y tira de él para que le mire.

Oh, santo infierno.

No son demonios porque son horrendos, son demonios porque son demasiado bellos para este mundo. Su pelo negro cae como la noche sobre el día, acaricia sedosamente su piel blanca y se pierde en sus hombros, mezclándose con la negrura de su atuendo. Su cara es masculina, ruda, pero no es vulgar. En cada toque salvaje hay cierta finura. Como una bestia esculpida por un artista: aunque sea aterrador no puede evitar ser bello.

Labios gruesos y colmillos asomando por ellos. Como rosas con espinas, hechos para besar, pero incapaces de algo mejor que hacer sangrar. No me extraña que sean asesinos los vampiros: algo tan bello solo puede ser una trampa.

Y los ojos. Dios santo, los ojos. Son pequeños y algo rasgados, pero no necesitan ser grandes orbes de búho para impresionar. Son negros,

totalmente. Como un abismo donde uno debe perderse, siento que me ven, que ven a través de mí, que me devoran, que me ahogan, que me hunden en esa oscuridad sepulcral y aunque quiero dejar de mirarlos para no volverme absolutamente loco, no puedo.

Pronto no puedo ver nada más que el negro de sus ojos, no existe la luz del sol o la de su rostro pálido. Estoy sumido en una noche continua, cegado. Y siento que, aunque en ellos o hay más que oscuridad, también miran. Me miran.

Entorna los ojos, después lo abre un poco más que antes y vuelve a su posición inicial. Algo parece sorprenderle. Se incorpora rompiendo el contacto y cuando vuelvo en mí mismo me pregunto cuando he empezado a llorar así. Estoy empapado, desesperado. Pero no intento ocultarlo, si voy a morir al menos no me reprimiré.

—Levántate. —me ordena. No quiero obedecerle, si voy a morir no lo haré complaciendo al ser más abyecto de la tierra.

Su cuerpo será pura seducción, pero conozco el alma podrida que le subyace y jamás le serviré, aunque mi carne se someta cuando ve la suya. Además, no podría obedecer, aunque quisiera, las piernas me tiemblan y no soy capaz de ponerme en pie.

—He dicho que te levantes. —repite, su voz aguardentosa y masculina eriza todo el vello de mi cuerpo e inconscientemente me tensó y tiro un poco de mí, casi intentando levantarme.

—No. Si vas a matarme hazlo, pero no cumpliré las órdenes de un monstruo como tú.

—No voy a matarte. Uno no debería matar a sus esclavos. Ahora, levántate.

Esclavo. Me ha llamado esclavo. De repente todo el mundo se me cae a los pies y aunque antes me aterraba, ahora la muerte me parece mi única salvación. Mi cabeza da vueltas. Seré arrancado de mi tierra y llevado a territorio enemigo. Me levanto inercialmente, para huir. Estaré en un sitio donde solo latirá mi corazón y el de los demás desearán mi sufrimiento. No alcanzo a dar un paso, me tambaleo. Voy a ser esclavizado, torturado. Soy un objeto ahora, un objeto para un demonio cruel. Me caigo al suelo, todo está borroso, no sé si por las lágrimas o por el mareo. Voy a ser de un vampiro. El ser que más odio en el mundo. Seré suyo.

El vómito sale de mí como una expiración necesitada. Quema mi garganta y se derrama sobre la sangre y los cadáveres. Me arrastro por el suelo,

sabiendo que no hay escapatoria.

Una mano coge mi cuello. Soy su esclavo. Sin derechos, sin piedad. Estoy mareado. Todo está negro, como sus ojos.

2

No sé qué sucede, no sé dónde estoy ni qué día es. Una habitación de piedra sin ventanas me retiene, yazco sobre el suelo y en la cama no hay nadie. Al otro lado hay una puerta. No sé qué hago aquí, no sé cómo he llegado, pero quiero irme.

Corro hacia la salida y mi mano está a punto de alcanzar el pomo. Algo tira de mi cuello ahogándome, me arranca el aire y la fuerza me jala hasta que golpeo el suelo con mi cuerpo y, por último, con mi cabeza. Un dolor punzante me atraviesa el cráneo, le siguen los recuerdos.

Soy esclavo de un vampiro ahora. No hay que tener muchas luces para saber que estoy en su casa o su guarida o lo que quiera que sea, pero este lugar le pertenece. La desorientación me causaba zozobra, pero ahora que sé que sucede... estoy más aterrado que antes.

Hecho mis manos al cuello y noto una circunferencia gruesa de metal alrededor de mi garganta. La recorro con los dedos, notando un candado y después un saliente. Cuando lo acaricia descubro una cadena que baja por mi hombro y espalda; me volteo y sigo la cadena con la mirada. Termina en la pared, está anclada a ella. No puedo quitármelo, lo sé. No hay humano en el mundo con fuerza suficiente para romper este metal y de haberlo no sería yo.

Tengo que pensar una solución ahora que estoy solo, debo huir antes de que vengan, de que me encuentren. Aunque obviamente nadie tiene que encontrarme, estoy encadenado ¡Demonios! Ya saben dónde estoy, lo saben malditamente mejor que yo.

Tengo pensar, tengo que pensar, tengo que pensar ¡Maldita sea! He dirigido un ejército por tres años sin recibir un solo rasguño hasta ahora, la estrategia es mi fuerte, pensar debería ser fácil para mí. Mierda, me duele la cabeza. No lograré nada si pienso en un plan para salir de un lugar que no conozco, debo calmarme, examinar el lugar y después pensar. Sí, primero tengo que respirar hondo.

Inspiro, expiro y después miro mi alrededor. Algo aquí debe poder serme útil para escapar; definitivamente no la pared de la derecha forrada de cadenas, ataduras y aparatos extraños. La cama tampoco parece tener un gran uso y la mesita de al lado, vacía, es demasiado robusta como para que me pueda fabricar yo solo una estaca lo suficientemente rápido como

para terminar antes de que alguien venga por culpa del escándalo.

Hay un espejo también, adherido a la pared, pero demasiado lejos para que yo pueda romperlo y usar un cristal roto como arma. Lo miro unos segundos, después me miro a mí reflejado en él.

¿Por qué estoy desnudo? El rubor cubre mi rostro y me aparto del objeto para no verme más, aunque eso no va a impedir que los demás lo vean. No sé quién ha hecho esto, pero le odio con todo mi ser. Capturarme era suficientemente humillante para mí, esto ya es sadismo. No puedo evitar llorar imaginando a esos seres del infierno rasgando mis ropas durante mi inconsciencia, divirtiéndose porque saben que es un oprobio hacerle algo así a alguien.

La puerta cruje un poco, el pomo empieza a bajar y tapo mi boca para ahogar un grito. Pienso todo lo rápido que puedo mientras un sudor frío desciende por mi sien. No puedo atacar, no ganaría ni teniendo el mejor armamento contra el peor vampiro. Defenderse es más útil o al menos lo es que no te vean desnudo y encadenado como un maldito chucho.

Cuando la puerta se abre del todo no puedo saber quién ha entrado, desde debajo de la cama solo puedo ver unos pies grandes —seguro que de un tipo colosal al que prefiero no encarar— paseándose tranquilamente por la estancia. Quizá el tipo ni siquiera sabe que estoy aquí, quizá quien me ha traído no ha avisado a los demás el hombre simplemente me ignora.

Se dirige a la pared y se queda frente a ella, no puedo ver qué sucede. Ya lleva mucho rato como para haber venido a por mí, si fuera eso ya me habría dicho algo. Escucho un tintineo metálico, después la cadena se tensa y una fuerza magnífica tira de ella hasta sacarme a rastrar en apenas un instante.

Desde el suelo miro a mi agresor y veo esos ojos negros y aterradores de antes. El hombre que me capturo. Mi am... me rehúso a pensar en él bajo esos términos.

—¿Por qué te escondes? Al verme entrar deberías correr a arrodillarte a mis pies, esclavo.

—¡Y una mier-

Un dolor ardiente cruza mi mejilla derecha. Su mano levantada indica que me ha dado un bofetón. Yo no lo he visto, pero la sangre que sale de la cara interna de mi mejilla y me llena la boca de un sabor férreo demuestra lo contrario.

Me mira enfado, no satisfecho aún. Trago saliva y sangre. La mitad de la cara me arde, la mejilla empieza a palpar, la sangre reuniéndose ahí y causando una hinchazón molesta.

—No vas a hablarme así, me aseguraré de eso. Y cuando te dirijas a mi será llamándome amo.

—¡No pienso hacer lo que dices! —otra bofetada. Después del primer golpe creí que el segundo no sería tan difícil de soportar. No caí en que se había estado conteniendo y ahora que con el impacto me ha tirado el suelo sigo creyendo que se ha vuelto a contener.

Me intento levantar del suelo, pero no puedo, estoy mareado por el tortazo. Escupo sangre y sostengo mi mejilla herida, la más herida. Arde y me duele gesticular. Mañana, si llego vivo, tendré toda la cara morada y posiblemente inflada como un globo.

—Eres... eres un monstruo. Te detesto, tu raza me da asco... Os odio, te odio... Jamás te obedeceré. Ni aunque me mates. —digo con un hilo de voz.

Las líneas de su rostro se relajan y vuelve a ser completamente luminoso, de repente ya no parece enfadado. Lo único que indica alguna emoción en su cara son dos hoyuelos a los lados de su boca que se forman mientras me sonrío y se acerca a mí.

Tiemblo como una hoja, más aún que si viniera enfadado. De un ceño fruncido ya sabes que esperarte, pero las sonrisas son terroríficas.

—Es casi admirable que tengas la valentía de decirme todo esto, a pesar del miedo que huelo. No pareces estúpido, sabes que me estoy esforzando para no hacerte demasiado daño. Puedes seguir tu teatrillo si quieres, pero sabes muy bien que algún momento me hartaré y si no me contengo puedo asegurarte que estarás a mis pies rogando.

Le odio, odio tanto la forma en que sonrío. Odio tanto que tenga razón. Pero debo mantenerme firme, no pienso dejar que un chupasangre me convierta en la mascota del enemigo. Moriré antes de obedecer, son mis ideales, debo mantenerlos.

—No pasará. Vas a morir, mi padre vendrá a rescatarme antes de que puedas ponerme un dedo encima. —una carcajada resuena por toda la habitación. No miento ni actúo como un necio: sé que pasará, él vendrá a por mí.

Es mi responsabilidad asegurarme de que cuando llegue no es demasiado

tarde.

—¿De veras? Pues mejor que se dé prisa —se acerca un poco más, agachándose hasta estar acuclillado a mi altura. Yo me apoyo en la pared aún sin fuerzas para levantarme y él coge mi collar con su índice, obligándome a mirarlo de cerca. —porque estoy muy cerca de ponerte las manos encima. —musita, su voz entra en mí como un espíritu y cala en mis huesos. Jamás olvidaré su voz, la fuerza con la que habla sin necesidad de gritar. Tiene tanto poder que sus susurros me paran el corazón.

Una de sus manos se acerca a mi cuerpo. Todo yo me paralizó cuando sus yemas entran en contacto con mi piel. Frío como un muerto, siento que me robará el calor hasta dejarme hecho hielo. Su mano se acerca más y más, sus yemas presionan mi piel y agarra mi cadera. Es tan grande que con una mano podría rodear más de la mitad de mi cintura sin problemas. Acaricia con el pulgar, mis ojos fijos en sus dedos como si fueran aparatos de tortura. Soy incapaz de hablar, de moverme; de respirar.

Una carcajada me asusta y aleja repentinamente su mano de mí, dejándome confundido y avergonzado.

—Mírate ¿Y tú dices que no obedecerás? —trago saliva mientras él sigue riéndose de mí, miro a otro lado. Es bochornoso haberme aterrado tanto por una caricia tan estúpida, pero es inevitable. —Duerme. Mañana te espera un día largo, vendré tarde así que usa el tiempo que tienes para pensar en qué es lo mejor para ti: esperar a que milagrosamente alguien te salve o ser bueno para mí y recibir a cambio cosas buenas.

Cierra las puertas con fuerza, la brisa que levanta apaga todas las velas y en ese segundo en que todo sucede yo ya he decidido. No necesito el día de mañana para pensar porque no hay nada que pensar: no obedeceré.

3

Un hombre entra por la puerta, yo ya estoy en una esquina de la cama hecho un ovillo, preparado para los golpes que probablemente me gane por decir no a cada una de sus demandas. Para mi sorpresa escucho pasos ir y venir y la puerta cerrarse de nuevo. Lentamente abro los ojos y dejo de abrazarme a mí mismo, observando un plato de puré en la mesita de mi izquierda y a un tipo desconocido apoyado en la puerta de entrada, con cara de desinterés.

Aun así me tapo con la manta, avergonzado por mi desnudez. Él no parece siquiera notar mi movimiento.

Me mira por encima del hombro y señala el plato, como si fuera estúpido.

—Es tu comida. Deberías estar agradecido de que el amo haya querido alimentarte, ayer dice que te comportaste como un niño. —lo miro con los ojos abiertos como platos ¿Agradecido? Miro entonces el bol lleno de esa masa pringosa y maloliente y lo miro a él de nuevo.

Sí, ambas cosas me repugnan: los vampiros y su asquerosa comida. Mi sangre hierve a pesar del miedo: no me comporté como un niño, sino como un maldito ser humano, con derechos humanos y libertad. Ese hijo de puta se encoge de hombros cuando le asesto una mirada furibunda.

El silencio media entre los dos hasta que mi estómago ruge como un león. Debería sentirme avergonzado, pero solo estoy profundamente enfadado. Tomo el plato cuando lo señala por segunda vez, dispuesto a intentar comer para seguir vivo. Cuando alzo la primer cucharada u aroma hediondo llega a mi nariz.

¡Es más mierda que comida! Lanzo el plato al suelo y se rompe en mil pedazos, la masa informe se pega al suelo, quedándose junta; esa cosa del demonio no es puré, es un ente con consciencia que desea conservar su integridad. Dios santo, que alguien acabe con esas gachas asesinas antes de que se reproduzcan.

Cuando mi alteración se calma alzo la vista y me topo con los ojos decepcionados del vampiro. Me había olvidado de él. Trago saliva, pero no parece enfadado.

—Ah, como quieras. —espeta antes de irse tranquilamente, sin atacarme o recoger el desorden o simplemente verse preocupado por mi ataque de ira.

Durante el resto del día nadie vuelve a entrar para traer más comida o para darme agua; tampoco nadie limpia el estropicio, pero a mí me da igual. No es mi problema.

Al final del día o lo que presupongo que lo es, pues no tengo ventanas para comprobar si el tiempo pasa como yo lo percibo, alguien gira el pomo. Sé quién es antes aún de que la puerta se abra. Solo hay un tipo en todo el lugar —al menos, que yo conozca— que se demora tanto en abrir las puertas, seguramente para quedarse al otro lado escuchando como mi corazón se dispara.

Como es previsible aparece en la habitación y me mira con magnificencia y diversión desde el marco de la puerta.

—¿Has decidido ya comportarte bien? —pregunta, altanero. Su gran

sonrisa enmarcando sus colmillos.

Pronto esa expresión divertida desaparece, junto a un sonido pastoso y repulsivo. El vampiro mira al suelo y contempla ojiplático como su pie está hundido en puré de quién-sabe-qué. Lo saca de inmediato y su rostro se torna neutral de forma forzada pues, aunque trate de mantener una expresión serena, puedo advertir un pequeño tic en la ceja derecha y las arrugas cerca de su nariz, propias de una mueca poco agradable.

Está enfadado, jodidamente enfadado. Y yo, cómo no, estoy tan asustado que me arrepiento un poquito de haber tirado el puré al suelo, pero no de no habérmelo comido; de seguro esa cosa extraña habría digerido mis entrañas antes de que estas lo hicieran primero.

Coge con enfado la cadena que está atada en mi cuello y tira de mí hasta derrumbarme frente a sus pies. Arrodillado de nuevo me siento indefenso y sé que debo compensarlo, no puedo dejar que crea que me dominará tan fácilmente. Voy a abrir la boca para decirle que preferiría comerme su zapato manchado antes que obedecerle, pero de pronto algo interrumpe mis palabras. Y me alegro: es el sonido de mi cadena cayendo al suelo. La ha apretado en el puño tan fuerte que la ha partido por la mitad.

Por una vez me alegro de no haber hablado. Él me coge del pelo y me lanza contra la pared más cercana —y aterradora— de la habitación, la de la derecha. Choco contra ella poniendo las manos para disminuir el daño, pero no logro evitar el golpe del todo y cuando mi frente impacta en la pierda me mareo.

—¿Crees que puedes jugar conmigo? Te he dado una oportunidad para vivir, deberías ser agradecido. —solo con escuchar esas palabras una vorágine de sentimientos crece dentro de mí y deseo con toda mi alma ser lo suficientemente fuerte algún día para patearle el culo a este capullo; nunca lo seré, lo sé, pero no está mal soñar.

De nuevo no puedo replicar nada; me toma de las muñecas con sus puños y con el recuerdo de lo que le ha pasado a la cadena tengo suficiente para saber que estar callado es mi mejor opción. Cuando me libera hay otra cosa restringiéndome. Apretadas muñequeras de metal incrustadas en la pared, dispuestas a la suficiente distancia como para que mis brazos estén separados y yo me sienta desprotegido. Fantástico.

Él se aleja, parece que va a buscar algo. Me he quedado solo y todo está silencioso y sinceramente es más aterrador de lo que pensaba. No puedo parar de imaginar horribles destinos para mí porque, seamos sinceros, no me ha inmovilizado para simplemente dejarme así, ojalá. Sin embargo, no puedo hacer nada para evitar lo que sea que viene y eso lo hace más

terrorífico.

Lo oigo acercarse de nuevo. Ya no tengo ganas de hablar y su silencio me incomoda y asusta a partes iguales. Prefiero las amenazas que su cumplimiento, de veras, pero él no parece coincidir en mi opinión. Tengo la boca seca y mi estómago duele como si alguien hiciera un nudo con los intestinos y lo apretase bien fuerte, como queriendo amarrar mi preocupación ahí, bien sujeta.

Algo silva en el aire, cortándolo; no tengo tiempo de preguntarme qué es, lo descubro rápido: un dolor punzante atraviesa todo el ancho de mi espalda, concentrándose en una línea que parece estar prendida en llamas. Ahí la piel arde y palpita, tratando de sanarse.

Un látigo, me está golpeando con un maldito látigo y yo solo puedo morderme el labio para no gritar. No he gritado esta primera vez, pero porque la sorpresa ha causado tanto estrago en mí que he sido incapaz de hacer algo más con mi dolor que llorarlo.

El segundo latigazo no se hace de esperar, ni el tercero. Mi cuerpo entero se retuerce en las ataduras y siento la sangre bajar de mis muñecas a mis brazos por el ímpetu con el que estoy forcejeando. Confundo el cuarto con el quinto y el sexto con los demás. Golpea con fuerza y cada vez más deprisa, no sé qué zona está afectada hasta que lo está la siguiente y entonces ambas duelen horriblemente. Al séptimo pierdo la cuenta. Los latigazos no se detienen ni un segundo y caen sobre mi espalda como una lluvia de lenguas de fuego. Siento la cuerda trenzada hundirse en mi piel y deslizarse fuerza de ella con un roce que provoca quemazón; el látigo suena en el aire en momentos que creo que me está golpeando y ya no puede sonar, pero aun así lo hace. El dolor parece venir de todos lados e instalarse en todos lados y aunque he mordido mi labio hasta hacerlo sangrar ahora estoy gritando porque no aguanto más.

Al que parece el duodécimo pierdo la consciencia.

Despierto en la cama, tumbado bocabajo y con unas perfectas vistas al suelo moteado de rojo. De nuevo hay una cadena en perfecto estado sosteniéndome en el lugar. Suspiro desesperado, no quiero que ese vampiro vuelva a aparecer porque, aunque pueda evitar sus castigos sometiéndome, no puedo evitar no hacerlo y eso me está matando. Dije que por mis ideales moriría; no sé si esta vida es peor que eso.

La puerta de abre rápido, otra persona me trae la comida hoy y sorprendentemente no tiene una pinta repulsiva. No es lo más succulento que he visto en mi vida, pero al menos luce comestible. No quiero aceptar nada que me den estos seres, pero cuando el plato toca la mesa mis

manos actúan más rápido que mi cerebro.

Es humillante comer desnudo como un perro del plato de tu amo, pero ¡A la mierda! Cuando pruebo el primer bocado dejo de pensar para engullir y es que estoy francamente hambriento. No sé si es por el vacío en mi estómago o por mi estado mental inestable pero cuando me acabo el bocadillo pienso que es lo más rico que he probado nunca y nada más ver las migas del plato se me antojan y me lanzo a lamerlas.

—Le diré a Dunkel que has comido, seguro que eso sumará puntos a tu favor. —la dulce voz me interrumpe, haciendo que pare en seco mi pequeño banquete.

Me había olvidado de que estaba siendo observado, también de que estoy desnudo. Siento el rostro arder y dejo lentamente el plato en la mesa mientras me cubro con la sábana; tan siquiera soy capaz de mirar a la cara al jovencito después de la hilarante escena que acabo de montar para él.

—Te traeré después más comida, si comes así seguro que Dunkel estará realmente contento contigo.

—No tengo ningún interés en contentar a ese hijo de perra. —mascullo entre dientes. No quiero meterme en problemas, pero tampoco voy a quedarme callado.

Ese sujeto parece agradable, espero que no diga a Dunkel lo que acaba de oír. Se lleva las manos a la boca por mis palabras y acto seguido se ríe de forma relajada.

—Vaya, tenían razón. Sí que eres osado. —apunta mientras pasa por mi lado para recoger el plato vacío y dejar un vaso de agua. Lo miro de reojo.

Parece un adolescente, como yo, quizá un poco más alto y más robusto, pero con un aspecto igualmente quebradizo. Tiene un rostro aniñado. Y los ojos verdes.

Abro los ojos todo lo grande que puedo y lo tomo de la muñeca como acto reflejo, quizá apretando demasiado, pero él no parece notarlo.

—Eres humano... —susurro sin apartar mis ojos de los suyos, con el miedo de que después de parpadear su iris sea rojo y yo solo haya visto un cruel espejismo.

—¿Ahora te das cuenta? —pregunta riendo. Amablemente coloca su mano sobre la mía para tranquilizarme. Se sienta a mi lado en la cama y yo le

suelto, abochornado por haberme comportado así.

—Pero... ¿Cómo...

—Cómo tú. —responde, risueño. No comprendo por qué está sonriendo.

—¿Eres un esclavo también? —asiente con un orgullo que soy incapaz de entender y aparta de su cuello el jersey que lleva, así como su cabello, mostrando un elegante collar de propiedad negro con una placa que lleva inscrito su nombre y el de su amo.

Es un complemento bonito, pero eso no le quita lo horrible a su condición.

—Sé que debes estar alucinando, pero me gusta serlo. Si pudiese escoger tener otra vida, no lo haría; soy feliz así, más feliz de lo que nunca pude imaginar. —un brillo se enciende en sus ojos y realmente parece que hable en serio, pero me niego a creerle. Es imposible que alguien decente disfrute siendo esclavo de un vampiro.

—Estás loco... —susurro, una mueca de asco recorriendo mi rostro y una diversión el suyo.

—Puedo asegurarte que no, pero es normal que pienses eso. Los vampiros no son tan malos como crees, espero que puedas darte cuenta.

—¿No son tan malos? Ellos iniciaron esta guerra y en ella nos matan, someten y torturan... ellos nos lo han quitado todo ¿Cómo dices que no son tan malos? ¿Es que no extrañas a tu familia o a tus amigos o simplemente a tu vida antes de todo esto? —hablo alterado, el calor llena todo mi cuerpo por los nervios y realmente me pican los ojos como cuando voy a llorar de impotencia. No puedo entender.

—¿Ellos iniciaron esta guerra? ¿Quién te contó semejante tontería? Este era territorio de los vampiros y un grupo de humanos de nuestro territorio se lo intentó arrebatarse, es normal que se defiendan. —él deja un pequeño silencio para que yo hable, pero me he quedado sin palabras. Su explicación tiene lógica, pero el peso de la mía está ya anclado a mí.

Papá siempre me dijo que los vampiros eran seres viles y malvados que empezaron una guerra con los humanos por la simple diversión de matar y causar el caos. Nunca he puesto en duda en su versión y, aunque la otra suene más realista, no lo haré. Él tiene que estar equivocado, posiblemente le hayan lavado el cerebro o algo así.

—Además —prosigue—, ellos nos matan para defenderse o para vivir y créeme que si te someten es que te están dando una oportunidad muy buena. Dunkel llevaba ya años sin querer un esclavo, tienes suerte de que

haya visto algo en ti. Espero que tú también puedas ver algo en todo esto. De todos modos, es normal que ahora estés así, no es tu culpa.

—Nunca, nunca... —un acceso de tos me corta y entonces bebo agua, mi garganta seca siente el líquido como la panacea de sus males y después ya puedo hablar. —Nunca voy a ver en esto más que una tortura. Ese hombre es el diablo.

—Dunkel no es muy amable, pero es bueno. Te ha castigado mucho, ¿verdad?

Sus ojos se apenan un poco y hace una mueca apretando los labios mientras señala mi rostro amoratado. Grandes manchas violáceas recorren mi rostro rubicundo y roban su color, al menos la hinchazón ha desaparecido. Después de asentir y que él examine mi cara con compasión, me volteo.

Escucho como sorbe aire con fuerza, entre los dientes y sé que mi espalda luce peor de lo que imaginé. No quiero verla, sinceramente, tengo más que de sobras con sentir como cualquier punto de ella punza insoportablemente con cada movimiento que hago.

—¿Quieres que lo desinfecte? Dunkel me dijo que tratase sus heridas y pensé que era solo lo de tu cara. —asiento apenado y él se marcha en silencio.

Vuelve en un periquete con un cubo con agua, jabón y un par de trapos, y un frasco con unguento cetrino.

—Túmbate bocabajo. —lentamente intento mover mi cuerpo para quedar en esa posición sin enredarme en las mantas que uso para cubrir mi intimidad. No es tarea fácil hasta que él tira de la tela y me deja expuesto. Lo miro con sorpresa y él a mí con una carcajada pugnando visiblemente por salir. —No te avergüences, tenemos lo mismo y a mí también me hacen ir desnudo a veces. No pasa nada. —sus palabras me tranquilizan un poco y por ello logro ponerme en la posición requerida; sin embargo, también me horrorizan pues sigo sin entender como alguien que pasa por esas cosas puede amarlo.

Tengo tantas preguntas que me va a estallar la cabeza; tampoco quiero formularlas porque sé que su respuesta no me agrada en absoluto.

Mierda. Cuando pasa el trapo jabonoso por mi espalda chillo de forma patética. Él se detiene, dejándome respirar hondo. Ve que no digo nada y vuelve a empezar, sigue doliendo igual. Muerdo la almohada que hay frente a mí y la agarro hasta hundir mis dedos. Al menos puedo tener la

certeza de que no tendré una infección.

—Has tenido que portarte muy mal para recibir latigazos así de fuertes ¿Qué sucedió?

—Le dije que no le obedecería nunca, tiré la comida al suelo y le grité.
—enunero mientras noto cómo sus manos se deslizan cada vez más despacio por mis heridas hasta detenerse.

De un segundo a otro parece haberse convertido en una estatua, así que me giro para ver qué sucede. Tiene el rostro desencajado y si fuera anatómicamente posible su mandíbula estaría tocando el suelo.

—¿Y no te ha matado? Dios santo, Dunkel... él no suele tolerar ese tipo de cosas.

—Y yo no tolero ser esclavizado. Ambos nos jodemos, mira que bien.
—respondo sarcástico. El ríe sorprendido, negando por la cabeza.

—¿Y por qué no quieres obedecer?

—Es humillante tener que servir a algo que detesto. —ahora me seca la espalda y puedo hablar mejor sin el picor del jabón penetrando en mis cortes. —¿No te sientes mal cuando tu lo haces?

—Yo sirvo para complacer y mi amo me complace a mí cuando lo hago. No hay nada de vergonzoso en algo tan justo.

Quiero replicarle, pero dicho así suena como si él tuviese razón. Además, no luce maltratado, sino al contrario, así que no puedo usar el daño físico como justificación de que esos seres son el demonio. Igualmente sé que tengo razón, aunque no halle palabras para demostrarlo.

El resto del rato solo reina el silencio, sobre todo cuando se embarra los dedos con la pasta verdosa y traza con ella todas las líneas rojas de mi espalda. La quemazón se hace más intensa, aunque pueda soportarle y, después, cuando se va, noto mis heridas refrescadas y menos tirantes. Casi puedo moverme con tranquilidad.

La próxima vez que la puerta rechina mi cuerpo entero se tensa. El pomo gira casi a cámara lenta y mientras sucede mis pensamientos se disparan. Quizá no es tan mala idea obedecer, no si voy a estar tan alegre y sano como el chico de antes; pero no creo que sea el caso, además él tiene el cerebro lavado o está hipnotizado o algo así y yo prefiero perder mi cuerpo a mi mente.

Dunkel aparece con sus característicos andares de gato. Lo ves plantado a unos metros de distancia y sin apenas darte cuenta de que está

caminando reduce la distancia de forma fluida, inmediata y plausible. Pasa de estar a dos metros de ti a estar a dos centímetros de tu rostro y no sabes ni cómo ha sucedido: no has oído los pasos, lo has estado observando en todo momento y sin embargo ahí está.

Trago saliva aterrado por la cercanía y con ella me trago también todas mis palabras hostiles. Estoy muy dañado y no creo que pueda soportar un castigo más.

—Voltéate. —me dice. No parece una orden que deba temer, pero tampoco que quiera cumplir.

Él alza su mano y mi cuerpo se mueve por instinto, ladeándose. Cuando quiero darme cuenta su mano está mi cintura, empujando hasta el colchón hasta lograr tenerme tumbado bocabajo como él ha querido. Aprieto los puños, mantengo la posición y respiro hondo.

—Miquel ha curado tus heridas, por lo que veo. Espero que no tengas que darle más trabajo de aquí en adelante.

—Entonces no me lastimes. —digo en voz baja, apretando los dientes para no gritar hasta que mi garganta se rasgue. Mi tono sale con evidente ira contenida, pero he hablado bajito y él no parece muy molesto, solo algo curioso por mi cambio de tonalidad.

—Pórtate bien y no lo haré. —susurra en mi oído, todo mi cuerpo ardiendo y la sensación de peligro presente en todas mis células. Tiemblo como una hoja cuando su mano se desliza por mi espalda, acariciando en la parte baja de la cadera antes de dejarme.

—No quiero... —reconozco con lágrimas en los ojos. Estoy cansado de negarme, de resistir. Estoy cansado de luchar, pero si me rindo ¿Qué pensaría mi padre al verme? ¿Qué pensaría mi hermano? Mamá me perdonaría, ellos no y ellos son los únicos que están.

—¿No? Entonces seguiré castigándote, pequeño, hasta romper esa fuerza de voluntad en la que te escudas.

Lágrimas resbalan por mis mejillas mientras sus manos me toman con fuerza y vuelve a arrastrarme hasta las ataduras de la pared. No pateo, ni le golpeo, ni me resisto. Es inútil ahora. Me avergüenzo tanto de ser tan dócil hoy, pero ¿qué más puedo hacer?

—Mírate... —dice, sonriendo mientras mis manos quedan sujetas a la pared y yo me dejo caer, sujeto por mis restricciones. Ahora estoy atado de cara a él, temo que los latigazos sean en mi vientre. Me da una arcad al pensar que pueden ser en mi cara. —... estás tan cerca de rendirte.

Quieres rendirte ¿Por qué no lo haces? Soy tu amo, no tu verdugo.

—Eres un monstruo...

—Si es lo que tu opinas, tendré que serlo. —sonríe de nuevo. Sus hoyuelos son tan atractivos pero su sonrisa tan peligrosa. Me esfuerzo por no mirarle a los ojos, esos pozos negros donde veo mi perdición; mi sumisión.

Se va unos minutos, respiro con calma por primera vez desde que ha tocado la puerta. Vuelve, con una mano a la espalda y la otra sosteniendo un pedazo de tela negra y brillante.

Cubre mis ojos con el suave material. Retengo la respiración. No veo absolutamente nada y eso empeora las cosas. Anuda la tela en la parte posterior de mi cabeza y se aleja un poco, hasta que no puedo oírle además de no poder verle. Por un momento escucho el látigo silbar en el aire y gimo aterrado, tensándome en un intento vano por protegerme. Nunca llega el golpe, ha sido solo mi imaginación o un ardid suyo. No lo sé, no lo sabré nunca.

Me cuesta más respirar y empiezo a sudar. El silencio me está volviendo loco, el no sentir el castigo sobre mí me está volviendo loco. Quiero pase algo ya, que acabe pronto y pueda olvidarlo lo antes posible. ¿Cómo este hombre puede torturarme sin mover siquiera un dedo?

—¿Asustado? — pregunta, acercándose un par de pasos. Nunca se le oye caminar, pero esta vez ha hecho el ruido a posta. Quiere que sepa que está cerca de mí. Asiento con lentitud y no obtengo respuesta. No veo cómo sonríe, pero sí puedo sentirlo. Sé que lo hace. —Los latigazos causan un gran impacto y heridas duraderas, así que pensé que eso te espantaría. Me equivoqué, pero no vas a aguantar para siempre. No voy a usar el látigo más, no quiero romper tu cuerpo, pero hay otras formas de tortura ¿Lo sabías? Un poco de dolor puede causarte tanto si es en las zonas adecuadas.

Grito cuando noto algo frío en mi clavícula. El ríe, deslizándolo hacia abajo con gracilidad. Es su dedo. Me está acariciando. Ahora mismo pasa las yemas por mi pecho con lentitud, erizándome todo el bello del cuerpo y cortándome la respiración, pero podría agarrar mi carne con su fuerza y destrozar mi cuerpo, y yo no podría hacer nada para evitarlo. Estoy tan a su merced que no puedo evitar llorar, empapando el pañuelo negro. Su mano sigue bajando, los dedos se detienen en mi vientre, rodean mi ombligo y la palma entera de su mano reposa sobre el calor de mi piel. Se desliza a un lado y me toma por la cadera con un poco más de fuerza. Su poder colosal dispuesto para tomarme con cuidado, es tan inestable y terrorífico, pero sus caricias dejan un cosquilleo que mi piel no quiere

olvidar.

Grito de golpe me retuerzo. Su mano, impasible, agarra mi cintura para detener mi movimiento y yo lloro por el dolor reciente. Algo frío aprieta mi pezón, clavándose en él de forma gradual e insoportable. Siento la sangre ir a la zona, quemando mi cuerpo a su paso y haciendo mi pecho más sensible.

—Quítalo... quítalo... —suplico entre escalofríos. Pequeñas descargas salen disparadas del objeto metálico que me aprieta y recorren todo mi cuerpo, haciéndome estremecer. — ¡Quítalo! —grito con el segundo. Mi otro lado está ahora igual de dolorido y cada segundo que pasa empeora.

Siento mis pezones pulsar contra el objeto, arder y la piel se hunde de forma horrenda. Todo mi cuerpo duele a pesar de que la agresión está en zonas diminutas.

—Compórtate y lo haré. Quiero que me llames amo y que pidas por favor que lo quite, entonces quizá lo haga.

—No piens... no pienso hacerlo... —una de las extrañas pinzas es jalada hacia abajo y no puedo siquiera gritar. Palidezco por el dolor. Un rayo de dolor atraviesa mi pecho cuando es soltada y vuelve a su posición original, dando lugar a un pequeño rebote. Estrellas se arremolinan en el pañuelo y creo que voy a vomitar.

Me siento mareado, duele tanto que no sé ni cómo hablar.

—¿Por qué te resistes tanto a obedecer? No lo entiendo. Serás premiado si eres bueno para mí. —ni siquiera quiero ser compensado, solo dejar de ser maltratado. Duele, todo duele tanto que la oferta se hace más tentadora a cada segundo.

Me muerdo el labio para no aceptar. Moriré antes de servirles, moriré antes de servir a seres sin sentimientos, que solo saben hacer daño y hacer la guerra.

—No voy... a servir a un monstruo que solo sabe provocar sufrimiento... Te odio, jamás te obedeceré. —digo con mi último aliento antes de gritar de nuevo. La presión sobre mis pezones se hace insoportable y la existencia entera de mi cuerpo se reduce a ellos, a toda la quemazón que se reúne en esa zona.

—Oh ¿Es solo eso? ¿Es porque crees que somos malvados y que servirnos es ilegítimo? —asiento como puedo. Gotas de sudor resbalan por todo mi cuerpo y noto las venas de mi cuello y cabeza hinchadas, palpitantes. Mientras la presión aumenta mi cuerpo no puede seguir procesándolo.

—Voy a darte esta noche y un poco del día de mañana para que pienses.

Si sigues siendo tan obstinado voy a cambiar esas cosas que dices. Te enseñaré que el dolor no es lo único que sabemos causar.

Quiero replicar algo, pero no entiendo a qué se refiere ni puedo intentar entenderlo. Un aullido de dolor sale desde lo más profundo de mi garganta cuando el monstruo me arranca las pinzas. La sensación queda grabada en mi piel y se repite como un eco doloroso que se va apagando poco a poco. Él se va, para guardar los objetos.

Me he quedado solo y únicamente ahora es cuando me doy el lujo de sollozar y balbucear súplicas. No podré soportar ni un segundo más de esto, pero debo ser fuerte, aguantar, luchar. En cualquier momento mi padre vendrá a por mí y me rescatará y ¿Con qué cara le miraré si estoy arrodillado delante del enemigo?

—Verás que la sumisión es un regalo, no solo para mí. —susurra su voz en mi oído, todo mi cuerpo se tensa por su tono y siento que me deshago por el tono grave.

Desliza con delicadeza la venda fuera de mis ojos, se despegan dificultosamente por las lágrimas que la empapan. La luz me confunde durante un primer momento, después el mundo deja de ser un borrón para mostrarse lúcido y lo que veo es su cara. Delante de mí, viendo con curiosidad el enrojecimiento de mi mirada y las lágrimas perlado mis pestañas.

Cuando el negro de sus ojos me atrapa siento una extraña calma. El llanto cesa y solo puedo concentrarme en esa mirada hermética: mira y mira, pero no sé lo que ve, siente o piensa. Ojos tintados de negro, para que nadie vea el alma a través de ellos, pero con una mirada inciden en la tuya como una flecha. Es aterrador dicho poder y un escalofrío me sube por la columna al mirarlo.

Es tan bello, tan misterioso y, aunque de aspecto taimado, sincero en cierto modo. No puedo odiarle cuando lo miro a los ojos; y ese debería ser el momento en que más le detesto.

—Hoy dormirás así, mañana alguien vendrá a lavarte y liberarte después ¿Quieres que sea Miquel o un vampiro?

—M-Miquel... —susurro con el corazón en la garganta. Me alegro de poder escoger, pero se siente tan mal hacerlo, limitarme a las opciones del vampiro como si estuviera aceptando algo.

Él asiente, después va hacia la puerta, apagando las velas, y antes de cerrar susurra:

—No llores, esto lo estás escogiendo tú. Todo este dolor te lo infliges tú.

4

El chico llamado Miquel entra, prendiendo las velas y alumbrando así la habitación. Eso me indica que es de día. Me doy cuenta, mirando la forma en que las llamas bailan, que hecho tanto de menos la luz del sol que su solo recuerdo me causa un vacío en el pecho.

¿Cómo pude uno extrañar cosas tan pequeñas que nunca se paró a apreciar?

—¿Te duele mucho? —pregunta señalando mis tetillas. Miro hacia abajo con horror, aunque por suerte la noche las ha mejorado bastante.

Rojas como cerezas, hinchadas y con pequeñas hendiduras donde la pinza las mordió. Asiento levemente y el chico pasa al frente con un cubo con agua jabonosa y unos cuantos trapos.

Los pasa en silencio por mi cuerpo, refrescándome de una forma que me reconforta. Cuando toca mis pezones y yo exhalo con un ruido de dolor, él retira el paño y lo hace más gentilmente.

—¿Has vuelto a decirle que no obedecerás? —asiento, debería hacerlo con orgullo, pero no puedo. Solo me siento idiota. —Ya veo... ¿Por qué odias a los vampiros?

—¿Por qué tú no? Deberías.

—No debería ¿Qué razones hay?

—Son malvados, solo sirven para matar, para hacer daño, para destruir y torturar.

—Son buenos en eso, sí, pero porque están diseñados para ello. Tampoco significa que siempre hagan esas cosas. Ahora parecen más malvados porque la guerra endurece a todos, pero puedo asegurarte que ellos son personas, igual que tú y yo. —niego con la cabeza. A las personas les late el corazón, a las personas la muerte las deja en la tumba. Las personas sienten. Ellos no son personas.

—Son viles...

—Si lo fueran ya estarías muerto, igual que yo. —dice algo más serio, tirando los trapos al cubo y comenzando a secarme con especial cuidado. Su rostro está llano de apatía cada vez que hablo.

—Precisamente por eso lo son. Solo me mantienen vivo para torturarme, para hacer de mi vida un infierno.

—¿Por eso te dan la oportunidad de obedecer y no recibir daño alguno?

—sus palabras son como un golpe directo en la nuez, durante un segundo me desconcentran y yo mismo me hago esa pregunta.

—Es una trampa, si me someto a él acabaré igual o peor.

—Yo soy el esclavo de un vampiro ¿Acaso luzco como tú? —lo miro de arriba abajo y no sé siquiera como defenderme.

Está estupendo, obviamente bien alimentado, vestido e incluso su piel está bronceada. Ve el sol.

Agacho la cabeza, sin nada que decir. Mis principios no me dejan abandonar esta testarudez; está mal, no sé por qué, pero lo siento.

Él se inclina hacia mí, poniéndose puntillas para alcanzar los agarres metálicos. Cuando los libera y caigo al suelo él pasa un paño húmedo por mis muñecas.

—No deberías resistirte si te atan aquí, mira. —señala mi piel mojada, al agua se lleva la sangre seca y el óxido y queda mi piel limpia, con profundos cortes que rodean toda mi muñeca —Voy a traerte comida, ves a la cama, debes estar agotado y Dunkel vendrá pronto.

Él chico sale un momento de la sala. Mis piernas y brazos entumecidos apenas funcionan así que ni aunque me liberase de la cadena de mi cuello podría oír. Emito un pequeño gemido lastimero y simplemente me hecho en la cama. Todo mi cuerpo duele.

Me cuesta trabajo respirar con normalidad, pero lo consigo. Mis músculos se relajan y descanso unos segundos.

—Te dejo esto aquí. Lo he preparado yo, no soy buen cocinero, pero como soy humano al menos sé que tiene mejor pinta que la comida que preparan los vampiros. —dice riendo.

Lo veo andar hasta la puerta, con preocupación en el rostro. Entonces antes de abrirla se voltea y habla:

—Aunque no quieras complacer a Dunkel, aunque le odies... Por favor, obedécele. Hazlo por tu bien. Hazlo, aunque sea solo por no ser golpeado.

—me mira con los ojos acuosos. Yo asiento casi imperceptiblemente y no sé si siquiera le haré caso.

Cuando se marcha hago un gran esfuerzo para incorporarme. Lo logro y hecho un vistazo al plato. Carne con verduras y un zumo de naranja. Dios mío, para mí esto ahora es un manjar.

Después de comer vuelvo al lecho y en cuestión de segundos, a diferencia de la noche anterior, me quedo dormido.

Algo frío me empuja más contra la cama, un tacto rugoso araña mi cuello y noto los brazos tensos. Abro los ojos de golpe y cuando veo el panorama siento el corazón parárseme. Mi collar está fuera de mi cuello, pero mis manos están atadas al cabecero con cuerda y cada vez que tiro, aprieta más. Dunkel esté sentado en la orilla del colchón, con una mano sobre mi vientre, acariciando casi con ternura.

—Miquel me ha dicho que quizá habías cambiado de opinión, que sea más paciente contigo. Es lindo, pero sé que si se preocupa es porque tiene motivos. No has cambiado de parecer ¿Verdad? —sé que no y que nunca cambiaré, pero soy incapaz de darle una respuesta. —¿Qué esperas que haga ahora? ¿eh?

—Vas a hacerme daño, otra vez... ya lo sé. —una pequeña y rasposa risa sale de su garganta. Sonríe con grandes hoyuelos y grandes colmillos mientras niega con la cabeza.

Su mano sigue acariciando mi vientre y el nerviosismo recorre mi cuerpo. No sé qué hará, pero sé que es un castigo y que no será bueno. El hombre se levanta de la cama para después volver a ella, posicionándose sobre mí. Mi cuerpo inerte queda debajo del suyo, inmóvil.

Podría tratar de patearlo, pero su tamaño me indica que no lograría moverlo. De todos modos, estoy amarrado a la cama y no podría hacer más, en caso de lograr apartarlo, que esperar a que el volviese a intentar hasta tener éxito.

Su cabello largo y oscuro cae sobre mi piel y la acaricia de forma sutil y excitante. Mi cuerpo se estremece por el contacto y él sonríe. Recoge sus mechones tras sus orejas, alejándolos de mi piel con un tacto hormigueante e ínfimo.

—¿Debería tapar tus ojos también para esto? —¿Para el qué? Independientemente de cual sea la respuesta mi rostro se arruga con disgusto al recordar el temor de no ver nada. La impotencia, la incertidumbre.

No quiero eso de nuevo. Niego con la cabeza y él me hace caso, cosa que no sé cómo tomarme. Tampoco tiempo de pensar en ello, su mano empieza a deslizarse por mi cuello y clavículas con cuidado. Acaricia la piel con la yema gélida y presiona un poco cuando pasa cerca de un hueso

notorio, maravillado por ello. Mi rostro se relaja un poco, debo admitir que al menos por ahora sus manos me están brindando una extraña paz.

Los ojos negros están sobre mí y por su color no sé a qué miran. Quizá lo ven todo a la vez: la dermis que acaricia, los cambios de expresión de mi rostro, etc.

Me tenso cuando sus dedos pasan al pecho y atrapan uno de mis pezones entre ellos. No duele, pero sé que puede hacerme mucho daño. Ríe por mi cara de susto y acto seguido lo toma con más firmeza, aumentando un poco la presión. Escalofríos recorren todo mi cuerpo desde su agarre y me quedo inmóvil y aterrado. Tira un poco de él y después lo retuerce. Es doloroso, pero de una forma extraña. La enorme sensibilidad de mi piel enrojecida manda descargas electrizantes por todas mis venas y siento mi cuerpo empezando a arder mientras él toca gentilmente esa parte de mi cuerpo.

Su cabeza desciende y me libero de la presión de sus dedos, noto la zona estimulada y extraña, su respiración sobre ella logra darme escalofríos. Santo infierno, pasa su lengua sobre mi pezón y yo me retuerzo en la cama, mordiéndome el labio para evitar gemir. No puede ser, no puedo disfrutar en sus manos. Está mal, muy muy mal.

Se aleja de ahí, dejando mi botón enrojecido y húmedo y mi cuerpo ardiendo en el mismo infierno. Recula hasta acaba sobre mis piernas y se sienta sobre ellas sin aplastarlas con todo su peso, pero dejando caer el suficiente para que no pueda moverlas. Rebusca algo en su bolsillo trasero, mi corazón sube a mi garganta.

Muestra un pequeño anillo plateado, demasiado grande para un dedo, pero también pequeño para mis muñecas o tobillos. Siento que me voy a desmayar cuando agarra mi miembro con una mano y con la otra lo alinea con el aro. Tiro mi cabeza hacia atrás para no verlo, pero mi cuerpo me da más detalles de los que mi vista podría brindarme.

El frío envuelve mi polla y se desliza lábilmente por ella hasta llegar a la base, lo aprieta contra los testículos y cuando lo suelta queda fijado a la zona inferior, totalmente ajustado a mi tamaño. Noto como constriñe mi miembro y el pánico me invade. Me revuelvo en mis ataduras temiendo lo peor. El dolor ahí será insoportable.

Todo tipo de escenas macabras pasan por mi cabeza y palidezco ¿Y si lo secciona? ¿Y si esa rueda tiene pinchos retráctiles? ¿Y si pretende cortar mi circulación hasta gangrenar mis genitales? Empiezo a llorar sin querer, sollozando también y sin ser capaz de contener un hipido que nace en mi pecho.

—¿Alguna vez has usado uno? —pregunta aún con mi pequeña polla en su mano. La masajea lentamente de arriba abajo y temo que empiece a despertar.

—N-No... —susurro, asustado. Él ríe con diversión mientras aumenta el ritmo de su bombeo y causa todo lo que deseo evitar.

El calor de mi cuerpo viaja al sur como loco, siento como mi erección se llena de sangre, comenzando a erguirse. No, no puedo disfrutar de esto. No puedo.

—Relájate, no va a hacerte ningún daño. Será divertido. —no confío en sus palabras, pero mi cuerpo involuntariamente cede al placer que es escuchar su ronca y sensual voz. Lo odio tantísimo.

Sigue masturbándome y no puedo evitar sonrojarme por lo bochornosa que es la situación. Su mano subiendo y bajando sobre mi necesitada excitación, agarrando mi eje con fuerza cuando se dirige a la punta hasta hacerme llegar al cielo en segundos. Es la primera vez que alguien me toca y lo hace para reírse de mí, es bochornoso. Querría llorar de frustración ahora mismo, pero mi tristeza no es rival para mi excitación y él lo sabe. Mientras sigue masturbándome un dedo de su mano libre se dirige a la punta enrojecida de mi miembro, perlado de líquido pre seminal. Traza un pequeño círculo en el glande, totalmente sensible, y mis caderas empujan hacia arriba sin mi consentimiento.

No sé cuándo eh empezado a respirar acaloradamente o cuándo mi cuerpo se ha llenado de sudor, porque lo único de lo que soy consciente es de sus manos sobre mi sexo. El ritmo aumenta y siento tirones en mi pelvis e ingle, las caderas bombean al ritmo de su mano y de la punta de mi pene empieza a chorrear más líquido.

Apenas lleva cinco malditos minutos y estoy al límite. Voy a correrme por las manos de mi secuestrador, de mi enemigo, de mi vampiro y verdugo.

De mi amo. Oh, mierda.

El orgasmo llega a mí de repente y noto la tensión en mis bolas. Gimo alto anticipándome a la eyaculación, pero algo sucede. Grito de dolor, el orgasmo se acerca sin darme simplemente un muerdo y se aleja cruelmente. Mis testículos hinchados duelen y mi pene está todavía más duro que antes. Ahora mi cuerpo arde todavía más y estoy tan excitado que duele. Solo quiero terminar, iba a terminar.

¿Qué demonios ha sucedido?

Miro por encima de mi cuerpo y veo al tipo sonriendo por mis gemido y gritos inevitables, entonces reparo en la presión sobre mi base: el anillo.

No podré correrme si no me lo quita y, joder, sé que no lo hará. La única opción que me queda es pedírselo. No, no es una puta opción. No lo es.

—¿Eres homosexual? —¿Tú qué mierda crees? Obviamente me guardo mis palabras y mi cuerpo está de nuevo a punto de empujarme a un orgasmo fallido por culpa de su ruda voz.

—S-sí... —respondo quedándome sin aliento ¿Desde cuándo son tan maleable, tan atento a sus preguntar? Joder, sigue bombeando, lento al principio y rápido después para que mi cuerpo no pueda soportar el vaivén de sensaciones.

—¿Has sido penetrado alguna vez? —niego frenéticamente, asustado. Quizá la guerra me ha quitado la inocencia, pero en el sentido sexual me ha evitado perderla. Cuando tu hogar son las trincheras apenas puedes pensar en hombres y lo máximo que he imaginado yo, incluso en las noches en que me corría pensando en ello, es un beso placentero con algún otro tipo.

Él parece pensativo después de mi respuesta, tras unos segundos sonrío. Grito con todas mis fuerzas, el clímax yendo y viniéndose y mi polla cada vez más hinchada y necesitada, tan sensible que me duele ser tocado, pero no deseo que pare.

—¿Has tenido la polla de un hombre en tu boca? —niego de nuevo. La sola imagen mental que eso me provoca me lleva al límite de nuevo y grito. Lágrimas recorriendo mis mejillas mientras su voz masculina me causa escalofríos sus palabras me condenan a un placer que jamás imaginé.
—¿Te gustaría?

—¿Q-Qué? —pregunto nervioso, aterrado por las implicaciones de esa pregunta. Sé que huelen las mentiras, del mismo modo que sé que la verdad es bochornosa.

—He preguntado si te gustaría chupar la polla de un hombre. Quiero una respuesta. —exige, masturbándome más rápido mientras mis caderas ya no pueden seguir el ritmo y solo se alzan, tensas.

—¡Sí! —grito mientras forcejeo contra la cuerda sin sentir nada, aunque la cuerda esté empapada de sangre.

—Bueno chico. —susurra, aminorando el movimiento de su mano. Me permito respirar pese a que la excitación no baja y mis piernas tiemblan como gelatina. No quiero correrme, lo necesito. —Te dejaré correrte con una sola condición ¿Quieres correrte? —asiento frenético, mordiéndome el labio. Más sangre se derrama y ni el dolor es capaz de llevarme lejos de este amargo y prohibido placer. —Bien. Si quieres correrte deberás chupar mi polla siempre que lo ordene. —sentencia. Mi cuerpo se torna rígido. No

puedo hacer eso, no puedo. Simplemente no puedo. Oleadas de placer me invaden, la mente se me nubla. —¿Y bien, lo harás?

Baja la otra mano, gira el anillo sobre mi eje sin quitarlo del sitio, la frialdad del objeto causándome latigazos de excitación mientras su otra mano me masturba a un ritmo brutal.

—Yo... yo... —un gemido interrumpe mis palabras. Cada vez que estoy a punto de correrme el placer es más grande, así como el dolor de no conseguirlo, pero no puedo simplemente obedecer. Los vampiros deben ser odiados, no puedo sentirme así; es todo lo que conozco, todo lo que sé, todo lo que soy; no pueden arrebatármelo. —yo no... yo no...

—Quizá esto no es suficiente placer para doblegarte... ¿Debería follarte para hacer que supliques? Dímelo, esclavo ¿Debería enterrar mi enorme polla en ti? —todo estalla dentro de mí, sus palabras recorren mi cuerpo como un látigo.

Un delicioso terror de une a la calentura y mi pelvis tiembla exhausta. La presión en mis testículos crece y sé que no podré soportarlo una vez más.

—¡Lo haré, lo haré! —chillo desesperado. El placer metiéndose en mi cabeza y enloqueciéndome, astillas de madera bajo mis uñas mientras araño el cabecero.

Él sonrío complacido y retira el dispositivo de golpe. Grito por el inesperado golpe de placer que aturde todo mi cuerpo y la presión en mis testículos se libera mientras alzo mis caderas instintivamente y me corro hasta quedar rendido.

El semen sale disparado por la punta enrojecida y me asombro por la potencia de mi orgasmo, cuando termino el cuerpo no me responde y lo siento dolorido, flotando y ajeno. Apenas puedo reponerme de mi caótico clímax, cada centímetro de mí tiembla y no puedo tomar el suficiente aire cada vez que respiro.

—Te dije que si te portabas bien la recompensa sería grandiosa.
—susurra, risueño, antes de acercarse a mí y limpiar mis lágrimas con sus manos. —Sigue siendo bueno y mañana verás todas las libertades que ganarás por tu obediencia. —asiento, extenuado y confuso. Simplemente quiero quedarme solo y descansar, pensar en lo sucedido. No sé si olvidarlo. —No voy a pedirte ahora que chupes mi polla porque sé que estás cansado y soy compasivo, pero debes saber que llevo mucho tiempo esperando por esto, así que no esperes más paciencia de mi parte.
Buenas noches.

La luz se apaga y todo queda en silencio. Debería estar horrorizado por lo que acaba de suceder, la vergüenza tendría que robarme el sueño, pero

sus manos me han dado tanto y quitado tanto que me duermo al instante.

5

Despierto llorando por los recuerdos de ayer. Ni una pizca de deseo en ese ser maldito, solo venganza. Me ha hecho llegar al cielo y él se ha quedado en el infierno, ha sido tan humillante que me haya tocado por primera vez alguien que solo pretendía castigarme en vez de amarme... Doy lástima.

Las luces se encienden, la llama pasa de vela en vela hasta que todo se ilumina y contemplo con bochorno como mi cuerpo está cubierto por mi propia semilla. Veo a Miquel entrar y sonreírme y la humillación es tan grande que lucho con mis ataduras. No logro nada hasta que alzo mis piernas para tapar con ellas mi vientre.

—Oh, no, no. Tengo que limpiarte, son órdenes de Dunkel. Y no te pongas rojo, he visto muchas más cosas así que esto no es nuevo para mí, tranquilo. —explica con calma, bajando mis piernas poco a poco hasta dejarme expuesto. —Cuando pases más tiempo aquí me verás a mí en peores situaciones. —dice riendo mientras pasa una esponja suave por todo mi cuerpo, llevándose el rastro impuro de mi disfrute.

—Esto es humillante... mierda... —él le resta importancia con un gesto de manos y después me seca. Su trabajo es rápido y al menos no me hace sentir tan incómodo como creí que me sentiría.

—Tengo una sorpresa, ya verás. Ahora te quito la cuerda, pero tengo que llevarte con un collar. Lo siento, son órdenes y es mejor no desobedecer, ya sabes. —asiento, comprendiendo que sea lo que sea él no es culpable.

Permanezco tranquilo mientras ata un collar y una correa a mi garganta y la enrosca en sus nudillos. Después quita el nudo de mis muñecas con cierto esfuerzo y suspirando varias veces.

—Dunkel ha dicho que te portaste muy bien, así que te va a dejar tener otra habitación mejor. Sígueme. —aprecio su cortesía, pero es hasta irónica ¿Cómo no le voy a seguir si me lleva encadenado?

Abre la puerta de mi habitación y apenas creo que vaya a salir a fuera. Cuando doy un paso más allá del umbral de la puerta se me para la respiración y debo sosegarme para seguir. Paredes de piedra me rodean de nuevo y contemplo un pequeño pasillo por el que fluye un amplio tráfico de personas atareadas. Todas ellas son vampiros. Me cubro de repente el cuerpo desnudo y Miquel se ríe.

—No pasa nada, mira. —dice señalando a un chupasangre que va notoriamente más lento. Junto a él hay un chico encadenado y desnudo

igual que yo, con los ojos perdido y un solo brazo. Verle no me ha tranquilizado en absoluto.

Como sea, Miquel avanza y yo le sigo renqueando un poco por el entumecimiento de mis piernas. Ascendemos por unas escaleras de madera y me hallo con la sorpresa de que nos encontramos en un sitio más bien pequeño y modesto, al parecer la zona más importante es la subterránea, mientras que la superior, a la vista de todos, podría pasar por la casa de algún residente humano.

Miquel me guía hacia una habitación y nada más entrar se me están a punto de saltar las lágrimas. Hay una ventana, con barrotes, pero una ventana, al fin y al cabo. La habitación es parecida a la de abajo, solo que algo más amplia y de madera, lo que la hace más acogedora. Miquel ancla la cadena a la pared mientras yo sostengo los barrotes y aprieto la cabeza contra ellos para sentir el sol en mi piel.

—Tienes la comida en la mesa. Me tengo que ir, me alegro de que te guste. —habla con prisas y una enternecedora sonrisa.

Tomo el bol de comida una vez se ha ido y lo apoyo en la repisa, como mirando al exterior. Prados verdes, árboles frondosos y el sol. Cuando termino simplemente me quedo observando, respirando el aire fresco que me había sido denegado.

La puerta cruje ruidosamente y el sonido continúa un rato. Escucho como alguien entra y toma mi cadena como correa y sé, porque no he oído sus pasos, de quién se trata, pero soy incapaz de mirarlo a los ojos.

—Has sido bueno, así que ya no tengo motivos para que estés siempre encerrado. Vindrás conmigo a todos los lugares, sin hablar hasta que se te permita y te arrodillarás cuando yo me siente. Ahora sígueme.

—Yo... —empiezo a hablar, ansioso por decirle que no pienso cumplir sus demandas, pero me mira a los ojos y yo a él y los recuerdos golpean mi mente, así como el temor de perder lo poco que he obtenido. —Nada, amo. —me golpeo mentalmente por llamarle así, pero me sonrío y eso me parece tan maravilloso que por un instante olvido que es el enemigo.

Tomando la correa con autoridad, me dirige a la zona central de ese piso de la guarida. En ella hay una gran mesa rodeada por al menos doce sillas. Sobre la mesa un mapa pasmosamente detallado de la región está lleno de anotaciones y puntos coloreados.

Diferentes hombres empiezan a tomar asiento alrededor de la mesa y cuando yo y Dunkel —como se dice siempre, el burro detrás— nos aproximamos y él escoge una silla, todos los rostros apuntan hacia mí y siento como me escrutan. Algunos de ellos lamen sus colmillos de forma

escalofriante y por acto reflejo me pego más al hombre a mi lado.

Él se sienta y yo permanezco a su lado, de pie y confundido.

—Arrodíllate, esclavo. —ordena con voz viril. Es inhumano que me haga postrarme cuando hay sillas de sobra, pero estando rodeado de más de una decena de vampiros que me devoran con la mirada no es la mejor situación para ser desobediente.

Aprieto dientes y puños y bajo al suelo con mis rodillas, contemplando como todos visten ropajes abundantes mientras mi desnudez expone lo que soy; o, mejor dicho, de quien soy.

—Parece que has sacado algo más que la victoria en tu última batalla. Una hermosa puta, pare ser más exactos. —comenta un tipo, risueño, mientras me señala y los demás ríen —Espero que tengas pensado compartir el botín.

—No creo que lo haga. —responde Dunkel secamente y por primera vez me alegro demasiado de oírlo hablar en ese tono tan cortante.

—Oh, vamos, mira qué bonito es, es obvio que no va a compartirlo. Yo también lo querría para mí, para follarlo hasta la saciedad y que nadie más lo toque. —trago saliva, asqueado y aterrado a partes iguales por la soltura que tiene ese hombre para decir semejantes cosas.

—Pues yo lo mataría, míralo. Que mala postura, y que débil ¿Por qué está temblando? Es patético. —lágrimas se acumulan en mis ojos al escucharle decir eso. Yo solo quiero ir a casa o al menos sobrevivir, hago lo mejor que puedo. Jamás pedí esto.

—Él es nuevo en esto, aún está aprendiendo. —miro a mi amo con sorpresa, sin creerme todavía la seriedad que le causan esos comentarios. Parece incluso que me esté defendiendo.

—Más razón aún para no permitirle malas conductas, además, es tierno, pero podrías haber tomado un esclavo menos vulgar. Es moreno, cabello castaño y ojos marrones; hay un montón de niños como ese en cualquier lado, no vale la pena que lo conserves.

Dunkel me mira de soslayo por las carcajadas de los demás y advierte que mis lágrimas están rodando por mis mejillas. Aprieta su puño y mi corazón se dispara, lo que genera una segunda oleada de risas. Seguro que cree que le estoy dejando en evidencia, seguro que cree que merezco uno de sus horribles castigos.

—Esclavo, vas al baño y límpiate la cara. Es la segunda habitación a la

izquierda.

Me levanto tan rápido como puedo y cubriéndome el rostro salgo corriendo hacia el lugar. Las miradas no me abandonan hasta que desaparezco de la sala y me siento tan abochornado que no quiero salir de mi habitación nunca más. Ha sido horrible y me he sentido tan expuesto...

Miro en el espejo mis ojos enrojecidos por el oprobio y me salpico la cara con agua helada, esperando que eso le devuelva la templanza a mi espíritu porque de veras no quiero volver ahí y seguir en ridículo. La puerta se abre y veo a Dunkel en el espejo. Me quedo mudo mientras una de sus manos se aferra a mi cintura y la otra a mi cuello.

Sus dedos no aprietan en absoluto, permanecen ahí con tranquilidad y acarician lentamente. Temo que esta sea la calma antes de la tormenta, temo ser castigado.

—Has sido un buen chico. Ahora he conseguido que mis hombres se centren, puedes volver y no te dirán nada. — susurra en mi oído de repente me relajo por sus palabras, confiando en él. No tengo nada más a lo que aferrarme, aunque este hombre me aterre.

Me duele admitirlo, pero desde que cumplo sus órdenes me he quitado un peso de encima. Me siento en paz.

Soy llevado de nuevo al lugar de antes y me arrodillo donde lo hube hecho minutos atrás. De nuevo todos me miran, pero Dunkel inicia una conversación sobre la guerra y sus próximas estrategias.

Sé que será aburrido así que simplemente miro al suelo e intento pensar en otras cosas. Cuando mis ojos bajan a la alfombra y luzco alicaído noto una mano sobre mí. Dunkel habla con total seriedad, el rostro firme y su mirada aguda mientras escruta a sus compañeros y juzga sus aportaciones, sin embargo, su mano acaricia amablemente mi pelo y me hace sentir bien.

Cuando me quiero dar cuenta la reunión ha terminado y él separa su mano de mi cabeza. El -cuerpo cabelludo me hormiguea y mi piel anhela sus dedos enredados en las hebras café.

—Creemos que hay un grupo de humanos acampando por aquí cerca, aunque no es nada seguro. De todos modos, yo y dos hombres más iremos a acabar con ellos si así; nadie puede descubrir este lugar. Tú puedes salir si quieres, te encontrarás con Miquel, el ama tomar el sol. Pero no intentes escapar, puedo olerte a quilómetros y si te atrapo te haré algo mucho peor que poner un anillo en tu pene y no dejar que disfrutes.

Mi columna se tensa por sus palabras y de ella emerge un escalofrío que me deja temblando un rato. El tono de su amenaza, así como su ceño levemente fruncido no dejan lugar a dudas: cumplirá su palabra si yo trato de huir. Asiento mirándolo fijamente, en signo de comprensión.

Él me da una pequeña mirada seria y se va hacia el exterior. Cuando mi cuerpo se tranquiliza lo suficiente como para andar sobre piernas que no sean gelatina, salgo y ya no hay rastro de él. Por suerte, en la lejanía distingo la pequeña figura de Miquel y me acerco.

—¿Se han ido ya Dunkel y Gerald?

—¿Gerald? —le pregunto, tratando de recordar si he oído ese nombre antes. Mi memoria lo niega.

—Ah, es mi amo. Me dijo que iría con Dunkel y un chico más a ver si había enemigos cerca o algo así ¿Se han ido ya? —asiento; su rostro cambia de feliz a consternado. Me siento con él en el suelo y lo miro morderse una uña —Estoy algo preocupado. Hay pocos vampiros así que suelen ir en grupos muy pequeños para enfrentar a grupos grandes y cuando saben a qué se enfrentan planean bien las cosas, pero a veces se equivocan o no saben cuántos enemigos tendrán y vuelven heridos. Alguna vez hay vampiros que no han vuelto.

Nunca pensé de ese modo en los vampiros. Cuando alguien moría en las trincheras el luto se vivía para todos. Soldados que nunca vuelven a casa. Pero cuando lográbamos matar a un enemigo —y eso pasó unas diez veces o menos— se formaba una gran fiesta, nadie pensó que él también tenía a alguien que le esperase en casa y que lloraría por su ausencia. Pienso en Dunkel, en cómo debería alegrarme si muere en batalla. Lo único que puedo sentir es un nudo en la garganta.

—Estará bien. —trato de consolarlo. Él me sonríe, aunque un ápice de tristeza aún es visible en sus ojos.

—Claro que lo estará, Gerald es tan fuerte... —suspira mientras apoya su cabeza en las palmas de las manos y mira al cielo, como un enamorado ¿Lo estará realmente?

—¿No te da miedo tu, em... tu amo? —él me mira francamente sorprendido y entonces rompe a reír.

—¿Gerald? Por Dios, ino! Es decir, claro que tengo miedo cuando me gano un castigo, pero sé que él jamás me haría demasiado daño. Cuida de mí, por eso es mi amo. Además, a él le debo todo.

—Pero, te alejó de tu familia...

—¿Qué? No, esa no es mi historia. Mi familia era del bando neutral, del que está a favor de dejarle a los vampiros su territorio, pero nuestro hogar estaba demasiado cerca de una base militar humana. Nos molestaron por no implicarnos en la guerra y cuando los vampiros atacaron su base, algunos soldados aprovecharon el caos para vengarse de quienes no estábamos de su bando. Mataron a mi familia y a mí me dieron por muerto cuando me apuñalaron en el hombro. Cuando todo acabó los vampiros estaban ocupándose de los enemigos que habían sobrevivido y Gerald me encontró junto a mi familia, supo por las heridas y por nuestro aspecto que no éramos del bando enemigo, así que me dijo que podía curarme y dejarme ahí o llevarme con él.

—Y escogiste ir con él.

—No lo dudé ni un instante. —lo miro, la forma en la que alza la mirada con orgullo, el relucir de sus ojos cuando habla de un monstruo como si fuera un héroe. No entiendo por qué un ser que no siente haría algo así por alguien.

—¿Y todo este tema de las órdenes y los castigos no te molesta?

—pregunto con curiosidad. Una cosa es estar agradecido y querer compensarlo, la otra entregarle tu libertad y vida entera a alguien; además, entre ambas hay un enorme trecho.

—También hay premios, no te olvides. Y no, no me molesta; de hecho, me gusta demasiado. Me gusta complacerle y saber que él estará ahí para mí, me hace sentir seguro. —Dunkel también me hizo sentir seguro a mí cuando me defendió delante de los demás, pero quizá mi sumisión es un precio demasiado alto a pagar. Además, yo no disfruto estas cosas; al menos no debería. —Tú tienes miedo de Dunkel ¿Verdad?

—Sí, no sé cómo sentirme respecto a él, pero el miedo es algo que sí tengo claro. Debería odiarle.

—¿Por qué insistes tanto en eso? Pareces un loro repitiendo algo que ha oído muchas veces, ni siquiera suena como si tu hubieras pensado eso genuinamente. —ese dardo da de lleno en mi corazón.

Recuerdo los entrenamientos militares, a papá repitiendo sus discursos una y otra vez y a mi hermano entrando mientras yo solo planificaba porque soy muy débil para luchar; recuerdo que cada vez que daba un golpe o un espadazo mi padre gritaba incansablemente "¡Piensa que es un vampiro, piensa que es un vampiro! ¡Mátalo, merece morir!" y yo escuchaba desde mi mesa de estudio, planificando estrategias mientras lo

único que tenía en mente eran esas palabras.

—Uno de esos monstruos mató a mi madre. —le explico.

—Y un monstruo también mató a mi familia, pero el mío no tenía colmillos, el mío tenía tu ideología y aquí estoy, hablando contigo sin juzgarte de asesino.

—Lo siento... —es lo único que puedo decirle. Sueno tan estúpido, pero mi corazón ha sido encauzado para pensar que lo único correcto es odiar a los vampiros.

—No es conmigo con quien deberías disculparte.

6

Es de noche, estoy tumbado en la cama mientras miro la luna a través de los barrotes que me encarcelan. Dunkel aún no ha vuelto y no puedo parar de pensar en ello. ¿Qué haré si está muerto? Está claro que no puedo marcharme sin más ¿Otro hombre ocupará su lugar como amo? La sola idea de verme bajo el mandato de uno de babosos chupasangres que ocupaban la mesa del mapa este mediodía me da arcadas. Antes muerto.

La puerta se abre violentamente y me levanto de la cama como un rayo. Me incorporo y me froto los ojos para poder distinguir qué o quién ha irrumpido de esa forma en mi habitación. Me llevo una gran sorpresa al ver que es mi propietario y que trae el brazo manchado de sangre y chorreándola.

Doy un respingo despegándome de las sábanas y corro hacia él. Dunkel mantiene su compostura, andando con elegancia, aunque su brazo cuelgue, flácido, a un lado de su cuerpo. Cuando llego a estar delante suyo me invade la vergüenza ¿Por qué he corrido hacia él así? No estoy preocupado, él es mi torturador, debo desearle este mal.

—Esclavo, necesito tu ayuda, así que pórtate bien. —dice en tono ronco, no dudo que pueda herirme incluso estando él más herido que yo, así que cuando cierra la puerta a sus espaldas yo simplemente me quedo inmóvil.

Él se sienta en la orilla de la cama y mueve un dedo como rascando el aire, pidiéndome que venga. Me acerco a paso lento y cauteloso y cuando lo tengo delante me sonrío de forma pícaro.

—¿Sabes cómo hacemos los vampiros para regenerarnos y curar nuestras heridas en dos minutos? —niego con la cabeza, siempre pensé que era algo que sucedía sin más. Él sonrío ladinamente y me toma de la cintura

con su brazo bueno.

Tira de mi hasta que caigo sentado sobre su regazo. Mis piernas abiertas sobre las suyas y nuestros rostros tan cerca que podría besarme. El miedo recorre mi cuerpo, seguido de un pequeño halo de excitación.

—Bebiendo sangre... —susurra en mi oído. Mi cuerpo entero se tensa y coloca su mano en mi espalda, resiguiendo con sus dedos mi columna; repite el movimiento como un mantra y aunque me ayuda a relajarme todavía estoy jodidamente asustado. —Vas a ser bueno y dejarás que te muerda, no quiero tener que hacerlo por la fuerza.

—¿Dolerá? —pregunto, rindiéndome a su voluntad mientras aparta el cabello de mi nuca con una mano y aparta un poco el collar para dejar libre mi garganta.

No quiero resistirme. Él necesita la sangre y yo su piedad ¿Qué más puedo hacer? Me siento tan miserable por no estar luchando, pero ya no quiero hacerlo más.

—Intentaré que no demasiado. Has sido realmente bueno hoy, estoy orgulloso de ti. —sus palabras causan una sensación tórrida en mi pecho, pero todo se desvanece cuando ocurre.

Los dos colmillos presionan la piel y antes de que pueda pensar que es molesto, la rasgan y pasa a ser agónico. Se hunden hasta que mi piel choca con los demás dientes. Siento los filos alargados insertados en mi carne, rasgando el músculo al más mínimo movimiento. Los vasos sanguíneos reventados arden y cuando él succiona siento, desde la punta de los dedos, como la sangre abandona mi cuerpo, dejando las extremidades frías y mi cabeza dando vueltas.

Él me agarra por la cintura con una fuerza brutal, pero no me resisto, Mi cuerpo queda débil demasiado pronto como para que pueda hacerlo; ahora levantar un brazo me parece un trabajo pesado y soy incapaz de mover más que algunos dedos. Empiezo a tener frío y la humedad que se escurre desde su boca hasta mis clavículas me causa arcadas.

Terror será lo último que sienta antes de morir. Pero él se separa y mi cuerpo, en vez de caer al suelo es rápidamente dejado en la cama. Apenas puedo abrir los ojos y está oscuro, entre las tinieblas veo su rostro y sus brazos alzarse hacia mí, ambos en perfecto estado. Acaricia mi rostro y él entonces muerde su propio dedo, lo pasa por encima de su labio y lo empuja dentro de mi boca.

Acaricia mi lengua con su sangre y me remuevo por el sabor metálico, cuando trago sin querer siento un pequeño espasmo y de golpe mi cuerpo

se queda extenuado hasta un punto que no tolero. Cierro los ojos.

7

Salto de la cama repleto de energía, saliendo de mi sueño como disparado desde un cañón. Creo que me dará un ataque al corazón ¡Va demasiado rápido!

Unas manos me agarran por detrás, empujándome de nuevo a la cama y al ver que se trata del vampiro me calmo de inmediato y lo miro.

—¿Q-Qué sucede? —pregunto, mi corazón aun latiendo como el de un colibrí.

—Ayer te di mi sangre para curarte. Puede tener efectos adversos, así que me quedé, pero parece que has estado bien toda la noche. —abro los ojos con desmesura ¿Él se ha quedado toda la noche esperando por mí? ¿Preocupado? No debo hacerme ilusiones, seguramente tenía miedo de que su esclavo se echase a perder. — Has despertado nervioso, pero eso es todo y ya no tienes heridas.

Palpo mi cuello, incrédulo, y doy un chillido al ver que mágicamente está liso. Eso no es posible. Camino hacia el espejo de la habitación, me pongo de espaldas y tuerzo mi cabeza; tampoco están los latigazos. Es impresionante.

—Ahora, querría compensarte y comprobar cuan fiel eres a tus promesas. —dice con una voz ronca, demandándome cerca. Ando hacia él de nuevo, quedando justo delante suyo. —De rodillas. —su tono insinuante y la pequeña sonrisa en sus labios despiertan mi entrepierna y no puedo evitar sentirme avergonzado por ello y preocupado porque, en pequeñas dosis, el miedo me haga ponerme duro.

Veo que hurga en su bolsillo y cuando saca la mano entro en pánico. El pequeño aro metálico que tanto me hizo sufrir vuelve a estar frente a mis ojos y no comprendo cómo puede eso ser una compensación.

—¡Me he portado bien, por favor, no! —grito tratando de levantarme; en el intento caigo de culo al suelo y me arrastro lejos de él.

—Vuelve a arrodillarte frente a mí, esclavo. —niego con la cabeza, mis ojos fijos en ese aparato de tortura. El hombre se levanta y me mira desde su posición, haciéndome estremecer. —¿No recuerdas lo que sucede cuando te portas mal? Confía en mí y obedéceme. Estás siendo premiado.

Trago saliva tratando de creer sus palabras y me aproximo a él volviendo

a arrodillarme.

—Soy tu amo, así que yo decido sobre ti. Decido cuando te vistes, cuando sales, cuando comer. Decido cuando te corres, por eso siempre llevarás este anillo a partir de ahora y yo lo quitaré cuando lo crea conveniente. Si te portas bien te dejaré correrte cuantas veces quieras, pero siempre después de que yo lo haga. Si alguna vez te lo sacas tú sin mi permiso te encadenaré y te follaré hasta que me supliques poder tener un orgasmo ¿Queda claro?

Sus palabras hacen que mis ojos se pongan llorosos de miedo, sin embargo, mi polla parece tener voluntad propia y, encantada por el tono de su amenaza, apunta hacia él con pre semen escurriéndose por la punta.

—Sí, amo. —no sé por qué pero decirlo se siente demasiado bien y pensar que será él quien diga si puedo o no llegar al clímax me resulta tan tortuoso como sensual y hace que me encienda todavía más.

—Ahora póntelo tú mismo. —recojo el objeto con las manos tiritando, como si quemase al tacto.

Está a punto de caérseme un par de veces por los nervios, pero al final me apaño para lograr colocarlo sobre la punta y deslizarlo lentamente hasta que toca las bolas. Su tacto fresco me alivia, pero no olvido para que sirve.

—Dijiste que nunca había chupado una polla y que te gustaría ¿No es así? —pregunta, abriendo sus piernas y atrayéndome hacia el hueco entre ellas. Puedo ver el enorme bulto incuso entre las capas de tela y con solo intuir su tamaño me avergüenzo profundamente del mío.

—S-Sí, pero... pero yo... no...

—¿Tienes miedo acaso? —sacudo la cabeza en afirmación y él lleva una mano a su entrepierna, comenzando a deshacerse de la ropa. —No tienes de qué preocuparte. Mira, estás a punto de correrte con solo imaginar como la meto hasta tu garganta ¿Cierto? —no, no lo había imaginado, pero sus palabras hacen que ahora sí y... mierda, siento que voy a terminar demasiado pronto.

Mi boca saliva ante la fantasía de hacerle una mamada a otro hombre, sobre todo a uno tan grande y hermoso como él, pero a la hora de la verdad estoy aterrado.

—Es que... es que... —¿Es que qué? Ni siquiera sé qué decir, únicamente

estoy demasiado asustado.

Él logra liberar su erección y esta salta fuera de sus pantalones. Joder. Es tan grande que mi excitación se detiene en su lugar la zozobra me pone inquieto. Es enorme y no creo que pueda siquiera tomarla en mi mano y rodearla.

La enorme erección se eleva frente a mi rostro, venosa y necesitada, con una longitud y anchura que sé que jamás podré tomar. Sin embargo, es tan caliente ver esa enorme virilidad frente a mí; oh, joder, es la primera vez que veo el pene de otro hombre y mi cuerpo está tan emocionado y nervioso que soy incapaz de mantener los dedos quietos y simplemente juego con ellos.

—Vas a ser un chico obediente, ¿verdad que sí, pequeño? —asiento con la boca seca y mis ojos fijos en su entrepierna. El calor de mi rostro baja a mi pubis y de ahí sale disparado hacia mi pene. —Muy bien, ahora abre la boca.

Sostiene su eje por la base, doblándolo para enfocarlo a mi boca. Mis manos van inercialmente a sus muslos y la suya sobrante me agarra con cierta rudeza del pelo. Empuja hacia su miembro y los nervios crecen en la boca de mi estómago, haciéndome sentir tenso.

Cierro los ojos, tratando de relajarme. Su aroma picante y viril llega a mis fosas nasales y me atrae de una forma animal, huele agradable pero rudo y eso hace que mi pene reclame atención.

Noto una calidez suave sobre mi labio superior y lentamente se desliza hacia el interior de mi boca; el aroma fuerte y penetrante me acucia a seguir y me siento deleitado e intimidado por su sabor salado. Suave, carnosa y candente, su polla se desliza sobre mi lengua y hago un esfuerzo enorme por abrir más la boca y poder abarcarse.

La cabeza llega hasta el final y golpea mi campanilla, una arcada hace que doble la espalda y abro los ojos con rapidez. Me aterro al contemplar que ni de lejos he devorado la mitad de esa enorme excitación. Él empuja más hondo, mis arcadas se hacen más potentes.

Gimo de forma ahogada contra su carne y eso parece solo divertirme, empujo contra sus muslos con mis brazos y me separo de su pene, tomando grandes bocanadas de aire.

—Es... es muy grande. No puedo con toda... —él exhala una leve risa y después busca en el primer cajón del buró que tengo al lado de la cama. Me siento estúpido por no haber curioseado yo en él antes.

Saca una pequeña cuerda y aunque siento que debería huir, mi cuerpo se queda anclado.

—Las manos detrás de ti, voy a atarte. —obedezco lo que me dice, bajando la vista al suelo, pero, dios mío, se siente tan bien cuando él se enorgullece de mi obediencia.

No debería sentirme así, quizá esto mal, quizá estoy roto, pero ahora no tengo tiempo de pensar en ello.

Se agacha tras mi espalda y noto el amarre poderoso unir mis muñecas a la altura de mi espalda baja. Ahora mismo no puedo hacer nada si él decide empujarse hasta el fondo en mi boca y eso causa en mi cuerpo demasiadas sensaciones contradictorias.

Vuelve a su posición anterior y observo sus movimientos como si se tratase de un maldito dios sobre la tierra. Cuando se sienta de nuevo con su erección monstruosa apuntándome y toma mi cabello para dirigirme de nuevo a ella siento la ansiedad recorrer mi cuerpo ¿Y si no se detiene cuando lo necesito?

No puedo hacerme más preguntas, ha vuelto a meter su erección en mi boca y lo único en lo que soy capaz de pensar en la sensación de esa enormidad deslizándose sobre mi lengua. Dunkel exhala con un pequeño rugido placentero y mi corazón se contrae: le estoy dando placer a un hombre.

Me siento animado a continuar y rodeo su pene con mis labios con cierta fuerza, empiezo a succionar, obteniendo más de esos viriles sonidos.

—Buen chico, eres tan bueno... —musita mientras hecha la cabeza hacia atrás. Suelta mi pelo para peinar el suyo, aunque lo deja más desordenado y salvajemente atractivo, después vuelve a mis cabellos y los agarra más fuerte.

Se empuja más a fondo y siento una arcada de nuevo. Arqueo mi cuerpo y hago un amago de separarme, pero su mano presiona más y él se hunde más profundamente, haciendo que me salten las lágrimas.

—Respira. —dice con voz calmada, su polla todavía dentro de mi boca, latiendo por atención, pero él se está preocupando por mí. Joder, todo es tan confuso. —Vas a tomarla hasta el fondo, es una orden; pero iré despacio.

Su cadera marca un placentero vaivén, su pene sale del final de mi lengua para volverse a deslizar hasta ahí con más fiereza. Un reflejo nauseoso vuelve a molestarme y respiro hondo, como él me ha dicho. A la siguiente embestida me siento algo mejor, aunque la sensación es aterradora y un

poco incómoda.

Lentamente vuelve a follar mi boca hasta que su polla hunde su cabeza en mi garganta. No puedo respirar y me asusto, jadeo y gimo contra su pene, con miedo a tocarlo con los dientes. Me aterra comprobar que solo he tomado la mitad.

Saca el glande de mi garganta, dejándome tomar aire por la nariz mientras él ocupa mi boca.

La próxima vez que empuja contra mí se me saltan las lágrimas, veo toda su carne desaparecer entre mis labios y mi nariz se hunde en una mata de bello rizado. No puedo tomar aire y gimo en protesta, asustado. Su polla está en mi garganta y puedo sentir como la ensancha, como ocupa el espacio y se mueve adelante y atrás en ella, follándola.

Mi pene duele cuando siento el orgasmo que nunca podré tener por culpa del anillo y gimo cuando siento el líquido caliente derramándose en mi garganta, sin darme opción a no tomarlo.

—Vas a tragarlo todo, esclavo. —susurra en mi oído, mientras sus manos me mantienen en la posición y las mías luchan contra las ataduras.

Cuando termina de correrse dentro de mí, me libera con brusquedad y siento mi garganta dolorida, así como mi polla.

—Por favor... por favor... —suplico mirando mi húmeda entrepierna. El vampiro sonrío, levantándose mientras guarda su miembro.

—Vas a correrte, esclavo, pero será como yo diga. Levántate y siéntate sobre mis piernas. —cuando da la orden yo realmente estoy desesperado por obedecerla y trato de hacerlo.

Cuando me pongo en pie mis piernas se tambalean y caigo, pero sus brazos me sostienen fuerte y ajustan la atadura en mis muñecas. Después él me sienta sobre su regazo, con mi espalda contra su pecho y mis piernas sobre las suyas. Coloca sus rodillas en la parte posterior de las mías, haciendo que si él mueve sus piernas las mías le sigan.

Me abre las piernas con brusquedad, exponiendo mi enrojecida polla, todavía abrazada por el anillo; la rodea con su mano y bombea lentamente, aprieto los párpados y me siento morir, no podré aguantar más este placer.

—Esclavo, he estado esperando por ti un tiempo. Ahora me parece que tenerte chupando mi polla es demasiado poco, así que quiero que me digas que cuando yo te lo ordene tú me dejarás tomar tu virginidad y follarte tan duro como lo desee. —sus palabras se inyectan en mi piel y la

recorren con un doloroso terror que llega a mi pene y hace que de él nazca un orgasmo irresoluto. Grito:

—¡Lo haré, haré lo que sea! —sus manos actúan habilidosamente y de un momento a otro el anillo ya no está.

Toma mi polla en sus manos de nuevo y no tiene más que apretar para que tiras blancas salgan disparadas de ella. Mi cuerpo entero se tensa, todos mis músculos temblando pavorosos, hasta que llega a su fin y caigo sin energías en sus brazos.

Una vez me corro él coloca el anillo de nuevo y suspiro dándome cuenta de que acabo de acceder a que me folle. Estoy tan asustado que no puedo siquiera hablar y el cansancio contribuye en ello.

—Te has portado tan bien, pequeño. Estoy orgulloso de lo bien que has aguantado cuando metía mi polla en tu garganta. —dice, acariciándome el pelo. Me observa con una ternura que me funde el corazón y entonces me desata los brazos. — Hoy tienes el día libre, ordenaré que te traigan comida en unas horas. —asiento con la cabeza pesándome sobre los hombros. Él me deposita en la cama. —Esclavo, no pienses que por estas cosas los demás tienen razón. No eres una puta, si deseo sexo puedo conseguirlo con cualquiera, estás aquí por algo más.

Se marcha, dejándome desconcertado y demasiado agotado como para pensar en sus palabras.

Cierro los ojos, lentamente, y me enrosco en las sábanas.

8

Noto un goteo extraño en mi cara y abro los ojos para comprobar de donde viene la molestia. Pequeñas piedrecitas se precipitan contra mi rostro; las sacudo con enfado y me incorporo, queriendo saber de dónde vienen. La habitación está vacía, salvo por que alguien ha colocado la comida sobre el buró.

Otra piedra más es lanzada, desde fuera de la ventana. Curioso, me asomo. Mis ojos se dilatan con sorpresa y agradezco traer las sábanas pegadas a mi cuerpo desnudo.

—¿Papá? —él asiente vigorosamente. Mi corazón comienza a latir demasiado rápido en mi pecho y la calma en mí se evapora de un momento a otro. Me alegro de verle, pero...—¿Cómo me has encontrado?

—Envié hace poco muchos grupos a explorar la zona y los que nunca volvieron parecían estar todos concentrados en las cercanías de esta zona. —explica, mirando a los lados en caso de que haya algún peligro— Menos

mal que estás a salvo... Cariño ¿Es aquí donde viven los vampiros?
—asiento frenéticamente, a sabiendas de que, por lo que he visto, este grupo de vampiros es el más grande que haya podido pensar nunca. —¿Te han hecho daño? —me preparo para asentir, pero realmente no siento que pueda hacerlo.

—N-No... —digo, a pesar de que es mentira. No sé por qué lo he hecho. A él parece sorprenderle menos que a mí la respuesta.

—¿Cuánto hay? ¿Cinco? ¿Siete?

—Creo... creo que casi veinte. —su expresión cambia radicalmente y parece cavilar algo. Mira al edificio y después a mí, de nuevo al edificio y de nuevo a mí. ¿Qué está pensando?

—De... De acuerdo. Aguanta ahí ¿Sí? ¿Por la noche están todos durmiendo? —asiento, él sonrío laureado. —De acuerdo, esta noche vendré a por ti, aguanta.

—Esp-

Se ha ido corriendo, cosa que es normal por el peligro que supone estar aquí. Siempre le dije a ese vampiro que mi padre vendría a por mí, pero en algún momento lo olvidé.

Como para ganar energías mientras pienso en lo maravilloso que es mi padre. Un hombre cuya esposa es asesinada por crueles criaturas se convierte en el líder del ejército humano y, más tarde, se arriesga a salvar a su hijo sabiendo dos cosas que echarían a cualquiera para atrás:

La primera, que, si lo atrapan ayudándome a huir, está muerto y toda la resistencia humana bajo su mandato caerá.

La segunda, que si me rescata con éxito los vampiros de este gran grupo temerán que su ubicación haya sido descubierta por el enemigo o que vaya a ser confesada a este por mí, y se trasladarán; no parece gran cosa, pero mi padre lleva más de medio año buscando una de las tres grandes madrigueras de vampiros y ahora que sabe dónde está la que aparentemente es más poderosa, va a sacrificar todo ese esfuerzo y tiempo por mí.

Estoy orgulloso de él, pero a la vez también me siento mal y no sé por qué. Decido que es mejor no pensar en ello y me voy a dormir, en unas horas anochecerá y yo me habré ido.

Escucho gritos por todas partes, golpes y madera crujiendo. Salgo de la cama de golpe y una enorme luz danza frente a mis ojos. ¿Acaso es de día y mi padre me ha abandonado durante la noche?

Aguzo mi vista entornando mis ojos y hallo una desoladora respuesta: fuego. La casa está en llamas y por la ventana veo como las figuras humanas huyen tras haber causado el caos. No puede ser.

Intento forzar los barrotes, pero obviamente jamás podré quitarlos. Corro hacia la puerta y la cadena en mi cuello me tira al suelo. Estoy perdido, voy a morir.

Todo el mundo sabe que a un vampiro se le mata cortándole la cabeza, clavándole una estaca en el pecho o con fuego, pero parece que han olvidado que los humanos también nos quemamos.

Me siento en la cama con el pecho encogido y los pulmones llenos de una extraña quemazón. Abrazo mis rodillas mientras un acceso de tos me posee y mis ojos lloran por una sensación de picor que no soporto. Todo se vuelve negro por el humo y sé que pronto inhalaré demasiado y moriré.

Las lágrimas caen por mis mejillas. No puedo hacer más, pero no quiero morir. La frustración me llena las venas y el humo los pulmones.

No quiero morir aquí, no quiero morir así.

No quiero morir solo. Siempre pensé que lo último que viese antes de morir sería a mi padre, diciéndome que luche bien y que morí con honor. Ahora lo único que veo es su cobarde sombra escapando después de prenderle fuego a su propio hijo.

La puerta cae de golpe y una figura enorme se desliza entre las llamas, toma mi cadena y la parte en un periquete. Entonces veo la figura de Dunkel andando entre el fuego, aún con parte de su piel derretida, exponiendo el músculo y dejando el resto como colgajos de carne inútil.

Las llamas saltan a su espalda y allí se alimentan y crecen, pero no parece importarle. Me toma en sus brazos con brusquedad y corre conmigo en ellos golpeando los obstáculos que el humo no deja ver.

Después noto que soy lanzado al exterior y aterrizo sobre blanda hierva. A un lado veo a Miquel, abrazado a un gran vampiro y llorando por ello. Hay cuerpos ardiendo en el suelo, inmóviles. Ni siquiera les conocía y eran vampiros, pero las lágrimas me salen solas al ver a Dunkel arrancarse la ropa y piel para liberarse de las llamas, sabiendo que él podría haber sido

también una víctima.

9

Los vampiros, al parecer, tenían un plan por si algo así sucedía. Otra pequeña casa situada a lo alto de una montañita cercana. Una mala opción para atacar, pero defensivamente muy útil. Todos parecen apáticos tras lo que ha sucedido. Yo... yo llevo todo el viaje llorando mientras Dunkel me carca en su espalda como a un niño. Me siento tan horrible al saber que soy el que tiene menos derecho de todos para derramar lágrimas y, sin embargo, soy el único que lo hace; los demás están demasiado preocupados por sus propias vidas y por las de los que quedan como para lamentarse ahora por quienes se han ido. No hay siquiera tiempo para el luto en la guerra.

Desde lo sucedido nadie ha abierto la boca. Nunca supe a ciencia cierta cuantos vampiros vivían allí, ahora sé que de ellos solo quedan seis.

Cuando llegamos a la casa nueva, más pequeña y discreta, todos entran por la puerta en silencio y desaparecen en las habitaciones como niebla. Yo me quedo con Dunkel en el salón, su rostro taciturno me mira con felicidad.

—Pensé que no podría salvarte... —dice en un suspiro, después cierra los ojos, respira hondo y pasa sus manos por mi cabello. —Menos mal...

Me duele tanto saber que lo he dado todo por quien me dejaría morir entre brasas y he intentado escapar de quien caminaría sobre ellas por mí. Dunkel me ha salvado de mi propio padre, todo es tan irónico.

—Lo siento... —rompo a llorar, una vez en el suelo caigo de rodillas y me agarro a sus ropas con toda la fuerza que queda en mis manos. —Lo siento tanto...

—No es tu culpa, esclavo. Deja de llorar. —dice mientras sigue acariciando mi cabeza con ese tacto hermoso.

—Sí... sí lo es... yo... sabía que vendrían y no dije nada... vino mi padre y me dijo que solo me ayudaría a escapar... no pensé que él fuera a hacer eso, lo siento, lo siento mucho... —mano se queda estática en mi cabeza y veo su rostro congelarse con una expresión ecuánime.

El contacto entre nosotros se rompe y yo solo quiero una respuesta. Me va a castigar, pero sé que lo merezco. Solo quiero que suceda y todo quede en paz.

—Vete.

—¿Qué?

—Vete a tu habitación. No quiero verte ahora. —su tono serio y la mirada perdida que lanza a la pared de enfrente me hielan la sangre. Es como si odiara mi presencia, como si los papeles se hubieran intercambiado.

—P-pero...

—¡Vete! —mi corazón se encoge por su grito y me lloran los ojos. Se ha volteado hacia mi rostro violentamente, rompiendo la coraza insensible de su expresión.

Ahora en su cara veo no la furia, sino la decepción y sé que soy despreciable. Que los vampiros no tienen sentimientos ¿Por qué he pasado una vida entera creyendo eso? Le ha dolido más a él que lo traicione que a mi padre el sacrificarme por estar un paso más cerca de la victoria en una guerra innecesaria.

Ando arrastrando los pies hacia la habitación que él ha señalado. Por el suelo se arrastra la cadena con la que siempre me fija a la pared, hoy no lo hará. Quizá es porque sabe que no escaparé, quizá es porque le da igual que lo haga.

Me recuesto sobre el suelo nada más entrar y las lágrimas siguen brotando solas, sin posibilidad de ser detenidas. Lo único que deseo es que Dunkel entre por la puerta bruscamente y me castigue. Necesito saber que él quiere enmendar lo que he hecho, poder perdonarme; que aún quiere seguir entrenándome para hacerme mejor para él y para mí mismo. Necesito saber que no se ha rendido conmigo.

Unas horas pasan y la puerta se abre tal y como he estado fantaseando. Salto del suelo y me quedo sobre mis rodillas. Las manos rezándole a mi dios colmilludo y los ojos cerrados porque no merezco mirarle.

—Soy yo, eh. —dice la conocida voz de Miquel. Abro los ojos, decepcionado, y me siento en el suelo.

Él me imita, trayendo dos platos de comida y colocando uno ante cada uno de nosotros. Me alegra saber que comerá conmigo, pero su expresión perdida me preocupa.

—Dunkel ha estado hablando de lo sucedido con los demás. —mi pecho duele y noto un nudo en la garganta, me mira con los ojos llorosos. Todos deben odiarme ahora y me lo merezco.

—Decir que lo siento no sirve de nada, pero de veras que lo siento...
—susurro mordéndome el labio.

Ya puedo imaginar Dunkel hablando con los otros cinco vampiros, diciéndoles que todas las muertes son culpa mía y debatiendo con ellos si deberían matarme o algo peor. Sé que sea lo que sea que viene ahora no será bueno para mí, pero en cierto modo eso es justo.

—No te culpo. Los demás vampiros están hechos una furia, quieren hacer un banquete contigo, pero yo no te culpo... Has crecido odiando a los vampiros, has vivido siendo del bando contrario y ahora has sido secuestrado por un vampiro que te ha hecho daño y estás confuso. Es normal que quisieras escapar, no te culpo por tener miedo. —aparto la comida a un lado y me lanzo a abrazarlo mientras los sollozos salen de mí sin parar.

Al menos no estoy totalmente solo en esto, el menos alguien me da el perdón que yo jamás podré concederme. Miquel palmea mi espalda mientras yo escondo mi rostro en su hombro, la vergüenza se apodera de mí al ver lo mucho que estoy empapándole de lágrimas.

—Yo... solo quiero que Dunkel me castigue, me lo merezco. Quiero seguir siendo suyo y que sepa que me arrepiento. Supongo que es demasiado tarde para eso ya, van a matarme...

Me duele el pecho y la cabeza, no quiero morir, pero al menos lo haré tras haber vivido unos instantes maravillosos al lado de un vampiro. No me arrepiento de ello, aunque me gustaría demasiado que hubiese dudado más.

—¿Qué? ¡No vas a morir! —exclama él riendo mientras me golpea con la mano. No entiendo por qué se toma tan a broma que esté rodeado por una horda de vampiros con sed de sangre y venganza.

—Pero has dicho que querían matarme...

—Ya, bueno, quieren matarte, pero Dunkel está hablando con ellos y sigue siendo el líder así que le harán caso. —una sensación tórrida me llena el pecho y las lágrimas se detienen en mis ojos. Él me está defendiendo de nuevo. —Además, si tú no hubieses sido capturado tu padre y su ejército habrían descubierto el lugar igualmente. —esas palabras deberían aliviarme, pero no causan nada en mí, mi cuerpo sigue todavía drogado por la idea de que Dunkel no se ha rendido conmigo.

—¿Puedo pedirte un favor? —pregunto mientras empiezo a comer, viendo que él casi ha terminado su plato mientras habla. El chico asiente con la boca llena y yo me pienso mis palabras. —Dunkel no quiere verme ahora mismo, pero me gustaría que le dijeras algo de mi parte. Pero ni siquiera

sé que decirle. Quiero decirle que lo siento, que lo siento demasiado y que no volverá a pasar y quiero tener su confianza de nuevo; por eso dile que aceptaré cualquier castigo que me imponga.

Su plato todavía no está terminado, pero me mira con seriedad y deja la cuchara sobre él. Me escruta, pensativo y habla:

—No creo que sea buena idea decir cualquier castigo ¿Podrás soportarlo de nuevo si te golpea?

—Miquel, díselo, por favor... Cualquier castigo, el que sea.

Él traga saliva, por la preocupación en sus ojos veo que no va a decírselo.

10

—¿Así que cualquier castigo? —la puerta se abre de golpe, su voz golpeando duro en mis oídos.

Doy un respingo con el cuerpo rebosándome de alegría y temor. Dos figuras avanzan por la puerta y una de ellas la cierra. Solo conozco a Dunkel, pero el otro tipo me mira con una magnificencia propia de un rey frente a sus súbditos.

—El que sea, amo. —susurró arrodillándome frente a él. El arrepentimiento carcomiéndome los huesos y mis ojos ignorando la incómoda presencia del acompañante de Dunkel. —Solo quiero que vuelvas a confiar en mí.

—Un castigo no logrará eso, el tiempo sí.

—De todos modos, sé que lo merezco y es mi forma de pedir perdón y demostrar que no quiero traicionarte más, que confío en ti. —sus ojos, llenos de soberbia, me miran desde lo alto y se acerca a mí a paso lento, con las manos a la espalda; su amigo le imita, con la misma aura aterradora flotando tras él, llenando toda la habitación.

Ambos hombres andan en círculos durante un momento alrededor mío, como cazadores acechando a su presa. No sé qué sucede o qué sucederá después. Un nudo se instala en mi estómago.

—Dices que confías en mí, esclavo. Me pregunto ¿Hasta qué nivel lo haces? —sus palabras dan de lleno en mi pecho. ¿Hasta cuanto confío en él? No me lo había planteado, solo sé, siento, que confío en él.

Me ha salvado la vida arriesgando la suya, me ha defendido a costa de su

honor, me hecho mío, haciéndome suyo.

—Totalmente, amo... confío totalmente en ti. —sollozo mientras él se arrodilla detrás de mí y me quita el collar.

Acaricia mi cuello con sus manos frías y pasa las uñas por las zonas más finas, sintiendo mi pulso acelerado.

—¿Confías en mí lo suficiente como para obedecer a otro hombre que yo te ordene que obedezcas? ¿Cómo para ser sumiso mientras alguien que no te ama te castiga de una forma cruel que mi piedad me impide?

—¿Dejarme en manos de otro? ¿Otro en quien Dunkel confía? ¿Otro que me hará sufrir? Suena como una pesadilla, pero merezco el castigo, lo merezco tanto...

Dunkel acaricia mi mejilla mientras limpia mis lágrimas. No tengo voz para responder, solo el pecho oprimido y mil pensamientos horribles en la cabeza.

No va a ser agradable, al fin y al cabo, es un castigo. Miro al extraño y me sonrío, sus colmillos enormes reluciendo con ansia. Soy tan tuyo, tan tuyo... que puedes compartirme. La idea duele demasiado en mi pecho.

Dunkel cediéndome, abandonándome.

—¿Volverás?

—Después del castigo. —indica, acariciándome el cuello con ternura. Deposita un pequeño beso en mi nuca cuando lo veo de soslayo con mis enrojecidos orbes.

—¿Y seguiré siendo tuyo?

—Nunca has dejado de serlo, ni aunque otro te toque. —asiento tragando saliva, demostrándole que lo comprendo.

No son sus manos las que me fustigarán, ni su voz la que dará órdenes, pero todo será por él del mismo modo en que lo sería si estuviera en la sala. No es su carne, pero es su voluntad; y pese a que eso no hace lo que ha a suceder ni un poco menos aterrador, sí sé que no es trágico: él no me está rechazando, me está dando una oportunidad.

—Entonces sí. —escucho una risa enfrente de mí, el sujeto desconocido relamiéndose de placer y yo temblando de terror.

—Estoy tan orgulloso... —murmura Dunkel, cerca de mi oído; sus palabras son la panacea a cualquier preocupación mía y mientras me deleito con su

voz solo existe el presente.

Estos instantes preciosos en que me siento perfecto, gracias a él.

—Avísame al terminar. Y ya sabes las normas. —comenta Dunkel con el hombre alto que custodia la puerta.

Me alegra saber que ha impuesto algunos límites, me siento más seguro, aunque esa sensación desaparece junto a Dunkel.

—He oído hablar mucho de ti, realmente tenía ganas de probarte. Soy Gerald, Miquel me habrá mencionado. Algún día espero que tu amo y tú participéis en nuestros juegos, sería divertido. Ahora también lo será, pero no para ti. —habla el hombre, una sonrisa enloquecida cruzando su rostro.

Es pelirrojo y sus rizos coronan su cabeza de forma uniforme y tierna; su rostro está moteado por pecas y tiene unos labios finos y rosados, como sus facciones o el pequeño rubor natural de sus mejillas. Es más alto que yo, pero también más delgado que el resto de vampiros.

Es bonito, de una forma ciertamente aniñada y de no ser por sus dantescos colmillos y ojos negros uno pensaría que es adorable. Ahora sus detalles lindos lo hacen parecer macabro en contraste con el resto de sus atributos sobrenaturales.

Parece inofensivo y eso es lo que me da más miedo. Sé de sobras que las apariencias engañan.

—¿Sabes que Dunkel es mi mejor amigo desde que fui convertido por él? Para mí él es la segunda persona más importante en el mundo, después de mi esclavo. Y tu acabas de hacerle daño ¡Alégrate! Vas a ser la única persona a la que haya dejado vivir después de hacer algo así. —me sonrío de nuevo, esa boca elegante, pequeña y modesta me hará tener pesadillas: sus colmillos sobresalen como dagas asesinas y por culpa de sus míseros bellos, parecen todavía más grandes de lo que son. —Ahora, ven.

Se levanta, marchándose de la habitación. Yo voy tras él y el corazón me palpita como loco mientras trato de pensar a dónde me llevará. No voy con collar y correa y por extrañamiento que parezca eso sí me hace sentir desnudo.

Hace poco que me da igual mostrar mi cuerpo, después de haber visto varias veces a otros humanos desnudos junto a sus humanos ya no siento que sea la gran cosa, aunque sigo siendo algo pudoroso, sin embargo, el collar es como un salvavidas y sin él me siento perdido y desorientado en

un vasto mundo.

Baja unas escaleras que nos llevan a una zona subterránea, igual que la del lugar anterior solo que más pequeña y con el aroma a humedad pegado en cada pared. El ambiente opresivo, la mala iluminación y aire denso me hacen sentir incómodo.

Mi estómago duele de los nervios.

—Entra. —ordena abriendo una puerta con llave. Es la única en la que he visto esa clase de cierre.

La habitación está en la penumbra, apenas iluminada por unos candelabros cuyas velas están ya rozando el límite. El humo huele dulce y mortal a la vez. Escucho la puerta cerrarse detrás de mí.

11

—Bien, a ver ¿Con qué debería empezar? ¿Placer o dolor? —mi rostro palidece cuando lo veo mirar la pared del fondo con su mano en la barbilla, pensativo.

No puedo discernir bien todos los objetos, pero igualmente puedo verlos, colgados en la pared y con esos aspectos tan amenazantes y a la vez refinados. Pasa sus manos sobre los látigos haciendo sonar el cuero de sus colas. El resto de cosas no tengo muy claro que son o para que sirven, pero prefiero no averiguarlo.

—Empezaré con el dolor. Darte placer mientras tienes ese anillo puesto será más desesperante que hacerte sufrir, así que reservaré eso para lo último. —piensa en alto; mientras, yo estoy aterrado, pegado a la puerta a más no poder con la esperanza pueril de poder atravesarla si lo deseo con las suficientes fuerzas.

Veo que se agacha para alcanzar algo y acércalo.

—Ponte aquí. —ordena distraídamente, mientras sigue mirando ese gran expositor de aparatos de tortura y se debate entre los diferentes instrumentos.

Me acerco al objeto y me siento algo tranquilo al encontrarlo ciertamente familiar. Es uno de esos potros de madera que saltaba cuando era más joven, durante la época en que mi padre nos entrenaba físicamente tanto a mí como a mi hermano, pensando todavía que yo valía para luchar además de planificar; años después descubriría que tenía como hijos a un guerrero y a una decepción que, por lo menos, no era mala estratega.

Este potro es algo diferente, aunque es un poco más alto de lo acostumbrado pues me llega unos centímetros más arriba de la pelvis, el detalle que más llama mi atención es la parte inferior de las patas de madera. Son más robustas que unas normas y de ellas sobresalen correas ajustables para tobillos y muñecas.

—¿A qué esperas? —pregunta, estando de espaldas a mí. No puedo ver sus ojos y él no puede verme a mí, pero sabe que no estoy obedeciendo con presteza y eso me inquieta.

Trato de no buscarme más problemas de los que ya tengo —bien merecidos, por cierto— y me tumbo sobre la madera forrada de cuero. Mi tripa se contrae por el frescor del material y trato de respirar despacio y hondo. Sería rotundamente estúpido de mi parte morir de un infarto ahora.

—Quédate ahí, pronto escogeré con qué golpearte primero. —asiento lentamente, notando mi cuello entumecido y tenso. Todo mi cuerpo está tieso como el esparto y él disfruta evidentemente de mi temor.

No hay necesidad de que piense en alto, sé que el único motivo por el que lo hace es porque fuera de su cabeza sus pensamientos van a causar más temor que dentro. Se voltea con tranquilidad y da una vuelta a mi alrededor, observándome simplemente.

Tomándose su tiempo porque sabe que para mí cada segundo es una tortura y para él la eternidad no es nada. Mientras me rodea pasa una mano por mi espalda, la desliza suavemente y llega al final de ella.

No se detiene, acaricia el principio de mi trasero y sus dedos se desvanecen trazando el camino entre mis nalgas. Todo mi cuerpo se tensa por lo que su caricia insinúa.

En la tercera vuelta que da me ata las manos y tobillos a las patas de la estructura de madera. Una gran zozobra crece en mi corazón, emponzoñando mi mente con pensamientos catastróficos. Sé que estoy inmóvil, que voy a ser castigado y que el hombre que lo hará no es mi amo y no será compasivo.

Tengo ganas de llorar y odio lo mucho que mi cuerpo responde ante esta clase de estímulos; al menos en esta posición él no puede saber que estoy excitado, pero mi erección queda atrapada entre mis piernas y la esquina del potro, por suerte redondeada, así que es doloroso.

Él alarga la mano y descuelga un objeto de la pared para después mostrármelo.

Una enorme pala de madera oscura. Los latigazos duelen, pero sé de sobras que eso es peor. Me remuevo en mi sitio, luchando en vano contra las correas, él sonrío.

—Ahora voy a golpear tu culo con esto hasta que no puedas más, entonces seguiré. Pero primero de todo voy a evitar que me seas molesto. —dice mientras se posiciona detrás de mí y veo su sombra abarcarme mientras él se inclina hacia mi cuerpo.

Sus dos manos pasan frente a mi rostro, sosteniendo con los dedos en pinza algo que no logro ver que es. El objeto redondeado se aprieta contra mis labios y trato de verlo, pero no distingo más que una borrosa esfera oscura.

—Abre la boca. —cuando lo hago el enorme objeto entra en ella, peleándose con mis dientes por el poco espacio que hay.

Me duele la boca de tanto abrirla, pero sé que tendré que soportar cuando siento una cuerda pasar por mis comisuras y ser anudada en la parte posterior de mi cabeza.

Presiono los dientes contra la mordaza y me espanto por su rigidez y por el hecho de que taponan mi boca a la perfección, anulando cualquier súplica.

El terror de ser acallado expira en un instante cuando el primer golpe llega. Mi culo cruelmente agredido con la madera rígida, pesada y gruesa. Un grito queda atrapado en mi garganta y las lágrimas huyen de mis ojos.

Me golpea de nuevo, de nuevo y de nuevo. Establece un ritmo irregular y constante que me vuelve loco. Mi trasero arde, todos los nervios de mi piel chillando de dolor, la hinchazón apoderándose de mi parte golpeada y las horribles descargas recorriendo mi cuerpo entero como flechas que rasgan la piel.

Me mareo cuando los golpes siguen, pierdo la noción del tiempo y puedo notar mis uñas partiéndose mientras agarro y arañó las patas del potro al que estoy sujeto. Duele como el maldito infierno.

Él sigue golpeando y golpeando, aunque mi cuerpo ya no tiene fuerzas ni para resistir. Mi ser entero se halla inerte, como un muñeco de trapo y mis ojos empiezan a confundir la oscuridad que me rodea con el sueño. Oigo los horribles golpes desde lejos, separados de mí por una especie de barrera de algodón. Poco a poco el dolor se desvanece y mi cuerpo con él.

—¡Nada de desmayarse! —vuelvo a la realidad gritando o al menos intentándolo.

Sus manos tirando de mi pelo hasta que mi cuello cruje violentamente, sus colmillos enterrados en mi garganta y mi culo quemando de dolor.

Suelta mi cabeza mientras él retira la suya y mi cara cae contra la madera revestida de tela haciendo un ruido sordo y arrancándome un jadeo. Escucho como mi sangre empieza a gotear sobre el suelo.

Después algo más cae sobre el suelo y cuando mi vista intercepta la pala de madera doy gracias a dios.

Atrapa mis nalgas con sus manos, clavando los dedos en la piel sensible y color rojo cereza y yo muerdo la mordaza hasta que las encías punzan. Su mano azota entonces mi culo y esta vez el dolor es verdaderamente insoportable.

Si merezco o no este castigo es algo que mi cuerpo no se plantea mientras trata de resistirse y tira de las correas como si le fuera la vida en ello.

Otro azote y ya no lo soporto más, sé que mis gritos no tendrán efecto en él, pero necesito realmente quitarme la mordaza y suplicar, aunque al menos sea para desahogarme.

Los azotes siguen llegando uno tras otro y me rindo. No hay nada que mi voz ahogada pueda hacer al respecto, simplemente reposo sobre la superficie y espero a que todo termine.

Cuando sucede creo que es un milagro e incluso lloro de alegría —y por el dolor anterior—, pero sus manos agarran mi culo, amasándolo entre sus dedos y separando las nalgas con fuerza. Duele demasiado cada vez que me toca.

Suelta mi culo por fin, andando hacia mi rostro. Se posiciona enfrente de mí y escucho ropa rozar contra la piel. Sus manos alcanzan mi nuca y me arrancan la mordaza.

Un hilo de saliva acumulada cae al suelo, juntándose con la sangre de mi mordida. Yo escondo el rostro, abochornado; sin embargo, a Gerald eso no le parece buena idea y me tira del pelo hasta que miro al frente, con el cuello algo torcido y la boca abierta para chillar.

Su gran polla entra de lleno sin que siquiera tenga tiempo a preguntarme cómo o cuándo se la ha sacado. Golpea mi garganta y sale hasta apenas besar mis labios, empapada de líquido salado, después arremete contra mi interior de nuevo y la operación se repite. No tengo tiempo a respirar

entre embestida y embestida y empiezo a marearme.

Él desacelera, queriendo disfrutar más antes de venirse en mi boca. Al ir más lento tengo tiempo de tomar algo de aire en la pausa entre estocadas, pero él se da cuenta. Me agarra el pelo ahora con una sola mano, la otra está tapándome la nariz mientras su polla ocupa toda mi boca.

Me ahogo. Gimo con terror gastando un poco del aire que me queda, asustado al ver que pese a mis intentos no entra en mi ni una sola inspiración. El pánico me invade y él mira mis ojos llenos de terror antes de empezar a acelerar.

Me retuerzo sin fuerzas, comenzado a ver como el mundo a mi alrededor se torna abstruso y gira como en una noria; siento mi cabeza pulsar y la presión en mi garganta yendo y viniendo, mi rostro rojo, inflamado.

Soy incapaz de moverme, de abrir los ojos tan siquiera. Siento el líquido ardiente derramándose en mi garganta y cayendo hacia mi interior. Sale de mí rápido, pero ya no tengo vigor como para tratar de respirar, todo se pone oscuro.

Un latigazo de dolor surca mi mejilla y me activa, logrando que tome una copiosa bocanada de aire. Lo miro, con la mano alzada tras abofetearme y él frunce el ceño.

—No deberías ser tan débil si quieres ser castigado como te mereces.
—me recrimina; se voltea para alcanzar una de las velas más largas que están en la pared. Observo como la mueve cerca de mí y cuando él se posiciona detrás veo su luz proyectada en la pared, pero no que hace con ella.

Arde. Un goteo de fuego me hace sentir la nuca fundiéndose y grito de desesperación. Vuelvo la cabeza como puedo y le veo vertiendo la cera fundida sobre mi piel expuesta, siguiendo la línea de mi espalda. Siento la columna vertebral hundida en magma, la piel hundiéndose bajo el calor, la sensación ardiente penetrando hasta el hueso.

Se agacha detrás de mis piernas abiertas, no veo lo que hace, pero siento su mano en mis genitales y me sacudo histéricamente. Sus manos rozan mi pene y gimo de placer pese a que mi cuerpo entero demanda clemencia.

Mi piel es un oxímoron de sensaciones.

Siento dedos helados y largo sostener mis testículos y después del frío de

su tacto otra sensación prevalece en esa zona. Fuego.

Quema tantísimo, mi cuerpo no se mueve: no me atrevo. Solo siento ese goteo infernal sobre mis bolas y rezo por que termine pronto. Las lágrimas cayendo por mis mejillas y la cera caliente deslizándose dolorosamente por partes de mi cuerpo que ni siquiera deseo que sean tocadas.

Se detiene. A mí no me queda energía como para sentir nada más, ya sea dolor o gusto.

—Ya has sufrido mucho ¿No? —pregunta, risueño, mientras desliza su mano por mis genitales y espalda para arrancar la cera encallecida.

—¿Qué tal si ahora te doy placer hasta que no lo soportes? Tu amo me ha dicho que no te ha penetrado, es una lástima para ambos que vaya a ser yo quien robe la experiencia de dilatarte por primera vez.

—¿Qué? n-no, espera... —corta mis palabras con un bofetón y solo puedo callar y elevar la vista, pidiendo clemencia.

—Querías ser castigado y lo serás, pero no temas: tu virginidad ya tiene dueño y por desgracia no parece desear compartirla. —eso me tranquiliza solamente un poco, pues el pavor que siento por ser penetrado por los dedos de Gerald es inmenso también.

Nunca nadie jamás ha hecho algo así a mi cuerpo y que la primera persona que lo haga vaya a ser un cruel castigador me aterra porque sé que, si no es doloroso, el placer se hará insoportable por el anillo de mi pene.

—Chúpalos, por tu bien. —ordena presionando tres dedos contra mis labios, saco la lengua para lamerlos, pero él los empuja hasta el fondo.

Contengo una arcada y cierro mi boca alrededor de ellos, paso la lengua por todas las falanges de forma lenta, pretendo ser sensual y por alguna razón el miedo con el que lamo los dedos me lo parece. Los saca de golpe, sin darme tiempo a lubricarlos de forma más adecuada.

Cuando quiero protestar de mis pulmones no sale nada, no entra nada. No respiro. Lo noto detrás de mis piernas, separando mis nalgas con una mano y deslizando los tres húmedos dedos sobre mi entrada. Un dedo presiona su yema contra el músculo fruncido y rosado y siento que es imposible que entre ahí.

La presión aumenta y con ella un escozor en mi ano, no quiero que siga, sé que dolerá. Quiero pedirle que pare, pero oh, joder, lo ha empujado hasta el fondo y mi cuerpo no sabe siquiera como interpretar esto.

Un dolor punzante atraviesa mi interior, siento en anillo muscular que ha forzado apretarse contra su dedo queriendo cerrarse de nuevo, presionando de forma dolorosa.

Ni siquiera espera a moverlo o a que me acostumbre, solo mete el segundo con la misma brusquedad que el primero, ensanchando de golpe un paso estrecho que no puede soportarlo. Mi recto se siente ardiente, pulsante, arañado y violado; es tan violento, tan aterrador y tan cruel que no puedo hacer más que llorar y preguntarme por qué esto me hace estar más cerca del orgasmo que cuando me sentía seguro.

Duele tan jodidamente delicioso. El tercer dedo entra en mí y muerdo mi labio hasta que sangro por ahí también. Mi polla palpita y tiembla sintiendo la proximidad de una clímax, uno que, en vez de ser un estallido de placer, lo es de dolor: el problema es que en cierto punto ambos son la misma cosa.

—¿Quieres correrte ya? —pregunta el hombre riéndose, no necesita una respuesta. Las sacudidas que da mi pene al escuchar su voz vigorosa son más que explícitas. —Tu pequeña y patética polla va a tener que aguantar más que esto, esclavo.

Gimo por sus palabras, pero le acucia a actuar y mis sonidos obscenos no se detienen. Saca sus dedos y los mete de nuevo a un ritmo enérgico e ininterrumpido.

La sensación de vacío me ahoga y cuando vuelvo a estar lleno de nuevo la fricción del embate deja un rastro doloroso por todo el interior de mi cuerpo. Sus dedos son tan rudos que siento que, aunque esté siendo follado, es una tortura.

Entonces arquea un poco las falanges y la próxima vez que me golpea toca algo en mí que vibra por todo mi cuerpo y envía flechados de placer directos a mi polla. Con solo rozar ese dulce punto el primer orgasmo llega y me abandona sin consumarse, sumiéndome en la desesperación.

—No pensé que fueras tan sensible. Será más divertido así.

Sus dedos van más rápido, mis caderas empujan hacia ellos queriéndolos más adentro, rozando esa zona enloquecedora que parece adormecer mi cuerpo y sumirse en el éxtasis más divino. Mientras eso sucede muerdo mi labio y lloro presa del dolor que su salvajismo provoca, pero no me arrepiento.

Cuando empuja sus dedos a mi exterior me quejo, deseando más de esa irresistible contradicción. Lo veo agacharse y rodear la mesa, liberándome de mis diferentes ataduras; ahí me doy cuenta de la magnitud de mi resistencia, pues tengo todas las articulaciones llenas de rozaduras y

sangre, pero no puede importarme menos.

Aunque me haya soltado no soy capaz de moverme, únicamente de quedarme flácido sobre la mesa, con el cuerpo hecho gelatina y el corazón a mil.

Me toma de las caderas y con una fuerza brutal me voltea. Quedo tendido sobre la mesa con el rostro y la polla apuntando al cielo y los brazos y piernas derramándose como helado derretido por los bordes de la mesa.

Se aleja de mí un momento. Ahora tengo las manos libres, sería tan fácil retirar el anillo de mi pene y liberarme por fin de esta tortura. Solo debo hacer un leve movimiento, pero Dunkel está clavado en mi cerebro, amenazándome. No le tengo miedo a ser castigado por él si es con placer, pero no deseo decepcionarle.

Vuelve con algo en las manos, parece una cadenita delgada y corta que tiene dos objetos metálicos y triangulares en los extremos; no puedo ver bien qué es. Oh, no, otra vez no... No me da tiempo a reaccionar cuando comprendo que esos salientes son pinzas y él actúa demasiado rápido, poniéndolas en mis pezones. La cadena, helada, se derrama por mi pecho causando una sensación balsámica mientras los botones rosados arden y duelen.

—Coge la cadena. —alzo mi mano cómo puedo. El brazo me flaquea y cae de nuevo cuando trato de elevarlo.

El dolor, la pérdida de sangre, el placer, la frustración sexual... todo está acabando conmigo.

En el segundo intento logro ponerlo sobre mi pecho, al lado de la cadena. La tomo entre los dedos y entonces él coge mi muñeca mientras yo sostengo fuerte el metal delgado, tal y como me ha pedido.

Levanta mi brazo con brusquedad, tensando la cadena y haciendo que mis pezones sean jalados por el agarre dentado.

—¡Duele! —chillo. Intento volver a mi posición original, con la cadena relajada sobre mi piel, pero su fuerza me mantiene ahí.

Me mira, apático, y veo como frunce el ceño con enfado.

—Vas a mantener tu mano en alto, tirando de la cadena o si no seré yo quien lo haga y no pienso ser delicado ¿Entiendes? —asiento, su mano suelta mi muñeca y concentro toda mi voluntad en intentar que mi brazo no caiga.

Me duele la piel agarrada por las pinzas, me duele el brazo, me duelen los ojos de llorar y sobre todo mi pene duele y está desesperado por el tan necesitado orgasmo.

Sudores copiosos descienden por mi rostro mientras mis ojos se fijan en la cadena alzada; mi mano alzada tiembla, oscila en el aire y se va quedando sin fuerzas, pero debo resistir. Esto demasiado ocupado como para darme cuenta de lo que Gerald ha hecho mientras yo estaba pensando en el dolor que nace en mis pezones y se extiende por todo mi ser, clavándose en mi corazón; así que cuando siento los tobillos encerrados por restricciones metálicas me asusto, miro hacia donde está él y lo veo sosteniendo una barra de madera, con mis pies a los lados.

Me asusto al comprender que es una especie de separador para que yo no pueda cerrar las piernas mientras él mete y saca sus dedos de mi interior como si quisiera romperme. Estoy tan indefenso. A su merced. Mi polla pulsa contra el aire y siento mis caderas elevarse, aprieto las nalgas y grito en anticipación. Entonces, sucede de nuevo, o mejor dicho: no sucede, de nuevo.

Apoya la barra en sus hombros, alzando mis piernas a esa altura, y se coloca entre ellas. Es tan jodidamente sexy... me resulta demasiado caliente ver mi cuerpo inerme, inmovilizado, sometido, mientras un hombre más grande y fuerte que yo se apodera de mí como le place. Mierda, mierda, mierda, estoy a punto de correrme otra vez. Solo debo concentrarme en otra cosa, mantener alejada la realidad de mi mente.

Gerald mete los tres dedos de golpe y mi cuerpo se retuerce, espasmos de dolor recorren mi esqueleto entero y me muerdo el labio, tratando de soportar el hecho de que no ha esperado a que me acostumbre para comenzar a embestirme fuerte y duro. Mis rodillas tiemblan, se atraen como imanes por acto reflejo, queriéndose unir pudorosamente cuando el hombre alcanza mi próstata y la tortura una y otra vez, pero mis piernas no pueden unirse por culpa de las ataduras en ellas y lucho en vano.

Sus dedos enormes entrando y saliendo, forzándome cuando mi cuerpo los rechaza, enseñándome que mi cuerpo está para su placer, no el mío. Es jodidamente fantástico.

Su mano rodea mi polla y jadeo, quedándome sin fuerzas cuando sus dedos casi arrancan de mí otro orgasmo. Suelto la cadena, la mano sobre mi vientre.

Un bofetón cruza mi mejilla y noto la piel plaga de quemazón y un cosquilleo desagradable.

—¡Te dije que no la soltaras! —grita, aumentando la velocidad y volviéndome loco. Mis gemidos son incontrolables y tengo miedo de no ser

capaz de resistir más orgasmos interrumpidos.

Toma la cadena él mismo y tira fuerte, hasta que puedo ver mi piel estirarse lejos del cuerpo como una tela. Roja, arañada y a punto de rasgarse. Grito de dolor mientras me penetra y a la vez me tortura.

—Mastúrbate. Y si tocas el anillo haré que no te corras en meses.
—obedezco sus órdenes con gusto, sofocando mi erección en mi mano, pero la tentación de retirar el anillo es tan grande que lloro pensando que no lo puedo hacer.

Mi cuerpo se arquea violentamente y siento un tirón en la pelvis. De nuevo mi cuerpo intenta liberar su éxtasis, pero el anillo lo impide. Estoy desesperado, me toco lentamente tratando de alejar el orgasmo, pero él me folla tan ferozmente con sus dedos que no puedo aguantar.

Como oleadas de placer y desesperación, los orgasmos vienen a mí y se van sin regalarme ni una gota de liberación.

Gerald da un violento tirón, arrancando las pinzas de mis pezones y dejándolos tan sensibles que solo el soplo del aire ya les duele.

Arranca sus dedos de mí como un dios arrancaría la felicidad a alguien que se aferra a ella y mi cuerpo queda agotado, estimulado e insatisfecho. El silencio se ve roto por mis jadeos y respiraciones excitadas, mi ser entero pide clemencia mientras se desmorona.

Quita todas las ataduras en mí, dejándome libre a excepción del anillo y entonces coloca de nuevo en mi cuello el collar y correa que inicialmente Dunkel me entregó.

—No vas a correrte hasta que tu amo lo crea conveniente, ya sean horas o meses. Así que levántate y vuelve a tu habitación. Le avisaré de que ya has sido castigado.

Intento hacer lo que me dice, pero tan pronto como todo el suelo y dejo el potro de madera mis piernas dejan de funcionar y caigo, golpeándome los codos y el mentón.

—No puedo tenerme en pie... —digo aterrado, viendo como abre la puerta para irse sin mí.

No sé cómo llegaré a mi habitación sin ayuda.

—Entonces ves a cuatro patas, como un perro. Y si no puedes, arrástrate. No es mi problema.

Se va demasiado rápido como para que la mano que alzo desde el suelo llegue a él, a tocarle o a importarle. La puerta está abierta y algunos vampiros pasean por ahí, ninguno es Dunkel, pero todos pueden ver cómo patéticamente me gateo por el suelo, desnudo, con el culo rojo, marcas de colmillos en mi cuello, de pinzas en mis pezones; todos pueden ver mi polla erecta y restringido entre mis piernas, la cabeza amoratada, goteante; todos pueden ver mi agujero recién dilatado, rubicundo, punzante.

Todos pueden ver lo que soy.

Todos miran, pero nadie hace nada y no sé si es porque les da igual, porque lo disfrutan o porque no comprenden. Opto por la segunda, pero a mí sus miradas ya no me importan, no mientras la correa que arrastro les grite silenciosamente que soy de Dunkel.

Llego a la habitación con gran esfuerzo, abro la puerta y entro casi sin fuerzas. Dunkel me espera en la cama y eso me da energías como para entrar y llegar hasta él, después me arrodillo y caigo, apoyándome en uno de sus muslos.

—Amo... —susurro acurrucándome contra la mano enorme que abarca mi mejilla.

—Mi esclavo... Eres tan fuerte. Estoy orgulloso. —poco a poco sus palabras funcionan como un arrullo.

Mis ojos pesan, mi alma es ligera y asciende para reunirse con mi amo y abrazarlo por siempre.

12

Despierto entre sábanas y manos que acarician más sutilmente que la tela. Veo a Dunkel a mi lado, memorizando mi piel con la suya. Mis genitales aún duelen, pero al menos mi pene está flácido y eso ayuda y, pese a que mis testículos sean atravesados por punzadas de dolor, eso no tiene importancia ahora.

Sus ojos fijos en mi cuerpo y los míos también. Soy tan normal, tan aborrecible, pero él me mira como al último diamante en las entrañas de la tierra. Una duda asalta mi mente.

—¿Por qué me dejaste vivir? —pregunto, mirándolo sin temor a perderme en su abismo.

Sé que en esa oscuridad estoy seguro.

—Porque te miré a los ojos. —responde, volviendo a hacerlo. Su expresión no es como la de la primera vez, ahora sonrío con dulzura. —Yo tuve una vez esa expresión; no tenían miedo a morir, porque no habías vivido. Solo quería que lo hicieras, que vivieras.

No acabo de comprender del todo sus palabras, pero si algo sé es que él me hace sentir vivo, me hace sentir yo. No por el placer en mi voz o el dolor en mi piel, no por sensaciones del cuerpo, sino por esta tranquilidad de mi corazón que de un momento a otro se colma de apasionamiento, rebotando por todo mi pecho.

—Esclavo, ahora debo irme y no sé si volveré hoy o no, tienes prohibido salir de esta casa y cuando vuelva quiero que me esperes en la cama, porque quiero hacerte el amor. Quiero ver tus ojos, llenos de vida. Quiero saber que, pese a que provoco terror en ti, así como dolor, también soy el motivo de tu felicidad.

Mi corazón se paraliza por sus palabras. Nunca la sonrisa de alguien se pareció tanto a un hogar.

No me deja responderle, porque sabe que no tengo palabras para lo que me ha dicho, solo una gratitud que me llena los ojos de lágrimas, y me besa la frente antes de marchar.

Cuando aún le veo en el marco de la puerta, tomando el pomo para cerrarla, empiezo a hacerlo de menos sin que se haya ido.

Un rato después de que él se marche la puerta se abre tímidamente una cabeza pequeña y preocupada asoma por ella.

—¿Miquel? ¿Pasa algo? —pregunto levantándome del lecho pese a que el dolor castiga todos y cada uno de mis movimientos.

—Estoy preocupado, esta vez de veras. —suspira; se siente en el suelo, jugando con sus manos y sin ser capaz de mirarme directamente a la cara. —Se han ido a hacer algo peligroso, Gerald ni siquiera me lo ha dicho, le pregunté y me dijo que era solo una de esas salidas que hacen para limpiar la zona por si hay enemigos merodeando, pero no es eso... Lo sé porque estuve escuchando la última reunión que tuvieron, sé que está mal espiar, fue sin querer, yo estaba en la cocina y oí esas cosas y...

—Miquel. —digo serio, tomándole de las manos mientras mis ojos vibran con una convicción que lo deja mudo —¿A dónde han ido?

—Creen que saben dónde se oculta el jefe de los humanos —trago saliva, al oír que habla de mi padre los recuerdos me golpean a traición en parte posterior del cerebro, pero trato de superarlo y seguir escuchando. —, también creen que él ha salido a ahora a explorar y han seguido sus

movimientos, todo indica de forma muy clara que va escoltado por un grupo muy pequeño de soldados y que está en campo abierto, donde es fácil atacar. Parece como si no fueran a tener problemas, pero me preocupa... hay algo raro y si no fuera peligroso Gerald me habría dicho la verdad, no hay secretos entre nosotros. Nunca.

Sigue nervioso, con los dedos rojos de clavarse las uñas y los ojos llenos de un brillo hidráulico. Se muerde los labios y alza la vista hacia mí, no dice nada, pero pide ayuda. Su garganta retumba con el eco de las palabras que nunca saldrán de ella.

—¿Sabes dónde está el sitio? —pregunto con firmeza. Se demora unos segundos en los que cavila indeciso, después asiente mecánicamente.

—Dame ropa y un arma, voy a ir.

—Pero nos han ordenado no salir de aquí...

—¿Qué prefieres: cumplir órdenes y que después no vuelva nadie a casa para recompensarte o ir ahí con la certeza de que después tu amo va a seguir vivo como para castigarte?

Su llanto gotea en el suelo y le incorpora de golpe.

—Sígueme. —dice con la voz quebrada mientras me dirige a un cuarto alejado.

En él hay ropa para humanos (más ligera que las armaduras que los vampiros pueden permitirse portar) y algunas armas como dagas, espadas, arco y flecha y puñales, exactamente lo mismo que suele llevar el enemigo, exceptuando las estacas y antorchas.

Ambos nos vestimos y equipamos aprisa, mi mente me grita una y otra vez que es una trampa, pero no pienso decirlo en alto, Miquel está ya suficientemente nervioso y revelarlo sería únicamente entorpecer nuestra misión.

Recuerdo que papá casi me felicitó cuando ideé esa estrategia, cuando le dije que lo mejor era dejar pruebas esclarecedoras del movimiento de un pequeño grupo para parecer una presa fácil y, después, tender una emboscada a los atacantes con un enorme ejército, demasiado disperso en campo abierto como para ser percibido como una unidad.

Lo que papá no sabía es que, si era bueno pensando planes, también lo soy ahora traicionando el secretismo de nuestras estrategias.

—Está a menos de media hora, si vamos rápido. —me dice, comenzando a

correr hacia la derecha nada más salimos por la puerta.

Lo tomo del hombro para pararlo.

—Que sea media hora entonces, ir corriendo solo hará que lleguemos agotados e inútiles a la pelea, si es que al final debemos pelear.

Él asiente y me sigue, con paso marcial y admiración en los ojos. Yo también me sorprendo por mi firmeza y siento que desde que Dunkel me ha hecho aguantar demasiadas sensaciones, soy una persona más templada.

13

El panorama es dantesco e increíble. Cinco vampiros y más de doscientos hombres y mujeres. Armas contra colmillos, sangre contra sed de ella. Miquel cae de rodillas cuando ve lo que sucede, yo doy un paso al frente.

—¿Ves a Gerald y Dunkel? —pregunto pasando la vista por todo el campo de batalla.

Él rota la cabeza varias veces, igual que yo, y finalmente asiente, tirando de mi ropa como un niño ansioso.

—¡Ahí, ahí! —grita. Sigo la dirección de su dedo y se me para el corazón al verlos luchando como hermanos de sangre. Y es que, en el fondo, son hermanos de sangre.

Espalda con espalda, ambos se cubren a ellos mismo y buscan con la mirada presas. Su brutalidad, lejos de repugnarme, me fascina.

Gerald está pisando el cuello de un soldado y en menos de un segundo su bota llega a la tierra y la sangre se desparrama por los lados, grumosa y llena de polvo de huesos. En su boca la cara de un hombre lucha por liberarse de los colmillos; cuando lo hace su rostro deformado sangra a borbotones hasta que cae al suelo, muerto como una piedra.

Dunkel tiene a un hombre como brazalete, su derecha hundida en su estómago hasta el codo, el tipo pataleando sin llegar al suelo, con los intestinos desparramándose, húmedos, por la mano de Dunkel. En la otra mano tiene a un oponente luchando contra esta, la batalla se decide en un movimiento. Largas uñas se hunden en las cuencas de los ojos; el luchador llora sangre y convulsiona, el vampiro empuja hasta los nudillos y revuelve sus dedos dentro de su cráneo, haciendo puré su cerebro.

—No te separes de mí, vamos a ayudarlos. —digo tomándole de la mano a

Miquel y descendiendo por una ladera discreta.

Es camino así es más largo, pero ellos están en un extremo de la batalla y si rodeamos la masacre será más fácil entrar en el juego que si cruzamos por en medio, arriesgando nuestras vidas.

Miquel ya no llora, solo veo sus ojos fijos en su amante como si todo lo que existiese en el mundo fuera él. Está pisando cadáveres pastosos, irreconocibles y vomitivos, pero parece no darse cuenta de nada: del sonido que hacen sus pies al hundirse en entrañas frescas, del crujido de los huesos o la textura lábil del cartílago, de los dientes que se pegan a su suela, del pelo sanguinolento que los acompaña, que a veces, cuando andamos sobre los restos de la batalla y pisamos una herida abierta y supurante, hundiendo la suela en los pulmones o el talón en las tripas, el cadáver todavía no lo es y nos mira con los ojos desorbitados mientras hace algún sonido aterrador que pretende ser una súplica.

Finalmente llegamos a la zona, escondidos tras unos árboles, observamos cómo nuestros amos tratan de defenderse y como cada vez son más y más los atacantes que se dirigen a ellos dos por su fuerza y la amenaza que suponen. No sé cuánto más podrán aguantar, pero sé que no podrán hacerlo por siempre.

—Soy muy bueno con el arco, puedo subirme al árbol y atacar desde aquí, estaré seguro ¿Tú que harás? —pregunta mientras empieza a poner sus pies en el tronco. Mierda, yo tengo una pésima puntería. Lo mejor que sé es usar los puñales y aun así soy de lo peor en ello. —No entres ¿Vale? Es demasiado peligroso. —asiento, solo para tranquilizarle.

Me alejo un poco para buscar otros puntos desde los que pueda ser útil, ocultándome mientras contemplo como mi amo masacra sin piedad a los hombres que arremeten contra él. Algunos logran rasguñarle, pero nadie sale vivo después de acercarse a él.

Es tan poderoso, tan temible. Tan mío como yo soy suyo.

Las flechas de Miquel salen sin previo aviso y antes de que Gerald pueda aplastar el cráneo a un hombre que se acerca alzando un hacha, este cae con el cuello atravesado.

—¡No! —chilla con horror el vampiro, reconociendo la técnica, la flecha o quizá por una corazonada. Mira directo al árbol y se separa de Dunkel cuando, por culpa de la distracción, los hombres se meten entre ambos.

Algunos atacan a Gerald, tiene la espalda desprotegida ahora, pero su esclavo se ocupa con presteza de ellos y no parece tener grandes

problemas en la lucha.

Sin embargo, los soldados han reconocido el peligro que entraña Dunkel y la maravillosa oportunidad que supondría matarlo, así que el número de oponentes que tiene es injusto.

Doy un paso al frente, quiero ayudarlo y no sé cómo. No sé cómo luchar para proteger aquello que quiero.

En mi vida no he luchado por mi bando jamás, he peleado como un perro siguiendo órdenes. Ahora estoy paralizado.

Avanzo un paso más y saco mi puñal cuando veo que un hombre desgarrar el gemelo de Dunkel con una lanza. Apoyado en un pie y su rodilla homóloga, sigue luchando, pero nadie cubre sus espaldas.

Entonces papá aparece detrás de él, una estaca en una mano y el sigilo bajo sus pies. Se acerca hasta que solo es necesario un movimiento preciso, demasiado rápido como para que Dunkel libere sus manos de los cuerpos que batalla y le detenga.

No pienso en nada, solo actúo.

—¡Amo! —el grito sale solo de mi garganta, tan desgarrador que parece haber viajado en el tiempo, venir de un futuro donde aquel a quien llamo ya no camina entre los vivos.

Mis piernas corren hacia la escena y se impulsan, salto, con la espalda de mi padre como objetivo.

El hombre que me ha dado la vida, el hombre que me ha criado y educado. El hombre que me ha creado y moldeado para ser quien no soy.

Frunzo el ceño y me doy cuenta de que nunca he dudado menos en mi vida. Mi mano es firme, se dirige a donde debe.

El filo traspasa la carne, el omóplato y se hunde hasta la empuñadura.

Acabo de darme cuenta de algo. Mataría por Dunkel.

Mi padre cae al suelo con mil alaridos de dolor y el vampiro se voltea hacia mí. Un hombre arrastra a mi padre lejos de la escena, otro alza la espada, fijando su ruta en mi cuello.

De repente olvido como seguir peleando. Es el fin.

Una sombra enorme me amuralla y no puedo ver que ha sucedido. Después comprendo. El cadáver de mi atacante en el suelo. El brazo de

Dunkel, en el suelo.

Yo cierro los ojos cuando veo la sangre salir de lo que queda de su miembro. Caigo, al suelo.

14

—¿Estás despierto? ¿Lo estás? Oh, sí, has abierto los ojos. Definitivamente estás despierto. ¿Hola? O no. ¿Estás despierto? —lo vocecilla de Miquel es bonita, pero ahora mismo me irrita.

Me desperezo y froto mis ojos antes de incorporarme en la cama y mirarlo.

—¿Qué ha pasado? ¿Q... ¿Por qué estás desnudo? —pregunto abriendo los ojos mientras la curiosidad y el morbo no me dejan apartarlos de su cuerpo.

Es tan pálido, delicado y huesudo; además está lleno de líneas rojas, latigazos seguramente; están en todos lados, como pinceladas furiosas.

—Parte de mi castigo por salir de casa. Gerald tampoco está siendo muy duro, sabe que le ayudé y que si desobedecí fue por una buena razón.

¿Qué? ¿De qué está habl... ¡La batalla! —Los recuerdos vuelven a mí y la confusión me abandona, dejando lugar a una vorágine de sentimientos.

—¡Dunkel! ¡¿Dónde está Dunkel?! —pregunto saltando de la cama como un poseso.

Él pone sus manos en mi pecho y empuja, obligándome a reposar.

—Tranquilo, está bien. Cuando heriste al líder la lucha no duró mucho más. Sin alguien que les guíe esos ejércitos son inútiles, así que se retiraron. No habrían ganado de todos modos.

—Pero... —es demasiada información en mi cabeza. Me alegro de saber que todo está bien, pero necesito ver a mi amo, sentirle, preguntarle, decirle que lo lamento. —Su brazo...

Miquel señala mi cuello. Aparto el collar con las manos y mis dedos palpan la piel. Aprieto los dientes ante el dolor, bajo mis yemas dos hendiduras pequeñas sangran un poco.

—Te mordió hace poco, ahora está curándose. Tardará solo unas horas, además también bebió sangre de algunos soldados que no pudieron escapar a tiempo, así que no es la gran cosa para él, aunque para

nosotros perder un brazo sea catastrófico.

Me dejo caer en la cama de nuevo, golpeo el colchón con mi cuerpo y suspiro de alivio.

—¿Está enfadado conmigo?

—No, pero te va a castigar de todos modos.

—Lo sé, desobedecí. Pero da igual, mientras él esté bien.

—Tú también tienes que estarlo. —lo miro con duda, torciendo la cabeza en señal de confusión.

Él se acomoda mejor, sentándose a mi lado en la cama para comenzar a explicar. Ahí advierto que él luce en su pene un anillo como el mío y me pregunto cómo hará él para aguantar, quizá algún día el pudor se marche y me deje preguntarle esas cosas.

—Para tu amo eres tan importante como él lo es para ti. Por eso yo ataque desde un lugar seguro. No solo me importa mi vida porque es mi vida, sino porque es la felicidad de Gerald, cuidarte a ti es también cuidar de tu amo. Recuérdalo, no somos objetos para ellos.

Las palabras llegan profundo a mi corazón. No somos objetos. Tampoco somos soldados sin corazón, eso algo que papá nunca sabrá.

Asiento, pues comprendo, pero no puedo responder. Tengo miedo de que si digo algo mi voz salga quebrada. Tengo miedo de que, si abro la boca, solo haya gritos.

Tengo miedo de hablar en nombre una vida que apenas ha empezado a vivirse.

Apuesto a que Miquel no entiende porque lloro; no pasa nada, yo tampoco, son solo los recuerdos, duelen pese a que han pasado.

Él me abraza firmemente y me estrecha contra su cuerpo.

—Sea lo que sea, ya pasó. —dice mientras mueve su cuerpo en un vaivén pueril. Nos mecemos juntos, abrazados, piel con piel y alma con alma.

Miquel hace que sienta que no estoy tan solo en el mundo, que el problema de toda mi vida no soy yo, sino la vida que intenté vivir. Nunca he tenido un mejor amigo, nunca he tenido un amigo, de hecho, pero estoy seguro de que Miquel luce como uno.

—¿Puedo ver a Dunkel? —pregunto, sosteniendo la cadena que me une a la pared y me impide irme, necesito tanto que mis ojos sepan que está vivo.

—Él dijo que deseaba estar solo hasta recuperarse. Cuando su brazo vuelva a la normalidad él vendrá, mientras esperas deberías comer, espera, traeré algo.

Se marcha en un segundo, su espalda toda fustigada y su trasero morado por los golpes se me presentan como un extraño espectáculo.

Me parece horroroso hasta que me levanto y veo en el espejo que lo orgulloso que estoy de mi castigo se traduce en mi piel de la misma forma en que la suya. ¿Cuántas veces habré juzgado los ojos de los demás sin saber que aquellos desde los que miro son iguales?

Cuando vuelve me encuentra observándome, moviéndome como si fuera un extraño, conociendo a mi reflejo.

—Cuesta creer ¿A que sí? —se acerca a mí por detrás y deja los dos platos de comida en el suelo, frente a nosotros, entonces se une a mi imagen en el espejo.

—¿Eh?

—La primera vez que ves cómo queda tu cuerpo después de un castigo cuesta creer que eres tú. Y cuesta creer que las marcas puedan verse tan bien en alguien.

Vuelvo a mirarme, él se siente en el suelo. Rojo, violáceo, hermoso. Nadie pensaría así, ni yo mismo antes de verme a mí.

Me siento con él, quiero comer y descansar la mente un rato porque desde que estoy aquí no ha parado de funcionar ni un solo segundo.

—Si alguien de tu bando volviera ¿Te escaparías?

—No, estoy en casa. —él me sonríe, tomando una cucharada de puré de patatas, su mirada huye de la mía y se ríe.

—Has cambiado mucho, cuando llegaste eras tan ruidoso, tan infeliz. No eras tú, estabas enfadado contigo mismo por no ser. Ahora incluso yo me siento orgulloso de ti, incluso Gerard dijo que se sentía orgulloso. Dunkel no lo dice, se le nota demasiado que lo está.

Escondo mi rubor dejando que el pelo tape mi cara rubicunda, él me mira a través de los mechones y sé que sabe lo que estoy sintiendo. Él ya ha

estado en mi sitio.

—¿Gerald no me odia? —pregunto de repente, sorprendiéndome a mí mismo. —Parecía tan enfadado por lo que hice y por cómo hice sentir a Dunkel...

—Dunkel te ha perdonado, Gerald también. Él nunca podría desaprobarte algo que Dunkel diga o piense, para él es su dios.

—Le convirtió ¿No? No sé nada sobre eso, pero sé que pasó.

—Sí... el pasado de Dunkel no lo sabe nadie, ni Gerald, pero él sí sabe el suyo propio y lo que compartió con él. Lo echaron de su casa, por loco dicen. Solo era gay, empezó a prostituirse a los trece, conoció a Dunkel a los dieciocho. Él mataba a prostitutas porque llamaba poca la atención, Gerald se dio cuenta y un día fue a pedirle que le matase. En parte lo hizo.

Me quedo mudo, pensando en esa historia. No soy capaz de imaginar Gerald sin Miquel ni a Dunkel sin nosotros. Ahora eso es todo lo que son, todo lo que somos, y estamos completos.

Siento que el pasado nunca se va, pero que hay que tener un presente que deseemos recordar y sé que Gerald no lo tuvo a los quince años, ahora sí.

—¿Y nadie sabe nada sobre Dunkel? —él niega, su boca forma una delgada línea —Nunca habla de ello y evita las preguntas. No insistimos, sabemos que es inútil, Gerald lo hizo cuando le conoció y él jamás dijo una sola palabra.

No hay secretos entre nosotros, recuerdo que él me lo dijo. Entre yo y él tampoco, pero ¿Y entre él y yo? No es un secreto si nunca he pensado que hay siquiera una verdad por conocer, pero ahora me doy cuenta: quiero a Dunkel, pero querría saber quién fue, de donde vino.

La curiosidad siempre ha estado ahí, pero por alguna razón nunca pensé que preguntar fuese una opción, al fin y al cabo, me han criado para pensar, no para hablar.

—¿Crees que él me lo diría si le pregunto?

—Sí. —responde sin pensar, tan antitético a lo que ha dicho segundos atrás. Pero es que yo para él soy diferente del resto del mundo y eso me llena de una alegría que jamás podré explicar.

Yo soy yo y eso es algo que nadie va a poder quitarme.

Comemos en silencio, nos miramos y sonreímos, después vemos en el espejo que nuestras sonrisas nos desnudan más que la falta de ropa. Lo veo a él cuando sonrío, en vez de verle cuando sus genitales están al aire y sus piernas no están cubiertas, lo veo a él cuando expresa, no cuando enseña. Lo veo no en su piel, sino en las pecas escondidas en lugares profanos. Me pregunto si es por eso por lo que Dunkel me hace ir sin ropa, para verme.

15

Es de noche y no puedo dormir; afuera la luna se esconde, como presagiando una catástrofe que no quiere presenciar y mi cuerpo menudo se esconde y retuerce entre las sábanas pretendiendo ser una arruga más. Mi mente parece ocupar toda la habitación y enrollarse en mi garganta hasta no dejarme respirar.

Dunkel aún no ha venido a verme y puede que está bien, pero también puede que no y que necesite ayuda mientras yo estoy encadenado en la habitación, incapaz de ir a socorrerlo y acompañarlo en su último aliento. O puede que su cuerpo esté de maravilla y lo único malo en él sean sus pensamientos sobre mí, puede que no quiera verme nunca más o que...

La puerta. La puerta se abre con esa delirante lentitud que solo es suya, con ese desprecio del tiempo propio de alguien eterno.

No se enciende ni un candelabro, no se escucha ni un paso, no siento ni una respiración. No sé dónde está, ni si está siquiera.

—Te dije que debías quedarte aquí, esclavo. —su voz suena justo al lado de mi oído, ronca y masculina.

Doy un repulso, alejándome instintivamente, pero él me retiene con sus poderosas manos. La cercanía de su cuerpo me roba el calor, pero siento una enorme calma invadiéndome.

—Lo sé, amo, lo siento. Me preocupé, mi padre suele montar emboscadas así y pensé que podía suceder algo y...—una mano en mis labios me silencia, siento su tacto firme, pero cuidadoso.

No está enfadado conmigo, al menos no tanto como para olvidar que soy frágil.

—Me salvaste —dice con una voz llena de orgullo, acaricia mi cabello con cuidado y siento su mano detenerse al llegar a la nuca —, pero te pusiste en peligro a ti mismo. —la mano prieta, obligándome a quedarme inmóvil y con la garganta al descubierto. Puede morderme sin que yo tenga

oportunidad alguna de resistirme, pero no lo hace. —Al menos ahora sé de qué bando estás, pero estar de mi bando no hace que puedas comportarte como quieras. Dime ¿Qué sucede con los esclavos desobedientes?

—Son... son castigados por sus amos... —digo con un nudo en la garganta y la lengua tropezándome en la boca.

La excitación vuelve a crecer en mí con solo imaginar a Dunkel poniendo sus manos en mi virilidad de nuevo u obligándome a tragar la suya hasta que mi garganta se inunde de su semen. Mierda ¿Cómo puedo desear tanto algo y no desearlo a la vez? No quiero que ese anillo me robe los orgasmos y el aliento sumiéndome en una tortuosa desesperación, no quiero llorar, jadear y suplicar, pero cada vez que pienso en ello mi polla se yergue más y más pese al miedo que crece en mi interior.

—Parece que los castigos siguen causándote el mismo miedo que cuando te capturé, pero ahora te causan algo más también. —comenta con una voz burlona, bajando con la palma extendida y suave de su mano por mi pecho, vientre y pelvis hasta llegar al pubis, lugar donde se detiene y deshace la caricia.

Enrojezco violentamente, cayendo en la cuenta de que, aunque yo no puedo ver nada, para él la oscuridad absoluta no es un problema.

—Sobre mis rodillas. Voy a azotar tu culo un poco, después vendrá el verdadero castigo. —mi cuerpo entero tiembla cuando le escucho moverse y advierto, por el peso en la cama, que se ha puesto en la orilla de esta sentado.

Me muevo torpemente, palpando entre tinieblas el colchón sobre el que gateo. No sé dónde está él, hasta que me coge con fuerza de la cintura y me arrastra hasta tumbarme sobre sus rodillas.

Trato de tranquilizarme, debo mantenerme sosegado para aceptar su castigo, realmente quiero hacerlo, pero la oscuridad trae incertidumbre y esta, terror. Mi respiración se agita, mi cuerpo se estremece e incluso jadeo de temor cuando su mano empieza a acariciar mi culo.

Una nalgada me hace gritar, la mejilla derecha de mi trasero hormiguea y siento la quemazón expandiéndose por la dermis, así como el miedo por mi cuerpo. Ha dolido realmente mucho, no quiero otra, pero mi polla endurece ante la idea.

Sus dedos resiguen el enrojecimiento reciente y parecen calmarlo con su toque frío y cariñoso, después el contacto se desvanece. No sé dónde está su mano, pero sé que podría caer sobre mí, azotándome, en cualquier momento. Trato de respirar hondo; trato, porque una mano se estampa en mi culo maltratado de nuevo, arrancándome un gemido sorprendido de

lo más profundo de mi garganta.

El dolor se expande por mi cuerpo como un veneno y me tensa entero, dejándome todavía más débil para el tercer azote. El cuarto y el quinto llegan de golpe y no puedo más que gemir ahogadamente por ellos. Respiro cuando una pequeña pausa me lo permite, otro azote más me recuerda que, aunque tenga descansos, no tengo derecho a ellos.

—Gerald dijo que te metió los dedos ¿Es cierto? —asiento lleno de vergüenza, recordando esa escena y haciendo que el primer clímax de la noche me sea robado por el anillo entre mis piernas; solo tiempo y muerdo mi labio, esperando que la oleada de sensaciones termine.
—¿Debería hacer yo lo mismo? —sus palabras me llevan a la proximidad de otro orgasmo. Él, penetrándome con sus dedos mientras yazco sumiso en sus piernas. Oh, joder. —He hecho una pregunta, esclavo.

—Sí, amo. —respondo con la voz trémula y las palabras entrecortándose un poco.

—¿Sabes qué sucederá después? —pregunta, con una sonrisa que puedo sentir. Niego con la cabeza, loco de placer por la forma en que su dedo se entierra entre las dos mejillas de mi culo y sube y baja sobre el anillo muscular fruncido. —¿No? ¿No recuerdas qué dije que haría al volver?

Su dedo se alinea con mi orificio, la presión aumenta. Va a meterlo.

—No, amo. —respondo como puedo, entonces el dedo simula una embestida y se queda a otra de enterrarse en mí.

—Muy mal, esclavo. —me regaña, alejando su mano de mi trasero. Hecho la cabeza hacia atrás y gimo en protesta, me volverá loco. Lo necesito.
—Deberías recordar cuándo te dijo tu amo que serías follado por primera vez.

Aprieto mis piernas y deseo que no, que realmente no pase. Y pasa. Mis testículos se llenan de tensión y nunca es liberada, me frustró de nuevo por un orgasmo que no ha llegado. No puedo respirar, sus palabras son demasiado fuertes para mí y me están llevando al límite.

Mi amo va a follarme. No puedo parar de repetírmelo, de pensar en ello, de calentarme por ello y sufrir por ello.

—Debería castigarte por olvidar algo tan importante ¿Qué haré contigo?
—finge que se pregunta, mientras sus dedos largos se deslizan de nuevo entre mis nalgas causándome escalofríos y masajean suavemente mi entrada. —¿Sabes? Deberías follarte sin prepararte antes, así no volverás

a olvidarlo.

Trago saliva, los recuerdos me invaden, el temor también. Cuando Gerald metió el tercer dedo fue horriblemente doloroso, incluso aunque ya me había preparado gradualmente con un par primero, no quiero imaginar cómo debe sentirse tener su enorme polla dentro de mí sin haber sido dilatado antes.

—Pero, amo...

—Nada de peros. Eres mío, te haré mío como me apetezca. —mi cuerpo se tensa, la polla rígida como el acero entre mis piernas y el temor acuoso en mis ojos. —No me mires así, eres mío, esclavo, y yo jamás rompo mis cosas.

Una ola de sosiego logra que vuelva a respirar de nuevo. Estoy asustado, pero jamás dejé de confiar en él así que, si él dice que no me romperá, sé que no sucederá.

—Ahora, ponte de rodillas. Quiero que chupes mi polla y recuerdes lo jodidamente grande que es antes de que la tengas dentro de ti.

Un sonido bochornoso escapa de mi garganta, él me empuja de su regazo y me agarro como puedo a sus muslos para aterrizar ileso en el suelo.

Me arrodillo entre sus piernas, no puedo verle, pero saber que está ahí, desnudo e imponente, me hace sentir escalofríos por todo mi cuerpo. La oscuridad da más morbo al asunto, pero querría ver por primera vez su cuerpo desnudo.

Abro la boca en un suspiro placentero, entonces su cabeza húmeda besa mis labios y una mano presiona desde mi nuca para hacerme tragar toda su longitud. La tomo como puedo, sintiendo esa enorme masa de carne penetrar en mi boca hasta separar mis mandíbulas, deslizarse como seda por mi lengua y provocar arcadas en su camino hasta la garganta.

Me agarra del pelo, sacándola de mi boca en un segundo. Tomo aire, apenas puedo respirar un poco vuelve a hundirse en mi con una brutalidad que me hace retorcerme. Me presiona contra su erección, manteniéndome quieto para su disfrute.

La saca de nuevo, orgulloso de escuchar los sonidos tristes de mi garganta cuando empiezo a ahogarme por su magnitud.

—Lámela, esclavo y hazlo con ganas porque de eso dependerá si duele o no. —ríe, soltándome mientras deja el glande salado sostenido entre la

punta de mis labios.

Mi pulso se dispara por sus palabras. No quiero que sea doloroso y quiero complacerlo, quiero tanto escuchar que soy un buen chico, que estoy haciendo un buen trabajo... Mis manos alcanzan torpemente su polla en la oscuridad y mientras la agarro por la base lamo todo su contorno, su longitud, trazo círculos con la punta de la lengua el glande y lamo la hendidura en la cabeza del miembro con cuidado, degustando su sabor viril y salado.

Necesito saber que estoy haciéndolo bien para él. Mis manos se mueven al unísono, bombeando la carne erecta entre mis manos; cubro con mi boca la punta de su pene y succiono tan fuerte como puedo.

—¿Intentas recibir halagos, pequeño esclavo? —mi rostro se vuelve totalmente rojo de golpe. No sé cómo ha podido leerme tan fácilmente ni cuantos otros chicos más le habrán chupado y tocado con su cabeza llena del deseo de su voz, pero ahora solo existe en mi mente ese mismo deseo. —Eres un chico bueno, pero no te precipites. Si digo que la lamas es que la lamas, no que chupes o me masturbes. Así que sé obediente y lámela, es la única lubricación que vas a tener esta noche.

Sus palabras golpean mis oídos, hacen puré mi cerebro y viajan directas hacia mi entrepierna. Mis manos sueltan su pene y se dirigen al mío con una desesperación ensordecedora. Quiero correrme, lo quiero tanto. Mis dedos nunca llegan a tocar el anillo, sé que no debo; aun así, las intenciones están claras.

—Oh, no, no, no. Estás demasiado cachondo como para pensar bien en lo que haces, yo de ti sacarías las manos de ahí si no quieres que sí te rompa. —sollozando, le obedezco.

Miro hacia donde sospecho que sus ojos están, mirándome con omnipotencia.

—Por favor, amo, necesito correrme, no puedo aguantar más... por favor. —no escucho un solo sonido viniendo de él; si no fuera porque es imposible diría que, como yo, él está conteniendo la respiración por la intensidad del momento.

Es la primera vez que le ruego de esta forma a Dunkel y aunque es humillante no puedo evitar pensar que es demasiado caliente.

—A la cama, ahora. —sus manos se adelantan a mi obediencia, haciéndome soltar un grito.

Sus manos envuelven mi cintura con fuerza y me lanzan a la cama. Aterrizo bocabajo y trato de levantarme y tratar de entender que está

sucediendo ahora, pero no puedo: su mano está contra mi cabeza y la otra tira de mi cadera hacia él.

—La cabeza contra la almohada, si la levantas te follaré lo suficientemente duro como para que no quieras volver a hacerlo. Ahora hinca las rodillas y levanta el culo. —obedezco tan rápido como mi cuerpo tembloroso y emocionado me deja.

Mi pene vibra de placer por su tono de voz, mis manos se aferran a las sábanas y aprieto entre mis dientes la almohada sabiendo que posiblemente más adelante agradeceré haber hecho eso. Sus manos soban con descaro mis posaderas, las estrujan, las acarician y llega un momento en que las muerde. Me asusto levantando la cabeza solo un instante y todo se detiene.

La dejo sobre el cojín de nuevo, deseando que no se haya dado cuenta, pero en la oscuridad soy yo únicamente quien no puede saber qué demonios sucede; y creo que me encanta.

Una sensación fresca y húmeda hace que me recorra el mayor escalofrío que jamás he tenido. Gimo alto mientras sus manos separan mis nalgas y algo escurridizo se desliza por mi entrada una y otra vez.

Los labios rozan la piel y cuanto más fuerte grito más virilmente me agarran sus manos. Es su lengua... Enrojezco al instante, pensando en cómo debe verse esa escena. La erección crece entre mis piernas mientras siento la cara de Dunkel enterrada detrás de mí, lamiéndome hasta lograr que los músculos se relajen y un agradable cosquilleo quede en la zona.

Una mano toma mi pene y lo inclina hacia atrás, duele un poco, pero aguanto. Su lengua abandona mi trasero y cuando descubro a donde se dirige, toco el cielo.

Calidez, humedad, suavidad y succión. Su boca acapara con tanta facilidad mi pequeña polla que me siento tan complacido como ridículo. La lame mientras los labios la rodean, succiona y olvido la forma en que los colmillos están a los lados, presionando intimidantemente.

No, otra vez no. Grito con todas mis fuerzas, empujando la cadera hacia su boca. Llora cuando el placer llega a su punto más alto, pero no baja tranquilizadamente.

—¡Por favor, amo!

Se retira, volviendo a estar detrás de mí. Una brisa helada me roza la húmeda polla y mi cuerpo se siente extraño e incómodo.

Una presión dolorosa se afirma contra mi virginidad y siento las manos de mi amo tomar con fuerza mis caderas, hundiendo los dedos en la carne.

—¿Quieres correrte? Pues lo harás. —dice, soltando una de sus manos de mi cadera y bajándola entre mis piernas.

Toma el anillo entre sus dedos con delicadeza y tira de él. La presión se libera placenteramente y mi polla cuelga entre mis piernas dura y al fin liberada. Lloro de alegría; entonces recuerdo lo que sucede y la tensión vuelve a apoderarse de mí.

Su polla caliente y enorme presiona contra mi ano y el dolor cada vez es más poderoso, no ha entrado, pero la presión quema y sus manos me toman con tanta rudeza que hacen que gima bajito. Una de sus manos libera mi cadera y toma una de mis nalgas, estrujándola y separándola para dejar vía libre a su enorme erección.

Quiero decirle que no entra, que es imposible, pero sé que él no opina lo mismo y hará lo que sea por que suceda. Trago saliva ante esa idea. Él, violándome con rudeza mientras mi cuerpo no lo soporta y le implora clemencia. Oh, joder, joder, joder. No quiero correrme aún, no de forma tan patética y precoz. Quiero al menos tener sexo con él mientras sucede.

Toma mis caderas de nuevo, manteniéndolas en el sitio, pero la presión desaparece levemente.

De una estocada mete la cabeza de su enorme miembro en mí y gimo tan alto que me avergüenzo de ello. Siento los músculos de mi trasero en tensión, siendo brutalmente forzados para acoplarse a su impresionante tamaño. Es tan erótico saber que él es tan grande que mi cuerpo no puede con ello, tan jodidamente imponente.

Muerdo mi labio con fuerza con tal de no correrme aún, él acaricia mi espalda con dulzura y suspira.

—Estás tan apretado, tu culo virgen es maravilloso, esclavo, voy a joderte hasta que no pueda más, maldita sea. —sus manos vuelven a mi caderas y muerdo fuerte el cojín.

Mierda, ahí viene otra vez. Una poderosa estocada se entierra en mis entrañas, logrando meter en mí al menos la enorme mitad de ese falo caliente, venoso y duro que siento clavándose en mi interior, dilatándose sin compasión, hambriento de hacerme gritar bajo sus embestidas.

Es tan doloroso. Arde dentro de mí y siento mi entrada tan abierta, tan

violentada y destrozada; siento que me está rompiendo.

No se detiene, esperando a que me acostumbre, esta vez: empuja suavemente hasta que la base ancha logra hacerme gritar y llorar de nuevo y cuando siento sus piernas contra las mías y su pelvis chocando con mi culo él me da una fuerte nalgada y dice:

—Buen chico. Y ahora que has logrado tenerla toda dentro, aguanta. No voy a tener más compasión.

Sale de mi con un brusco tirón, la sensación de vacío me invade y todo mi recto y entrada quedan abiertos, irritados y doloridos. Entonces vuelve a entrar en mí de una sola embestida.

Su gruesa polla violando mi agujero y follándome con fuerza hasta acabar tan al fondo que siento que toda mi estructura vibra. El dolor y el placer se funden y viajan hasta mi polla.

Mi cuerpo entero se estremece como nunca, una oleada de placer me arranca de este mundo y me hace sordo a mis propios gemidos desesperantes. Contraigo todos los músculos, sintiendo todavía más lo apretada que está la polla de mi amo dentro de mí.

Mis testículos se tensan, liberando todo el líquido contenido y la amoratada punta de mi polla estalla escupiendo semen por toda la cama.

Después de alcanzar el clímax siento el cuerpo tan destrozado que creo que el orgasmo ha robado de mí todas las fuerzas que quedaban. Ahora el dolor de la penetración es mil veces más fuerte y me lleno de terror.

Estoy tan sensible que tener esa enorme polla clavada en mi culo es aterrador y demasiado doloroso.

—A-amo, no puedo más... mi cuerpo no va a soportar...

—¿No querías tantísimo correrte? Ahora, esclavo, voy a follarte hasta que lo hagas una y otra vez. Y créeme, tu cuerpo va a aguantar, es lo único que puede hacer.

—¿Qué? No, no, por favor amo ¡Amo! —chillo cuando da una fuerte embestida, llenándome los ojos de lágrimas y reanimando mi polla flácida.

No podré soportarlo más. Dejo de hablar, mi boca se ocupa ahora de morder la almohada tan fuerte como puedo porque realmente es como Dunkel ha dicho: es mi única opción. Él toma mis caderas de nuevo mueve las suyas en un salvaje vaivén que me destroza y me da la vida a la vez, saliendo de mi hasta estar casi por completo fuera y hundiéndose

de nuevo para rozar mi punto dulce y joderme tan duro que me manda al infierno con ello.

Los embates se vuelven más rápidos, más duros y más furiosos y mi cuerpo está al límite de nuevo. No podré aguantar mucho más antes de correrme de nuevo por culpa de la forma despreocupada en que mueve su pelvis para penetrarme sin descanso.

Sus embestidas entonces se detienen. Sale de mi de golpe y vuelve a entrar con toda la fuerza que posee. Joder, duele de esa forma tan adictiva. Vuelve a hacerlo y yo enloquezco. Me toma las manos y las sostiene contra mi espalda, tomando ambas muñecas en su puño. Vuelve a salir de mí y a meterse tan fuerte que creo que, si no me corro por ello, me romperé en mil pedacitos.

—Vamos, sigue gimiendo ¿No es esto lo que querías? —pregunta sabiendo la respuesta más que yo mismo mientras los violentos embates no se detienen. Vuelve a penetrarme con fuerza, dando de lleno en ese lugar que me hace tocar el cielo.

Grito, obedeciendo sus órdenes y corriéndome de nuevo de una forma que me destroza. Todos mis músculos duelen, todas mis células me piden un descanso, pero el clímax ha sido tan delicioso como devastador y ha merecido la pena.

Intento liberarme de su agarre, pensando que todo ha terminado ya, pero su mano se afirma haciéndome daño.

—¿A dónde crees que vas? Aún no he acabado contigo, esclavo. Cuando yo lo diga serás mi pequeña puta, así compórtate como una y déjate follar, humano. —sus duras palabras hacen que mi cuerpo vuelve a arder de nuevo, incluso si solo quedan cenizas para quemar.

Una poderosa embestida me deja claro el poder de sus palabras. Profiero un pequeño Sí, amo con la voz rota y la cabeza llena de deseos antitéticos.

Vuelve a follarme de nuevo y yo me pierdo en el agotamiento. Dejo de luchar y simplemente dejo que las sensaciones me invadan con la misma desfachatez con la que lo hace la erección de Dunkel. Tan doloroso, tan jodidamente genial.

Gimo de nuevo por sus embates, deseando tanto que pare como que no lo haga.

—¿Quieres más? —pregunta, socarrón, dándome fuerte para que mis gritos respondan a su pregunta. Yo solo actúo según su voluntad. —Ahora muévete tú, quiero ver cómo te empalas en mi enorme polla, ansioso por

que tu amo siga follándote.

—Amo, no puedo...

—Si no lo haces tendré que poner ese anillo de nuevo en tu pene ¿Quieres eso, pequeño? —niego, lloroso; él suelta mis manos y trato de apoyarlas contra el colchón a pesar del entumecimiento en las muñecas.

Me agarro fuerte y trato de mover mis caderas mientras él permanece estoico. Saco un poco de su erección y cuando vuelvo a meterla los escalofríos me recorren. Es extraño tener el control por una vez, excepto porque realmente no lo tengo.

Trato de ir con cuidado, logrando que su pene toque exactamente mi próstata y me haga temblar de gusto, pero entonces un azote me detiene.

—Más rápido.

Obedezco sus órdenes y pronto sus manos acompañan sus movimientos, obligándome a devorar con mi culo su enorme virilidad. El sonido de mis nalgas chocando y rebotando contra su pelvis es excitante, casi tanto como la sensación de él entrando a fondo hasta que mi cuerpo no da más de sí para acogerlo.

Entra una y otra vez y yo me pierdo en esa hermosa sinfonía obscena.

Un jadeo de agotamiento sale de mi garganta sin que pueda evitarlo, la dulce punzada de placer recorre mi cuerpo haciéndome moler mis caderas aún más rápido contra él y hago que su polla gigantesca se entierre en mí cuando mi entrepierna vuelve a escupir su semilla dejándome más cansado, manso y obediente.

Él sale de dentro mío y sueño con el momento en que por fin pueda descansar, pero Dunkel no se ha corrido y no me dará tregua hasta que lo haga. Me agarra los tobillos y me hace girar sobre la cama, dejándome bocarriba y totalmente expuesto y flácido.

—Abre las piernas, sé un buen chico. —sus palabras hacen que mi corazón se derrita y obedezco con las pocas fuerzas que tengo.

Coloca mis tobillos sobre mis hombros y el terror se refleja en mi rostro cuando su miembro roza mi entra de nuevo. Sin compasión, me penetra de una sola vez y empieza a follarme desenfrenadamente.

Puedo sentir que mi orgasmo se acerca del mismo modo que sé que el suyo lo hace. Ruge virilmente de la excitación y puedo sentir su pecho vibrando de orgullo cada vez que yo gimo dulcemente o grito aterrado por

la fuerza con que me hace suyo.

Sus embestidas siguen, brutales, rápidas y ansiosas. Mi pene se hincha nuevamente y mi cabeza pierde el raciocinio.

Solo quiero correrme de nuevo ahora. Sus manos sobre mi piel, sobre mi cuerpo, apretando mi carne, disfrutándola hasta dejar marcas dolorosas. Una mano sube, me toma del cuello. Los dedos se enroscan con gentileza y, después, aprietan como una boa queriéndome caza.

Me folla todavía más fuerte, más rápido, más hambriento, de una forma en que un humano jamás podrá. Mi cuerpo entero se cubre en sudor y tiembla por su poder y autoridad.

Quiero gritar tan fuerte como pulmones den, pero su mano me impide siquiera respirar. Soy tan suyo que mi vida está en sus manos. Maldita sea.

—Córrete para mí, quiero correrme dentro tuyo mientras te aprietas por el placer y el dolor. Córrete, quiero que nunca olvides como te estoy follando, esclavo.

Sus palabras penetran en mi cuerpo y no sé cómo controlarme, me ahoga todavía más fuerte y yo estallo en un orgasmo arrasador mientras mis pulmones piden aire. Siento que muero durante un maldito segundo y cuando vuelvo a la vida tengo el cuello libre y marcada y el vientre lleno de semen.

Agarra mis muslos con fuerza mientras me jode y aprovechando la estrechez de mi cuerpo por el reciente clímax se entierra dentro de mí y siento el líquido ardiente derramándose dentro de mí y llenándome hasta que no hay espacio. Realmente enorme, mi cuerpo no lo soporta. Antes que retire su polla puedo sentir hilos de semen escurriéndose por mi agujero.

Cuando sale de mi respiro por primera vez en mucho tiempo y una sensación de calma y agotamiento me derriban de un plumazo.

16

Despierto con todo el cuerpo acartonado y lleno de pinchazos de dolor. Me deslizo en la cama hasta arrancar la manta fuera de mí, el calor me ahoga. Abro los ojos y la luz del día, que entra por la ventana, me ciega unos instantes, después puedo contemplar todo con precisión, pero solo hay una única cosa que desee ver.

Dunkel, desnudo y dormido sobre mi cama. Es tan hermoso. Un cuerpo digno de un dios, tan enorme y magno, tan musculoso pero pálido, tan

contradictorio y tan capaz de someter a cualquier hombre que tenga en frente. Quiero arrodillarme, aunque él no está siquiera consciente.

Entonces reparo en algo que jamás pude ver: la piel de su pecho, de su abdomen, de sus costados, de su espalda, de sus muslos, de sus brazos... su piel, nívea como la porcelana, pero surcada por mil trazos.

Cicatrices longitudinales, profundas y antiguas a juzgar por su color algo más oscuro. No sé si debería darme asco, pero solo quiero acariciarlas, besarlas, lamerlas. Quiero adorar cada parte de su cuerpo y hacer un santuario para cada centímetro de su piel.

Me siento a su lado y dejo de pensar en él como mi amo; Dunkel es también una persona hecha de algo diferente al hielo o a la piedra, es un hombre de carne y hueso, y en la carne el dolor siempre deja marca. Alargo mi mano hacia su pecho y mis dedos oscilan sobre la piel tintada por viejas y agónicas heridas, tomo aire asegurándome de que está dormido y de nuevo bajo la mano, acaricio con cuidado. Su piel está tan fría, pero es tan suave, tan amable, solo las cicatrices se sienten algo diferentes: ahí la piel es algo áspera al tacto y de no ser porque es imposible diría que hacen arder la punta de mis dedos, pero no es desagradable.

Sus ojos empiezan a abrirse lentamente y retiro la mano de golpe, esperando no haber estado haciendo algo que merezca un castigo; sea así o no él no parece darse cuenta. Se despereza un poco y se sienta en el bode de la cama, a mi lado.

Su enorme brazo me rodea, pasando por encima de mis hombros, y me acerca a él.

—Ayer por la noche estuviste genial, esclavo. Eres más de lo que nunca pude desear. —dice, besando mi frente con una ternura que jamás nadie esperaría de él.

Mi corazón revolotea nervioso dentro de mi estómago y sonrío estúpidamente. Entonces, mientras él mira distraídamente por la ventana, vuelvo a recorrer su cuerpo de arriba abajo. Es tan hermoso, tan vivo parece gracias a las cicatrices.

—Amo ¿Puedo preguntarte algo?

—Adelante. —me responde, pensativo mientras sus ojos siguen fijos en el exterior. No parece que está mirando nada realmente, sino que da la sensación de que está más atento a lo que no mira.

—Es sobre tus... tus cicatrices. —digo antes de tratar de alcanzar con una mano una específica que atraviesa todo su costado, topándose con las

costillas cada poco.

Él suspira decepcionado y vuelve su vista hacia el interior de la sala, sin mirarme. Entonces se levanta dejándome solo y busca su ropa en la cama, aún alicaído.

—Lo sé, te habrás sorprendido. —dice metiendo una pierna en su pantalón, parece molesto. No sé qué hecho mal. —Por eso no encendí las luces anoche, son repugnantes. —la otra pierna queda oculta, amarra su pantalón a la cintura y siento una soga en mi cuello cuando se pone las mangas de la camisa y se dirige al pomo de la puerta.

Me tiro al suelo de rodillas tras él y tomo su pantalón para tirar de él débilmente y suplicarle que, por favor, me deje retenerlo unos instantes más.

—¡Amo! —lloro, pensando en esa horrible frase. Por eso apagó la luz.

Se vergüenza tanto que no es capaz de amarme desnudo, no es capaz de amarme si yo puedo verle. Se avergüenza tanto que siente que debe protegerse... de mí. Se me rompe el corazón.

Él se voltea hacia mí, yo sigo de rodillas y contemplo con horror desde abajo como empieza a abotonarse la camisa. La rabia sube por mi esófago y posee mi cuerpo. Ha visto tantas cosas en mí ¿Por qué no puede verse a él?

Alzo las manos tomando los extremos de la camisa y tiro de ellos con todas mis fuerzas. Los botones vuelan en el aire y caen al suelo sonando como piedrecillas. Me mira ojiplático y yo subo las manos a su abdomen, acariciándolo.

—Amo, no es así. Es precioso, su cuerpo es precioso. —los ojos se le abren en sorpresa, es la primera vez que le atrapo desprevenido y amo esa expresión extrañada en su rostro. Se ve tan humano, tan cercano a mí.

Subo mis manos por sus abdominales hasta llegar a los pectorales y las bajo, masajeando la helada piel con una devoción que yo jamás conocí antes. Siento que tocarle es un regalo de los dioses. Mis yemas besan cada pedazo de su piel y yo lloro pensando que él la ha odiado tanto que la escondió de mi anoche. Anoche, durante mi primera vez, un recuerdo tan importante y él no quería que yo recordase su cuerpo ¿Cómo ha podido pensar algo tan cruel?

Me yergo levemente para alcanzarle mejor y hundo mi rostro en su vientre duro, mis labios besan la piel maltrecha y de reojo veo que sus mejillas son invadidas por un leve rubor. Un titán sonrojado, es

demasiado hermoso.

—Amo, su cuerpo es perfecto, así que por favor déjeme pedirle que no lo cubra más cuando esté conmigo. Es precioso, es precioso... —lloriqueo siguiendo con los besos. Él desvía su vista abochornada y acaricia mi cabeza con su mano.

Siempre me he preguntado cuantos cuerpos habrá hecho suyo, pero al parecer perdía la parte importante de la respuesta: el suyo no. Lo trata como a un enemigo, como a un oprobio, lo esconde, reniega de él. No entiendo por qué.

Su rostro viril con ese tono rubicundo en los lugares exactos se ve maravillosamente débil, pero no en el mal sentido: sigue siendo un ser magnificante que con solo un dedo puede tenerme bajo su voluntad o matarme por ella, pero sin embargo sigue siendo una persona. Esa expresión avergonzada es tan humana...

—De... de acuerdo. —accede él, dirigiendo al suelo una mirada apenada y continuando con sus caricias sobre mi pelo.

Vuelve a la orilla de la cama conmigo ahora que ya no puede escapar de mi vista y me deja quedarme arrodillado entre sus piernas adorando cada una de sus marcas terrosas.

—¿Cómo te las hiciste?

—Antes de ser un vampiro tuve otro tipo de vida. Una en la que fui obligado a luchar cada segundo por algo que ni siquiera quería. —esas palabras se me hacen tan familiares que duelen. —Te dije que conocía tu mirada. Eres parecido a mí en ese sentido, no podía matarte, no eras el enemigo, nunca elegiste serlo. —dejo de besar su cuerpo cuando acuna mi rostro entre sus manos y me mira directo a los ojos de nuevo, acariciando mis mejillas con los pulgares y diciéndome el te amo más silencioso del mundo.

—¿También estuviste en la guerra cuando eras humano?

—Nunca fui humano. Era un hombre lobo cuando nací, un alfa, pero uno que nació en una familia pobre. Vieron lo poderoso que era y simplemente acabé vendido a un capullo que organizaba peleas de lobos. Era luchar y vivir o morir, así escogí lo primero, aunque nunca sentí haber vivido demasiado. Un día los lobos empezaron a desaparecer, siempre los más corpulentos, como yo, así que un día seguí a todos los tipos grandes que pude hasta que la vi. Una vampiresa los asesinaba.

—¿Ella te convirtió?

—Sí. —responde, una leve sonrisa melancólica en su rostro y la sombra de una lágrima sobre su línea de agua. Desde el suelo rodeo su abdomen, abrazándolo con ternura.

—¿Por qué no te mató como al resto?

—Porque fui el único que se lo pidió. Me dijo que si tanto quería la muerte me daría la vida, para que cambiase de opinión. Creo que me dio ambas. —ríe sin ganas. Comprendo que los recuerdos le duelen, pero me siento tan afortunado de ser yo en quien confíe para depositarlos. —Después ella se hartó de la vida y me pidió a mí que la matase; yo sí le hice caso. Me quedé tan solo después de eso.

—Yo estoy contigo.

—Lo sé. Ahora lo sé. —susurra levemente mientras siento la humedad caer y deslizarse por mi mejilla. No pienso mirarle mientras llora, sé que no él no querría.

Seca sus ojos con el dorso de la mano y se queda en silencio, respirando entre mi abrazo y mis besos en las heridas. Sus manos me acarician aún.

—Señor, se solicita una reunión temp... —un hombre abre la puerta de golpe, su expresión dura pasa a una preocupada cuando el cuerpo de Dunkel se tensa y vuelve el rostro hacia él con dureza. Desvía la vista y se aleja un poco de la puerta. —Siento haber interrumpido, mi señor, lo lamento.

—Continúa. —dice en tono firme. Ni un rastro del hombre asustado y solitario que había hace unos segundos. Dunkel es tan fuerte que le envidia.

—Los ejércitos humanos han tenido una actividad inusual en la zona de los licántropos, deberíamos hacer una reunión para planear los próximos ataques. Deberíamos acabar con el líder de los humanos antes de que lleguen a establecer una alianza. —el rostro de Dunkel cambia de repente a uno furibundo y se levanta, andando hacia ese hombre.

Caigo en la cuenta de que solo él conocerá el dolor de la traición si los hombres lobos deciden atacar. Me siento tan profundamente mal por Dunkel.

—Tráeme una camisa y avisa a los demás, tenemos que hacer algo pronto.

—Sí, señor. —dice el tipo, alterado, pero sin poder evitar lanzarme una mirada indiscreta llena de dudas; es normal, no creo que nadie espere ver al gran vampiro abrazado a su sumiso de forma tan dulce y tierna.

—Esclavo, puedes ponerte algo de ropa si lo deseas. Has sido un buen chico, lo mereces. Está en el segundo cajón. —asiento con fervor lanzándome a la ubicación que ha nombrado cuando el otro vampiro, rápido como el rayo, ya está de nuevo en la puerta con otra camisa para Dunkel.

Logro encontrar ropa interior de mi talla, así como unos pantalones apretados y una camisa holgada que llega hasta mis rodillas. Pienso que luzco ridículo hasta que Dunkel me mira y un brillo lascivo atraviesa sus ojos.

—Ven conmigo, esclavo. Ponte a mis pies durante la reunión y no hables sin permiso.

—Sí, amo.

En vez de quitar el enganche de mi correa de la pared, simplemente se acerca y quita el collar de mi cuello, dejándome libre y condenado a serlo por unos segundos. Su mano se coloca rápidamente en mi cuello rodeándolo mientras me conduce fuera de la habitación, sustituyendo así el metal por sus fríos dedos; me siento sosegado de nuevo.

—Irás sin collar mientras el peligro de que seamos atacado sea alto. Si sucede algo, puedes huir. —susurra en mi oído mientras nos acercamos a la gran mesa central del salón.

Quiero protestar y decir que sin él no iré a ninguna parte, pero sé que ahora no puedo hablar. Él se sienta en un extremo, con dos vampiros a un lado y otros dos al otro, presidiéndolos. Yo simplemente me postro en el suelo y siento algo de calma a pesar de las miradas sobre mi cuando me fijo en que a los pies de Gerald está Miquel. El chico me ve también y me saluda efusivamente con la mano, yo le respondo con una enorme sonrisa que se le contagia.

Cuando Dunkel empieza a hablar todos detenemos nuestra actividad para escucharle con la mayor atención posible.

—Lo único que sabemos por ahora es que los humanos están en la zona sur junto a su jefe y que quienes han ido a la zona licántropa son peones reemplazables, simplemente sirven para negociar. Sul, tú tienes la misión de contactar con el grupo de vampiros con el que nos aliamos la última vez, avísales de esta incidencia y diles que rodeen la zona de los lobos sin que estos lo sepan, lo único que deben hacer es que ningún humano vivo llegue a ella nunca más, así interrumpiremos su comunicación por un

tiempo, sin embargo, esto es solo algo temporal. El mayor problema es localizar al líder y hacer que muera o que se rinda, sin él sus tropas caerán, son solo ovejas sin voluntad que siguen a la manada, lo único que necesitamos es acabar con el tipo ¿Alguna idea?

El silencio reina en toda la habitación. Me siento un poco culpable por no sentir nada de turbación dentro de mí mientras se planea el asesinato de mi padre, pero me siento aún más culpable por lo que voy a hacer ahora.

—Yo tengo una. ¿Puedo hablar, amo?

Todas las miradas se dirigen hacia mí y todas, menos la de Gerald, acompañadas de un ceño fruncido y una mueca de desaprobación. Los ojos se desvían hacia mi amo cuando este habla.

—Adelante. —se escuchan murmullos de disconformidad por la sala y me avergüenzo siendo incapaz de hablar. —Silencio, si vais a hablar que sea para aportar algo y no para quejaros de que alguien más lo haga. Habla, esclavo.

—Yo... eh... —todos se inclinan sobre sus asientos como depredadores acechándome, desde abajo me siento eclipsado por las figuras colmilludas que intimidan esperando de mí un solo error para devorarme vivo. Mierda, incluso he olvidado qué iba a decir.

Dunkel carraspea un poco haciendo que todos se peguen en sus asientos y baja su mano para acariciar mi cabello. Una sensación tórrida nace en mi cuero cabelludo y resbala sobre mi como una cascada de estabilidad.

—Mi padre está obsesionado con mi hermano porque es muy bueno luchando, es como su hijo favorito y su arma favorita y está convencido de que será su sucesor, así que para él es más importante que su vida porque dice e él es el futuro de la guerra, así que si mi hermano es capturado papá sería capaz hasta de negociar con los vampiros y podríais aprovechar eso de algún modo, estará vulnerable. Mi hermano entrena siempre en el mismo lugar, es un sitio muy escondido, pero no está muy lejos y yo sé encontrarlo, solo hay que ir ahí y esperarle.

—Saldremos esta tarde a por él ¿Alguna objeción? —las cabezas se menean en un no al unísono y yo me siento halagado al ver como Gerald me sonrío con complicidad y los demás se muerden el labio, rabiosos por no poder criticar la utilidad de mi aportación.

—Amo, quiero pedir algo. Por favor, no mates a mi hermano.

—Se hará con él lo que a nosotros nos plazca, maldita bolsa de sangre.

—¡Sul! Tú no decides eso y tampoco tienes derecho a faltarle al respeto a mi esclavo, a partir de ahora eso es equivalente a faltarme al respeto a mí ¿Entiendes? —el hombre asiente, palideciendo y con su rostro cambiando de un visaje monstruoso a una mueca de terror diga de un humano a punto de ser comido por Dunkel. —Haré lo posible para que todo funcione sin tener que asesinar a tu hermano, esclavo. Gracias por tu ayuda, eres un buen chico.

En este momento no existe nada más que su voz y esas palabras, el resto del mundo puede irse al diablo mientras yo me quedo con los halagos del mío.

17

—¿Ahora? —pregunta Dunkel girándose hacia mí, los dos otros vampiros también se voltean con cara de fastidio y los colmillos amenazándome.

—Ahora a la derecha unos minutos más y después solo hay que cruzar una cascada y después de eso hay una pequeña zona boscosa que nadie conoce. En la parte más honda es donde entrena mi hermano, así que irá armado.

—Tendremos cuidado. —dice Dunkel asintiendo de forma mecánica, aunque con un leve destello en sus ojos. —Gracias. —mis mejillas se colorean al escucharle reconocer mi ayuda y los demás solo observan a su líder con asco.

—¿Por qué tenemos que traer a este debilucho, Dunkel? Él solo hará que todo sea más difícil. —objeta el hombre llamado Sul, cambiando su cara amenazante por una apenada al dirigirse al vampiro.

El otro tipo, Samael es su nombre o eso tengo entendido, solo viaja a nuestro lado con la boca sellada y un aura que me alarma por alguna extraña razón.

—Porque él es el único que sabe cómo llegar y, además, un debilucho molesta menos que un vampiro fuerte quejándose como si fuera un debilucho, así que cállate.

Intento contener una pequeña risita que pugna por salir, hormigueando en mi garganta, pero el trabajo lo hace Samael cuando me mira con total seriedad y aniquila en mí las ganas de sonreír.

Durante el resto de la caminata no puedo quitar mis ojos de ese hombre; miradas furtivas, espionaje de reojo y muchas miradas de soslayo se me escapan, mi corazón se paraliza al verlo, mis ojos sienten que necesitan tenerlo localizado antes de que haga algo ¿El qué? No tengo ni idea, pero me asusta demasiado su presencia, así como el hecho de que captura cada una de mis miradas con sus ojos y permanezca impasible, mirándome fijamente como una especie de venganza por haberlo hecho yo antes.

Me hace sentir incómodo, inquieto y preocupado, pero no puedo decírselo a Dunkel ahora, solo aguantar mis nervios y caminar tras la sombra de su cuerpo esperando que ese resguardo me proteja.

Finalmente llegamos al lugar y a unos metros de la zona donde sé que Bruce está entrenando puedo ya oír su voz agotada y el silbido de su filo cortando el aire. Nos acercamos, cautelosos, y Dunkel mira a través de unos arbustos como mi hermano pelea contra enemigos invisibles y salpica de sudor y dedicación toda la tierra.

—Nos vamos a acercar pacíficamente, le daremos la opción de someterse. Somos muchos, si es inteligente caerá de rodillas en menos de un minuto.
—dice Dunkel. Todos asienten, yo también lo hago pese a que sé que no resultara.

Bruce ha sido forjado como la persona más insanamente obstinada que jamás haya podido conocer y aunque odio eso de él, le quiero; además, sé que algunas partes de su carácter no son suyas, sino solo piezas que mi padre ha encajado en su cabeza a la fuerza y jamás podría culparle por ello.

Los vampiros salen de su escondrijo y se acercan a paso lento hacia él, conmigo detrás, escondido entre sus cuerpos y lleno de vergüenza. Sé qué pensará que soy un traidor y lo que más me duele es que es cierto. No tengo argumentos con los que explicarme que no debe odiarme, porque realmente debe hacerlo.

Su entrenamiento se interrumpe, deja su cuerpo relajado y de pie, mirando a la lejanía con confusión. Su espalda está encorvada, sus brazos cuelgan como ramas caídas y su respiración es errática.

Cuando nos acercamos un poco más él reconoce en sus caras los colmillos y ojos negros, tensándose en una posición de defensa marcial, alzando la espada hacia nosotros y sin apenas pestañear para no quedar vulnerable.

—¡Atrás!

—Humano, no queremos hacerte daño, pero eres alguien importante para el líder así que necesitamos llevarte con nosotros. Vas a venir, por las

buenas o por las malas ¿Qué escoges? —pregunta Dunkel, con un tono tan sensual y dominante que yo mismo siento ganas de entregarme frente a su propuesta, pero sé que mi hermano no es así.

Recula unos pasos, con la espada aun apuntándonos, entonces palpa un árbol detrás suyo y de él arranca una pequeña daga. La tiene en la mano en un segundo, al siguiente ya no está y sus dedos se extienden hacia nosotros.

Escucho el aire silbando y un impacto. Miro a ambos lados sin saber que ha sucedido, aunque no parece que mucho: Sul y Samael tienen el mismo rostro ecuánime que hace unos segundos. Miro a Dunkel. Tan cerca, Dios santo... Mi amo tiene la mano alzada delante de su rostro, la daga está en ella, enterrada en la palma hasta la empuñadura y con el filo sobresaliendo, bañado en sangre, hasta casi besar la frente nívea de Dunkel.

Un escalofrío desagradable me recorre al pensar que la bestia que ha realizado ese ataque es mi hermano.

—Sul, haz que sea por las malas. —ordena Dunkel bajando la mano como si nada y retirando la daga como una simple espinita.

El vampiro sonríe aviesamente y siento mi corazón pararse cuando mira a Bruce, se lame los labios y sale disparado del lugar hacia él. Durante un momento tengo la certeza de que se ha quedado paralizado de terror y que va a ser comido vivo. Salgo de detrás de Dunkel, ocupando el sitio del vampiro que se ha ido y sus ojos encuentran los míos. Sus labios se mueven probando mi nombre y se queda ojiplático, casi sin ser capaz de ver venir el primer golpe. Me siento tan terrible por él.

Directo en el rostro, acaba en el suelo, posiblemente inconsciente.

—Tan fácil, una lástima. —se jacta el vampiro antes de acercarse al cuerpo tirado en el suelo. Lo mira y ríe.

La hoja se dobla levemente, pero lo suficiente como para deslumbrarme. Se está haciendo el desmayado, maldita sea, es tan listo y fuerte. Con un rápido movimiento vuelve a estar en pie, inclinado hacia la espada que blande y atraviesa la pantorrilla de Sul.

El vampiro lo mira iracundo y hace un amago de agarrar el arma cortante, pero Bruce la retira con rapidez y esquiva sus manos, aunque tropezando un poco por el gran esfuerzo que está haciendo.

Sul intenta dar otro golpe, de forma demasiado evidente esta vez. La espada para por su muñeca y un río de sangre se interpone entre ambos. Sul grita con rabia y empieza una secuencia de golpes desenfrenados que,

aunque poco astutos, son poderosos. Bruce solo se retira como puede, cortando sus brazos y manos en tanto que le es posible, para alejarlos de él.

—¡Hermano, deja de luchar! ¡No puedes con ellos!

Sus ojos atraviesan el campo de batalla y llegan hasta los míos como un dardo cargado de veneno. Sus lágrimas me duelen a mí cuando las veo del mismo modo en que a él le duele lloverlas. Un golpe en su tripa es su castigo por la distracción, pero no aparta su vista de mí mientras clava la espada en la mano enterrada en sus entrañas.

—¡Quiero rendirme! —grita él, Sul se paraliza en su lugar y todos miran ojiplático como después de la confesión entierra la espada en su vientre sacando tripas y gritos. — Pero no puedo, no puedo parar de luchar... Lo único que me han enseñado es a luchar... ¡Por favor, hermano, ayúdame!

Mis ojos arden, no puedo hacer nada con él porque sé lo que se siente y sé perfectamente que la única forma de pararlo es haciendo que no tenga más opción. A mí me arrancaron a mi ejército, dejándome inerte, pero él... él es su propio ejército. No sé cómo hacer que se rinda.

—¿Ese es el problema? —pregunta Samael, su voz retumba en mis oídos y al parecen también en los de Bruce, que arranca su espada del vampiro y lo deja en el suelo retorciéndose para apuntar al hombre que anda hacia él.

Cuando Samael está a apenas un paso, Bruce lanza una poderosa estocada. Samael ya no está. De repente está en su espalda y lo agarra por el brazo, obligándolo a girarse. Lo toma de la muñeca y presiona, hasta que suelta la espada. Sé que él seguirá luchando incluso sin arma, usará su puño si es necesario.

Para la sorpresa de todos, Samael recoge la espada con la diestra mientras la zurda sigue apretando la muñeca de Bruce. La alza y la deja caer. No puede ser, no puedo ver esto, no puede estar pasando.

Pero lo veo antes de que todo se quede negro y solo los gritos de mi hermano me acunen para dormir: su propia espada contra la mano que la blande, desterrándola del cuerpo en una ceremonia de sangre y dolor.

Despierto entre sudores, con gritos atrapados en mi garganta y una sensación horrible de opresión en el pecho. Todo se va lentamente cuando una mano toma la mía y veo junto a mí en la cama un cuerpo lleno de cicatrices y una mirada dulce, aunque oscura como el abismo.

—¿Estás bien? Has estado casi un día entero inconsciente... —dice Dunkel agarrando mi mano con más fuerza y acercándose a él antes de estrecharme en un abrazo. Tan cálido, tan mi hogar.

—Yo sí, pero mi hermano... Samael le... le...

—Sí, le ha cortado la mano buena, pero le ha curado con una gota de sangre. Ahora tu hermano está igual de sano que antes, solo que ya no podrá pelear nunca más. Lo siento, Samael es incluso más fuerte que yo,

aunque no quiera ser el líder, es una persona imprevisible y extraña, no sabía que él iba a hacer algo así. —puedo ver la sombra de decepción y miedo en sus ojos, el temor con el que sus manos me acercan por si me alejo.

—Está bien, no es culpa tuya, amo. ¿Mi hermano como se lo ha tomado?
—él profiere una débil risa.

—Sul se lo que ha quedado como esclavo temporalmente, pero tu hermano es tan rudo y está tan enfadado que creo que Sul no podrá aguantar tanto. Tu hermano no ha derramado siquiera una sola lágrima, creo que es extraño, pero está bien. —suspiro aliviado por escuchar eso; ahora mismo no soportaría verle y contemplar el odio en sus ojos cuando me mire, pero necesito saber de él. —Esclavo ¿Sigues odiando a los vampiros?

Esa pregunta da de lleno en mí. Sé que no le odio a él, puedo sentirlo en cada fibra de mi ser, pero de mí se apoderan imágenes como la de Samael dejando manco a mi hermano o la de vampiros ya fallecidos asesinando a mis soldados en una batalla para mí desoladora. Imagino como un vampiro asesinó también a la madre que nunca conocí. ¿Qué si odio a los vampiros?

—Ya no lo sé, no puedo pensar con claridad.

—Entonces haré que no puedas pensar en absoluto.

Se desliza bajo las sábanas, sus manos buscando mi cintura y alcanza a través de ella mi pene. El tacto es inesperado y cuando sus dedos lo rodean doy un respingo en su agarre, solo que jamás podré liberarme de él.

—Mi pequeño esclavo, eres tan dulce. Has sido tan útil ayudándonos a capturar a tu hermano y tan bueno al no odiarme por lo que le ha sucedido... Mereces una recompensa.

Su voz penetra en mi piel. Después de sus palabras mi cuerpo solo sabe dejarse hacer, nunca podré resistirme a su encanto, a su dominación. Nunca podré escapar de él, ni podré siquiera desear hacerlo.

Me apega más a su cuerpo, dejándome sentir lo enorme que es y lo ínfimo que soy en sus manos. Sus dedos estrujan mi virilidad y empiezan a bombear lentamente. Gimo en anticipación sintiendo como sus dedos separan mis nalgas y acarician mi entrada para relajarme.

Una de sus piernas se cuela entre las mías y la dobla, elevándola y obligándome a abrirme para él. Los nervios se instalan en cada respiración

y me hacen temblar.

Esta vez está yendo rápido y no sé si estoy preparado o no, pero sé que él hará lo que desee independientemente de eso; la idea me pone a mil y no sé explicar por qué.

Un dedo entra en mí con brusquedad y chupo aire por el dolor y la quemazón de esa intromisión. De todos modos, empieza a moverlo rápidamente dentro y fuera de mi recto, logrando que mi dolor y mi placer se vuelvan amantes, fundiéndose el uno en el otro.

Estoy confuso, pero mi polla parece apuntar con certeza hacia el juicio de que, sea lo que sea lo que me provoca este hombre, me encanta. No voy a contradecirla.

—Mantén las piernas abiertas, voy a hacer que te sientas en el cielo, esclavo. —susurra en mi oído; mi cuerpo entero vibrando de placer y cumpliendo por él su promesa. Ya estoy en el cielo, lo estaba desde hace un tiempo.

Su mano sigue masturbándome lentamente, su dedo uniéndose a un segundo que entra en mí dolorosamente, pero se acopla al ritmo delicioso del primero. Siento que no podré aguantar mucho más mientras pienso en el enorme y perfecto cuerpo musculoso de Dunkel detrás de mí, agarrándome con fuerza y llevándome a una pérdida voluntaria.

Agradezco tanto no llevar ese estúpido anillo ahora mismo. Pero es como si lo llevase, mis bolas se tensan, mi pene pulsa en busca del orgasmo cuando noto el semen viajando hacia su destino un dedo se coloca sobre la punta de mi pene y la hace doler y palpar hasta que enrojece y el orgasmo recula al son de un enorme chillido mío.

Pensé que era un premio, no un castigo. Me giro, mirándolo con desesperación.

—Tranquilo, pequeño, pronto podrás correrte. Pero apuesto a prefieres sufrir un poco si es con tal de hacerlo mientras tu amo te folla ¿No es así? —asiento enérgicamente, aunque sus palabras me endurecen todavía más, haciendo la excitación insoportable y mi respuesta ciertamente dudosa.

Sus dedos se retiran de mi trasero con dificultad y siento el doloroso vacío cuando son arrancados de mí. Me cuesta acostumbrarme a la situación, pero no debo hacerlo por mucho tiempo.

De repente la cabeza de su falo entra en mí de una estocada y doy un enorme grito. Me volteo con los ojos lagrimeando, pidiéndole algo que ni yo sé que es ¿Qué no duela? ¿Qué duela y me deje correrme? ¿Qué duela

y sea cruel? No sé ya que deseo, solo sé que sea lo que sea él lo sabe mejor que yo.

No espera ni un segundo más antes de enterrarse dentro de mí por completo. Mi cuerpo apenas se adapta a su tamaño y su mano sigue restringiendo el clímax que tanto necesito.

Empieza con las embestidas, esta vez duras, pero lentas, y me hace sentir exactamente como prometió. Cada vez que sus caderas se alejan me inunda la desesperación y mi cuerpo se estremece anticipando lo que está por suceder; cuando después me embiste no puedo más que empujar hacia él queriendo obtener más y más de la deleitosa sensación de ser llenado por un hombre y golpeado dulcemente en una parte de mí que hasta hace poco desconocía.

Su pulgar se aleja de la hendidura y se reúne con el resto de dedos en el tronco de mi pene para seguir masajeándolo. Un escalofrío placentero nace en mi pelvis y viaja como electricidad por todo mi cuerpo hasta morir en las yemas de los dedos.

Es tan maravilloso y placentero, tan doloroso a veces y por ello mejor todavía. No puedo entender que me ha hecho este hombre, pero sea lo que sea ha sido necesario para que me sienta yo.

Sigue embistiéndome, de esa forma tan gentil, pero exigente, mi cuerpo se somete a todas y cada una de sus estocadas y el placer incrementa dentro de mí por cada segundo que pasa. Siento que me llena de gusto, que me hace suyo de una forma que no puedo explicar. Que me ata con cadenas de deseo y yo me dejo hacer.

Los gemidos salen de mi boca sin control, su mano aumenta el ritmo y mi cuerpo arde. Lo siento besándome el cuello con ternura mientras su cadera establece un vaivén más salvaje y su toque se torna más tórrido y enloquecedor.

Un hormigueo nace en mi pelvis y viaja directo a mi polla, advirtiéndome del magno orgasmo que se aproxima. Sus besos se vuelven chupones, mordiscos, sus embestidas gentiles son ahora rudas, su mano ya no me acaricia, me arranca los gemidos a tirones.

Quiero sus manos sobre mí incluso después de esto, quiero que me amase con los dedos llenos de dolor y placer, quiero que haga de mí la persona que siempre quise ser. Quiero que Dunkel se quede conmigo siempre, no solo cuando nuestras pieles se reclaman.

—Amo... amo... —susurro mientras él sigue follándome sin parar, su boca chupando mi cuello hasta dejar enormes marcas moradas y los colmillos acercándose a la piel de forma peligrosa. —Dunkel... —me atrevo a

llamarle por su nombre, siento la sorpresa cuando sus besos se congelan. No sé si como castigo o por gusto, pero sucede: me muerde. —¡Te amo!

Lágrimas salen de mi al igual que mi semilla, escupida sobre las sábanas. El placer es tan grande que inunda todo mi cuerpo y me hace gritar y gemir mientras la piel hundida y rota no es peor que otro beso más.

Apenas siento el dolor y si lo siento, me encanta. La sangre corre por mi cuerpo y se derrama en su boca, brota hasta caer sobre mis clavículas y viajar por los huecos de estas. Me quedo sin fuerzas mientras bebe de mi cuerpo tembloroso e inerme y me llena con su semen en una última y brutal estocada.

Le pertenezco tanto que me vacía el mismo para volverme a llenar. Siento que todo lo que sucede con él es mágico, no monstruoso.

—Te amo... —susurro de nuevo. Quitas sus colmillos de mi piel y muerdo mi labio tratando de soportar el dolor que se hace presente.

Lame mis heridas y poco a poco la sangre deja de salir copiosamente.

Me voltea tranquilamente, encontrándose con mi rostro taciturno y mis ojos llenos de lágrimas.

—Te amo. —digo de nuevo, saboreando el gusto agrisado de mi declaración.

Rompo en llanto. Es verdad, le amo, pero el sentimiento nunca había sido tan real como lo es ahora que lo pronuncio en voz alta. Es aterrador, un sentimiento tan fuerte que podría destrozarme con simples palabras. Es como entregarle tu vida a un asesino.

Él podría dejarme, rechazarme o simplemente utilizarme y todos mis te amo se llenarían de lágrimas. Da tanto miedo querer, es como lanzarse a ese oscuro abismo de sus ojos y esperar que la caída no sea tan mala.

Me escondo en su pecho cuando me abraza protectoramente. Su mano desenreda mis cabellos, pero no me siento más tranquilo.

Amar algo no es hacerlo tuyo, es entregarte. Tengo miedo de perderle, de perderme.

—Lo sé, esclavo. No llores, no voy a romper tu corazón. —susurra débilmente en mi oído mientras las palabras tratan de sanarme.

La desesperación acude a mi incluso aunque sé que habla en serio ¿Por

qué siento que eso es algo que él no puede elegir?

Si no quieres esperar para los próximos capítulos compra la obra completa en amazon.com (<https://www.amazon.com/%C3%93rdenes-desorden->

Spanish-Diother-

Lu/dp/1718153996/ref=sr_1_3?ie=UTF8&qid=1536672748&sr=8-3&keywords=diother+lu). La versión ebook es una buena alternativa si no quieres gastar apenas dinero.

También está a la venta en lulu.com en las dos versiones y aquí ES MUCHO MÁS BARATA

Seguidme en wattpad <3 (mi usuario es el mismo)

(EN PROCESO)